

JÓVENES EN MOVIMIENTO



estado de la población mundial 2006

suplemento jóvenes

JÓVENES EN MOVIMIENTO

 estado de la población mundial 2006

Suplemento Jóvenes

Equipo Editorial

Estado de la Población Mundial 2006 Suplemento Jóvenes

Coordinadoras/Investigadoras/Autoras de la Introducción, Contexto y Conclusiones/Directoras de Producción:

Dra. Laura Laski y Saskia Schellekens

Investigación/Co-autora de la Introducción y Contexto:

María José Alcalá

Periodistas/Autores de las Historias de Vida:

Martín Caparrós y Shyamala Shiveshwarkar

Investigación/Asociados editoriales:

Mandeep Janeja y Martine Mangion

Editor:

Martín Caparrós

Editor Final:

Alex Marshall

Auxiliares de investigación, editoriales y administrativas:

Sandra Barrón y Malak Khatib-Maleh

Agradecimientos

Se agradecen las contribuciones de los participantes del Programa Juvenil Especial del UNFPA, Chandni Malik, Ariel González Galeano, Yara Jarallah, Fiona Kaikai, Koray Serin y Loukman Tidjani, por la información y la asistencia investigativa en asuntos específicos relacionados con esta publicación.

Sincera gratitud a los numerosos colegas de Oficinas del UNFPA en los países y la sede, y a los Equipos de Apoyo Técnico a los Países, así como a los copartícipes por las ideas ofrecidas y la información compartida, con un reconocimiento particular a las Oficinas de País y los copartícipes del UNFPA en Argentina, India, Liberia, Moldova, Filipinas, Suriname, Tailandia y Zambia, que facilitaron las entrevistas de los jóvenes retratados en esta publicación.

Y un reconocimiento especial para María José Alcalá, por su continuo apoyo y colaboración para garantizar la consonancia con el informe sobre el Estado de la Población Mundial 2006 del UNFPA; a Martín Caparrós y Shyamala Shiveshwarkar, por los reportes emotivos y evocadores que enviaron desde los más diversos lugares del mundo; y a Adama, Bibi, Edna, Falcao, Kakenya, Khadija, Natalia, Noraida, Rajini, Richard, por compartir las historias de sus vidas.



JÓVENES EN MOVIMIENTO CON





TENIDOS

		Prólogo	iv
		Introducción	v
Adama	BURKINÉS, INMIGRANTE EN ESPAÑA		1
Noraida	FILIPINA, TRABAJADORA DOMÉSTICA EMIGRANTE		7
Kakenya	KENIATA, ESTUDIANTE EN EE. UU.		13
Edna	ZAMBIA, SEROPOSITIVA		19
Natalia	MOLDAVA, VÍCTIMA DEL TRÁFICO DE PERSONAS		25
Bibi	SURINAMESA, APRENDIZ DE ENFERMERA		31
Khadija	MARROQUÍ-HOLANDESA, ESTUDIANTE		37
Richard	LIBERIANO, EX REFUGIADO DE GUERRA		43
Rajini	INDIA, ESPOSA DEL GOLFO		49
Falcao	COLOMBIANO, FUTBOLISTA EN ARGENTINA		55
		Conclusión	60
		Notas	63



PRÓLOGO

Este informe explora las vidas de mujeres y hombres jóvenes que se han aventurado en nuevos territorios para perseguir sus sueños o para escapar de la opresión, las guerras, la pobreza o el infortunio. El informe retrata las vidas de jóvenes de diez países: Burkina Faso, Colombia, Holanda, India, Kenya, Liberia, Moldova, Filipinas, Suriname y Zambia. Algunos de ellos nunca migraron, pero sus vidas están marcadas por las experiencias de cónyuges o parientes que sí lo hicieron. Fueron entrevistados por los periodistas Martín Caparrós y Shyamala Shiveshwarkar en sus países de origen o de destino.

Del deseo y la intención de migrar (Bibi, Suriname) a la búsqueda de una vida mejor en una nueva tierra (Falcao, Colombia; Noraida, Filipinas); del anhelo de una educación avanzada y la liberación de los sesgos de género (Kakenya, Kenya) al efecto derrame producido por los parientes que migraron (Rajini, India; Edna, Zambia); de la construcción de una nueva identidad cultural (Kadija, hija de inmigrantes marroquíes en Holanda) a los riesgos y desafíos que implica cruce de fronteras (Natalia, Moldova; Adama, Burkina Faso); al escape de la violencia y la persecución (Richard, Liberia); los perfiles de los jóvenes que se presentan en este informe

muestran un panorama marcado por la esperanza y el éxito pero también por la desilusión y la desesperanza.

El informe incluye una breve introducción con información general sobre los jóvenes migrantes. Puesto que los jóvenes han sido frecuentemente invisibles en los debates y políticas sobre migración internacional, la información disponible es muy limitada. Esperamos que, al escuchar las voces de los jóvenes afectados por la migración, al mostrar sus rostros y sus vidas, al compartir sus preocupaciones y sus necesidades de educación, empleo, salud, seguridad y paz, este informe ayude a atraer la atención hacia los jóvenes, como parte de la discusión sobre migración internacional.

Los diez jóvenes entrevistados en este informe hablaron con honestidad, valor y franqueza. Sus historias muestran que, incluso en las situaciones más adversas y riesgosas, los jóvenes tienen una resistencia extraordinaria, una gran habilidad para sobrellevar la adversidad.

Al encarar las cuestiones migratorias, los gobiernos tienen la oportunidad de dar curso a la variedad de recursos y la vitalidad que los jóvenes migrantes ofrecen, antes que considerarlos como una carga o un peligro. En septiembre de 2006 los Estados Miembros se reunirán en una sesión especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas

para discutir la migración internacional. Este Diálogo de Alto Nivel dedicado a la Migración Internacional y el Desarrollo representa una oportunidad única para encarar las preocupaciones de los jóvenes migrantes.

Esperamos que este informe ponga sobre el tapete la necesidad de desarrollar respuestas que protejan los derechos humanos de los jóvenes migrantes, sin distinción de lugares de origen, sexo, edad u origen étnico. El informe llama a apreciar las contribuciones que los jóvenes hacen a sus países de origen y de destino; contribuciones que podrían ser incrementadas con una mayor atención a sus diversas necesidades y derechos. Sus historias nos recuerdan que hay millones de mujeres y hombres jóvenes como Natalia, Edna, Falcao, Adama, Bibi, Rajini, Richard, Kakenya, Khadija y Noraida. Ellos cruzan fronteras cada día, movidos por la inseguridad, la violencia o la pobreza, o en búsqueda de mejores oportunidades, cualesquiera sean los riesgos, para alcanzar su legítimo deseo de vivir una vida mejor.

JÓVENES EN MOVIMIENTO: INTRODUCCIÓN

Más que nunca, los jóvenes están en movimiento. En estas últimas décadas, los cambios políticos, económicos, sociales y demográficos en muchos lugares del mundo han desarraigado a mucha gente y estimulado la migración hacia las ciudades y hacia el extranjero. El volumen creciente del comercio, los transportes más rápidos y más baratos y las comunicaciones más fáciles han alentado a más y más jóvenes a migrar dentro y fuera de sus fronteras nacionales.

El sueño de mejores oportunidades y la demanda externa de su fuerza de trabajo pone en movimiento a muchos jóvenes. La violencia, la guerra, la pobreza, el desempleo, el crimen o la persecución llevan a muchos otros a escapar.

Muchos parten con exiguas pertenencias, poco dinero y escasa información sobre sus destinos, pero llevan consigo los grandes activos de la juventud: resistencia, variedad de recursos y perseverancia. Pero, precisamente a causa de su edad, se enfrentan a obstáculos y peligros que ponen a prueba su firmeza.

Los jóvenes en movimiento son decididos. Muchos carecen de documentos, y atraviesan fronteras como visitantes o turistas. Otros pagan a contrabandistas para que los hagan cruzar la frontera. Si es necesario, cruzan océanos en embarcaciones precarias o desiertos abrasadores escondidos en camiones. Encuentran un modo.

En movimiento, los jóvenes son vulnerables. Pueden ser llevados por un contrabandista a un destino distinto del pactado. Lo que empezó como una búsqueda de una vida mejor puede terminar, para muchos, particularmente mujeres jóvenes, como una trampa: en las redes de los traficantes sexuales o confinadas en un trabajo doméstico semiesclavo. Algunos jóvenes son arrojados al torbellino de la guerra o el conflicto civil. Son tomados como soldados o huyen como pueden, con sus familias o sin ellas.

La migración internacional de los jóvenes tiene implicancias demográficas, sociales, culturales y económicas. Los jóvenes entre 10 y 24 años constituyen más del 30 por ciento de la población de los países en vías de desarrollo.¹ La mayoría de los jóvenes migrantes viene de esos países.

Muchos países, en particular aquellos con poblaciones envejecidas, se benefician de los jóvenes migrantes, que ocupan los puestos peor pagados que nadie más quiere, contribuyendo a la gran maquinaria que mueve ciudades y comunidades. Ellos aportan el trabajo manual en la agricultura y la construcción, hacen trabajo doméstico y aseguran servicios en hogares, hoteles y restaurantes. También existe una demanda creciente de trabajadores calificados en áreas

como la salud, la comunicación y los deportes.

La emigración de los jóvenes reduce la fuerza de trabajo de los países de origen en una franja de edad altamente productiva, incluyendo a muchos recientemente entrenados o calificados. Pero los jóvenes migrantes envían dinero a sus países y, al regresar, les llevan su experiencia y sus habilidades.

La migración supone la pérdida de las redes de familia y amistad que dan a los jóvenes un apoyo y un sentido de identidad y dirección. Por otro lado, las mujeres jóvenes —especialmente— pueden encontrar cierta liberación de los roles tradicionales.

Su integración depende en gran medida de las políticas que los países de destino implementan para ayudarlos a aprender el idioma, encontrar trabajo, vivienda, educación y salud, y protegerlos del racismo, la xenofobia y la discriminación. También depende de la habilidad de los migrantes para adaptarse. Los jóvenes suelen ser más flexibles y deseosos de aprender, y pueden ayudar a sus mayores.

Las mujeres jóvenes que migran solas pueden insertarse en su nueva sociedad, y disfrutar de la autonomía que les brindan la educación y el empleo; pero dentro de la familia, el instinto en muchas comunidades inmigrantes tiende a limitar el contacto “exterior” de sus

hijas y los riesgos que conlleva. Estas cuestiones pueden suscitar tensiones entre migrantes y anfitriones, y dentro de las comunidades inmigrantes, que recién ahora están siendo plenamente reconocidas.

Pese a los riesgos de migrar, la mayoría de los jóvenes la considera una experiencia fructuosa, que les ofrece trabajo, mejor preparación, conocimiento del mundo y el establecimiento de unas redes que benefician tanto al país de origen como al de destino.

Soñando con partir

La globalización y el mayor acceso a la información pueden hacer que los jóvenes sean más conscientes de las oportunidades que no encuentran en sus países. La exposición al cine y la televisión, el acceso más amplio a internet, las historias de los migrantes y lo que pueden ver sobre las vidas de las personas más acomodadas de sus propios países motivan sus sueños.

Los jóvenes tienen sus esperanzas puestas en un futuro donde sus visiones y su potencial puedan realizarse. Al enfrentar oportunidades desiguales y limitadas, no es una sorpresa que una amplia proporción de los jóvenes de los países en vías de desarrollo y los países en transición quieran migrar, por ejemplo: 51 por ciento en los países árabes,² 63 por ciento en Bosnia,³ más del 60 por ciento en Primorie, Rusia Oriental,⁴ 47 por ciento en Perú⁵ y 25 por ciento en Eslovaquia.⁶

Pero deseos no suelen convertirse en realidad. Son pocos los que hacen verdaderos

planes para irse, y menos aún los que se van a los países que eligieron. Sin embargo, el hecho de que tantos jóvenes consideren irse se ha convertido en un tema de debate para muchas sociedades.

¿Cuántos se van?

Poco se sabe de la diversidad y complejidad de los jóvenes que migran. La información es extremadamente limitada, porque durante muchos años se suponía que los migrantes internacionales eran hombres en edad laboral. Se suponía que las mujeres y los jóvenes sólo migraban como parte de sus unidades familiares. Ahora muchos países recopilan información sobre mujeres y jóvenes que migran solos, pero pocos la facilitan en un formato utilizable, y menos aún la analizan. Los jóvenes siguen siendo bastante invisibles en el rejericio, los debates públicos y las políticas sobre migración internacional.

Pese a su ausencia de los debates sobre migración internacional, los expertos acuerdan en que los jóvenes entre 15 y 30 años siempre han constituido y siguen constituyendo una proporción importante de los migrantes. Se calcula que en 2006 había en el mundo más de 191 millones de migrantes internacionales.⁷ La mayoría proviene de países en vías de desarrollo y países en transición.⁸ Y suelen migrar a países vecinos más prósperos o a países desarrollados.

Se calcula que la proporción de jóvenes de países en vías de desarrollo que cruza las fron-

teras representa alrededor de un tercio del flujo migratorio general,⁹ y alrededor de un cuarto del total de los migrantes internacionales, con cifras que van desde el 50 por ciento de todos los inmigrantes nicaragüenses establecidos en Costa Rica¹⁰ al 20 por ciento de todos los tayikos en Rusia.¹¹ Si ampliáramos la definición de juventud para incluir a los que tienen entre 25 y 29 años, los jóvenes constituirían la mitad del flujo migratorio y un tercio del total de los migrantes internacionales.¹² Las mujeres migran tanto como los hombres.¹³ Se puede suponer que esto también es cierto entre los jóvenes. Por ejemplo, las mujeres jóvenes son la mayoría de los trabajadores domésticos y enfermeros que migran. Los hombres jóvenes predominan entre los migrantes de América Central.

En el mundo de hoy, la movilidad física se asimila cada vez más a una movilidad económica ascendente. Temprano en la vida, antes de tener un empleo fijo o una familia, los supuestos beneficios de migrar en la búsqueda de nuevas y mejores oportunidades pueden superar claramente los costos.¹⁴ La juventud ofrece la ventaja de un marco de tiempo mayor para enfrentar los desafíos de irse al exterior, y para recibir sus potenciales recompensas.¹⁵

Informes producidos en diversas regiones indican que hay una proporción creciente de adolescentes entre los trabajadores migrantes. En las Américas esto se ha convertido en una característica importante de la migración en los últimos 15 años.¹⁶ Por ejemplo, 15 por ciento

de todos los mexicanos que buscaban empleo en los Estados Unidos en 1997 eran adolescentes.¹⁷ Un estudio realizado en albergues para migrantes en tránsito hacia los Estados Unidos, de Centroamérica y México reportó que el 40 por ciento de los recién llegados tenía entre 14 y 17 años.¹⁸ Estudios en la frontera entre Tailandia, Myanmar y China reportan adolescentes de 13 años cruzando fronteras solos.¹⁹

Generalmente, los jóvenes tienen menos voz y menos poder que sus mayores, y la propia migración internacional no lleva mucho tiempo siendo considerada a nivel público y las agendas globales. La falta de datos sobre los jóvenes que cruzan fronteras es un obstáculo importante para el desarrollo de políticas y respuestas apropiadas para este grupo de edad tan vulnerable.

Los diversos rostros de los jóvenes migrantes

Los hombres y mujeres jóvenes que migran provienen de todo tipo de ambiente social, económico, educativo y étnico. Cruzan fronteras por muchas razones: en busca de trabajo, temporario o permanente; como refugiados huyendo de conflictos o persecuciones, a veces tras haber perdido o ser separados de sus padres; en busca de una mejor educación; para reunirse con padres u otros parientes que ya se instalaron en otro país; o por matrimonio, incluyendo las jóvenes implicadas en matrimonios arreglados o forzados. Algunos padres alientan la migración de sus hijos para

que escapen de la pobreza o la escasez de opciones en su país. Otros quieren asegurarse que ellos y otros miembros de la familia sean cuidados más adelante.²⁰ Muchos jóvenes se ven atraídos por falsas promesas de mejores vidas. Algunos viajan acompañados, otros solos. Decenas de miles de niños y adolescentes que cruzan fronteras sin documentos y sin sus padres o custodios legales son detenidos y deportados cada año.²¹

Aspiraciones individuales, situaciones familiares, inclinaciones culturales y calidad general de vida están entre los factores que influyen para que los jóvenes decidan migrar. Para los hombres jóvenes, el viaje al extranjero puede ser un rito de pasaje. En ciertas zonas de África Occidental las mujeres jóvenes acostumban migrar durante un tiempo para hacer trabajo doméstico, en sus propios países o fuera de ellos.²² Las jóvenes ahorran sus salarios en preparación para el matrimonio. Mientras que muchos jóvenes y sus padres conocen los desafíos y riesgos de la migración, otros los ignoran y terminan desilusionados por la dureza de la vida y las condiciones laborales.

Ciertas corrientes migratorias y tipos de trabajo favorecen a un sexo sobre el otro. Por ejemplo, los hombres jóvenes representan la mayoría de los migrantes que dejan Albania,²³ India (estado de Kerala)²⁴ y África Occidental.²⁵ Los jóvenes son preferidos para trabajos con mayor gasto físico, como la construcción. Los jóvenes con un cierto nivel de educación entrenados en tecnologías de la comunicación

y la información y en investigación científica son reclutados por las multinacionales y bienvenidos en países que intentan seguir siendo competitivos y rentables en los mercados globales. Una forma más rara de migración forzada definida por el sexo es el tráfico de muchachos, especialmente desde Bangladesh, India y Pakistán, para convertirse en jinetes de camellos en países del Golfo Pérsico, donde ese deporte es popular.²⁶

Las mujeres jóvenes predominan en las migraciones para trabajo doméstico. Para muchas jóvenes, la migración puede ofrecer una vía de escape de las restricciones que imponen las normas tradicionales de género. Pero, por su condición femenina, las experiencias migratorias de las jóvenes abundan en abusos y violencia, especialmente de naturaleza sexual. En países de Asia, África y América Latina, donde muchas mujeres jóvenes se han desplazado desde el campo a las ciudades para trabajar en fábricas orientadas a la exportación, sus ingresos pueden mejorar su posición dentro de la familia y garantizarles mayor peso en las decisiones sobre sus destinos, permitiéndoles por ejemplo resistir presiones para que se casen y tengan hijos pronto. Aunque no están, de ningún modo, exentas de acosos sexuales y otras violaciones a sus derechos humanos, para muchas jóvenes la experiencia y las calificaciones que adquieren en su trabajo pueden ser un paso hacia la migración al extranjero, en busca de empleos mejor pagados.



Adama

BURKINÉS, INMIGRANTE EN ESPAÑA

La suya era una vida sin historias. Adama S. nació en Uagadugú, la capital de Burkina Faso, en 1981, y nunca fue a la escuela. Su padre cultivaba mijo, maíz y mandioca en una tierra muy chiquita, apenas suficiente para alimentar a la familia. Cuando tenía 12 años, Adama entró de aprendiz en un taller mecánico; hacia los 15 ya era capaz de arreglar grupos electrógenos, y seguramente se habría quedado allí mucho tiempo si su patrón no hubiera muerto.

El taller cerró. Adama no podía instalarse solo; estaba desempleado, ya tenía 20 años, y empezó a preguntarse qué iba a hacer con su vida. Había oído tantas historias de vecinos y parientes que se fueron a Europa, y lo bien que les iba. Tenía unos 200 euros ahorrados: su decisión parecía obvia.

Primero pedí una visa a la embajada francesa, y no me la dieron. Pero yo no pensaba en ir a un país o a otro: yo lo que quería era ir a Europa. Me habían dicho que pri-

mero tenía que ir a España, porque es el único país europeo que tiene frontera con África, y de ahí puedes ir adonde quieras.

El viaje empezó bien: a principios de 2002, Adama se pagó un boleto de bus hasta Bamako, la capital de Mali. Tras unos días durmiendo en la estación, averiguó que podía tomarse otro bus hasta Gao y, una vez allí, conseguir una 4x4 que, por cien euros, lo llevaría a través del Sahara hasta Tamraset, ya en Argelia. El cruce duró cinco noches: de día, los veinte viajeros de la 4x4 se escondían en cuevas y esperaban el atardecer.

Todavía le faltaba mucho para llegar a Marruecos: tenía que atravesar Argelia. Adama viajaba de noche, clandestino; a veces caminaba; otras se subía a un camión. A veces se quedaba varado cuatro o cinco días en un oasis, sin encontrar transporte —o temiendo un control policial—; tardó casi dos meses en atravesar el desierto, la cordillera del Atlas, y llegar a la frontera marroquí. Allí unos traficantes lo cruzaron, en cuatro

noches de caminata insoportable, hasta Oujda, y después un bus lo llevó hasta Nador, la ciudad marroquí vecina de Melilla.

Melilla es un territorio español en el continente africano, separado de Marruecos por un muro de rejas. Adama recorría esa reja cada noche, mirando Europa allí, tan cerca, al alcance de los ojos, y buscando la manera de entrar. Sabía que algunos saltaban, pero no parecía fácil. Tres años más tarde los migrantes inventarían la técnica de la avancha: cientos de personas tirándose, juntas, contra la reja. Pero en esos días el salto era una empresa individual.

Una vez se acercó más de la cuenta: la policía marroquí lo arrestó y lo deportó a Argelia. Adama volvió a meterse clandestino en Marruecos —pero al cabo de dos meses la policía lo expulsó otra vez. Adama estaba derrotado y, además, hacía mucho que se le había terminado la plata. Era la época de la cosecha de aceituna: Adama trabajó dos meses, ganó un dinero, y volvió a Marruecos. Pero esta vez fue hacia Rabat:

la reja parecía imposible, y quería probar la vía marítima, las famosas *pateras*: construcciones muy precarias de diez metros de largo y un solo motor.

En Rabat me pasé un año durmiendo en la calle, comiendo de la basura. No tenía un centavo, no conocía a nadie, no conseguía ningún trabajo. Si los marroquíes tampoco tienen... Sufrí demasiado. Me quería volver a mi país, pero para eso también necesitaba plata.

Un día, desesperado, Adama fue a entregarse a la policía para que lo devolvieran a su casa. Un oficial le gritó que si quería volver se buscara los medios. Adama pensó que ya no podía llegar más bajo.

Los migrantes suelen ocupar empleos en el nivel más bajo del mercado laboral o puestos que los nacionales no quieren tomar.

En mi país por lo menos comía. Estaba muy desalentado. Pero seguí adelante, porque tenía que encontrar mi vida.

Su suerte empezó a cambiar. Conoció a un maliano que le ofreció compartir su pieza y lo contactó con un organizador de viajes

en pateras: el hombre, un ghanés, le propuso trabajar para él. Adama tenía que buscarle clientes que pudieran pagarle entre 1000 y 1500 euros: si le mandaba veinte se ganaría el viaje. Uno de esos días, Adama consiguió un teléfono: quería avisar a sus padres que seguía vivo, aunque todavía en Africa. Cuando por fin pudo comunicarse, su madre le contó que su padre había muerto.

Me dijo que lo habían envenenado. Pero nunca conseguí saber qué le pasó, porque todavía no pude volver a mi país.

Al principio, Adama no cazó ningún cliente: nadie le creía. Pero de a poco se hizo conocer y, hacia fines de 2004, ya había mandado unos cuarenta: se había ganado el viaje. Llevaba dos años esperando ese momento.

Desde Rabat, una 4x4 lo llevó –junto con otros veinte hombres– hasta un escondite en el desierto, donde debían esperar que los policías que sus traficantes habían sobornado estuvieran de turno. Allí pasaron varios días sin agua; Adama vio cómo otros se bebían su orina, pero no quiso hacerlo. Una tarde volvieron a cargarlos en una camioneta que los dejó en la costa del Atlántico: el traficante les dijo que

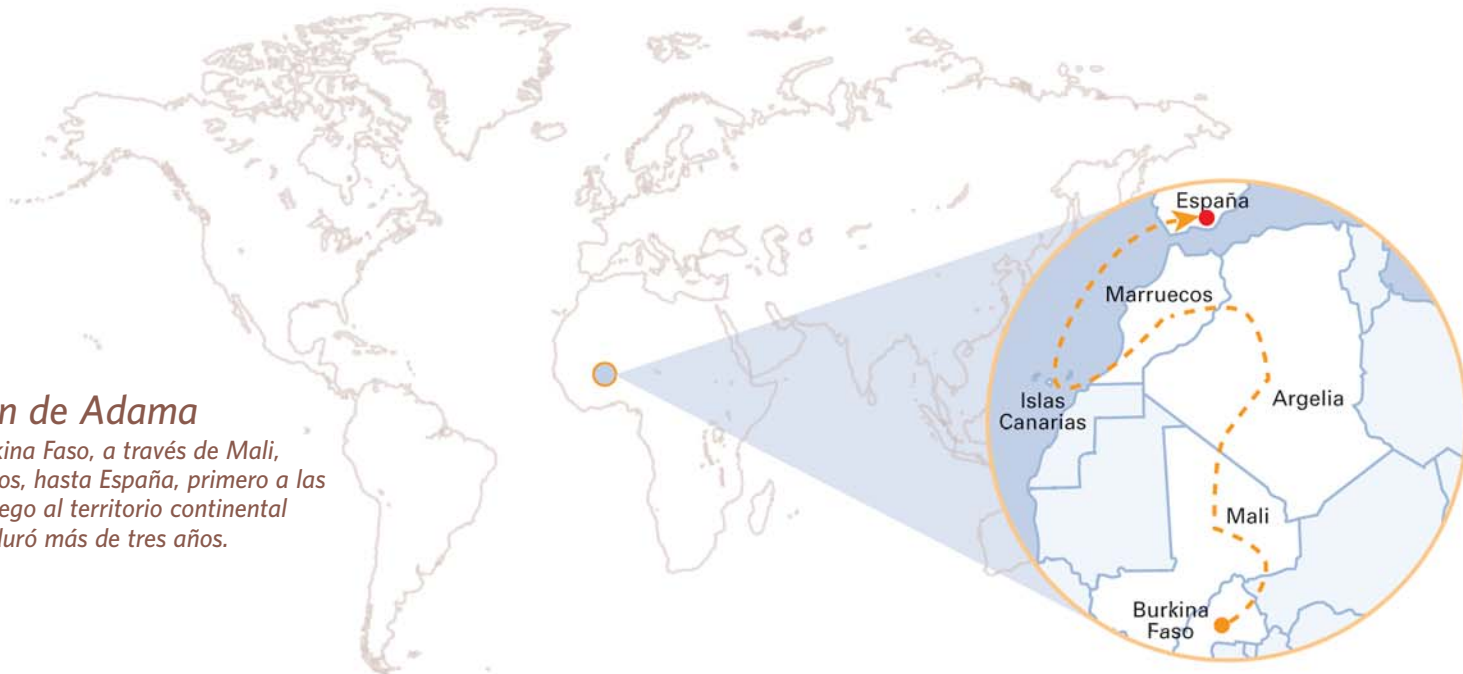
para embarcarse tenían que tirar todos sus documentos de identidad.

En aquella playa, a la luz de la luna, Adama tuvo una última sorpresa: los marroquíes que trabajaban para el traficante les sacaron todo: plata, ropa, relojes. Adama trató de defenderse y lo hirieron con un cuchillo en la mano. Así que se subió a la patera con un pantalón corto y una remera: era todo lo que tenía en el mundo. Pero estaba por navegar a Europa.

El capitán de la patera era un pescador de Gambia –que se ganaba el viaje conduciéndolo– y le pidió que se ocupara de la brújula: que tenían que seguir siempre en la dirección 340, que si se desviaban se morían. Después le dijo que el viaje no sería complicado, que en menos de un día llegarían a las Islas Canarias. Y que, si naufragaban, ellos dos se salvarían: eran los únicos que tenían esos bidones de plástico que les permitirían flotar hasta que los salvaran.

Eso me dejó más tranquilo, yo por lo menos no me iba a morir. Pero igual estaba muy nervioso. Hasta ese día yo nunca había visto el mar.

Las primeras horas del día fueron calmas; al mediodía el mar se embraveció, pero la patera siguió adelante. A media tarde vieron



La migración de Adama

Lo llevó desde Burkina Faso, a través de Mali, Argelia y Marruecos, hasta España, primero a las Islas Canarias y luego al territorio continental español. Su viaje duró más de tres años.

la costa de una isla; poco después, un barco de la marina española los detuvo y los subió a bordo. El alivio de Adama duró poco: los guardias civiles creyeron que era el capitán y empezaron a interrogarlo. Adama no quiso decirles que era el otro: entre aventureros, dirá después, no se hacen esas cosas. Pero al fin identificaron al gambiano, y lo detuvieron y lo deportaron. Fue el único: todos los demás recibieron comida, ropa y refugio en un albergue del gobierno donde pasaron los cuarenta días de reglamento.

(Durante esos cuarenta días, la policía española interroga a los inmigrantes ilegales y expide órdenes de expulsión a aquellos que no tienen razones legales para permanecer en la UE. Pero generalmente esas órdenes no se pueden cumplir, porque los migrantes no

tienen una identidad determinable, o porque sus países no aceptan recibirlos. Por eso deben deshacerse de su documentación: esa renuncia a la identidad es la paradoja legal que permite que miles de africanos se queden en Europa.)

En Canarias, Adama no sabía qué iba a ser de él: una noche lo llamaron y le dijeron que al día siguiente lo llevarían a Madrid, y lo liberarían. Adama aceptó una propuesta de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado para pasar tres meses en un pueblo castellano, aprendiendo español. En mayo de 2005 estaba de vuelta en Madrid, ya fuera del circuito asistencial: ahora sí tenía que buscarse la vida.

Durante un mes, Adama durmió en un parque, con otros cientos de africanos. Hasta

que recibió una oferta de un hombre de Sierra Leona: le daría su documento de identidad para que pudiera trabajar, y a cambio Adama tendría que pagarle 100 euros por mes.

Y yo lo hice, porque no vine acá para quedarme con los brazos cruzados.

En España hay miles de inmigrantes en esa situación: explotados por otros inmigrantes que consiguieron sus papeles y, también, por sus patrones locales. Ahora Adama trabaja de jardinero para una empresa constructora y vive en un suburbio de Madrid en una habitación que le cuesta demasiado. Gana, cada mes, 650 euros: se gasta la mitad en alojamiento, 100 en

comida, 50 en transporte, 100 para su explotador, le manda algo a su madre –y no le queda nada.

No, todavía no encontré nada de lo que buscaba cuando me fui de mi país. No tengo plata, no tengo papeles. Yo sufrí mucho para llegar acá, dormí en las calles, caminé por el desierto, pero ahora que estoy acá sigo sufriendo. Yo creía que tenía que sufrir para llegar, pero que acá se iban a acabar los sufrimientos.

Adama insiste en que España le gusta mucho, cien por cien, aunque a veces son un poco racistas: la gente, dice, es racista, lo mira raro muchas veces, pero el gobierno no es racista, el gobierno trata bien a la gente de África. Su gran problema son los papeles: los abogados le dicen que tendrá que esperar tres años hasta obtener un documento que le permita trabajar legalmente. Por eso le dio todo su dinero a un español

que le contó que se lo iba a conseguir enseguida –y desapareció. Cuando suceden esas cosas, dice, se siente muy desalentado, y le preocupa el tiempo. El tiempo pasa: cuando salió de su país tenía 20 años y ahora tiene 24 y todo sigue igual y su vida se le escapa. Adama dice que está demasiado afligido por su futuro como para divertirse: que a veces juega al fútbol los fines de semana, pero que ni piensa en salir con mujeres, que ya tiene demasiados problemas como para pensar en eso.

Yo no digo que me falta ni que no me falta una mujer. Si la buscara la conseguiría. Pero lo que yo busco es mi plata. Yo dejé muchas mujeres en mi país para venir a buscar mi plata. Cuando tenga mi plata me puedo volver a mi país a casarme. Pero primero tengo que hacer mi plata, y así mis hijos van a tener un futuro. Si mi padre hubiera hecho lo que yo estoy haciendo ahora, yo no tendría que sufrir así.

Es probable que la historia de Adama sea o no sea cierta. Muchos africanos que tratan evitar ser deportados de España pretenden, por ejemplo, que vienen de países en guerra, para pedir asilo político. O dicen que son ciudadanos de países que no aceptan devoluciones, para impedir que los deporten. Son miles de personas inventándose vidas para buscarse una vida mejor que ésa que no quieren recordar. A veces, la salvación es tener una buena historia. Pero la salvación puede ser dura de alcanzar.

Y si las cosas siguen así, ¿te volverías a tu país?

¿Cómo voy a volver sin plata? ¿Qué le voy a decir a mi mamá, a mi familia? Es imposible. Prefiero morirme. Igual si vuelvo así, me voy a morir de vergüenza. No, no puedo volver. Sería la peor vergüenza.

NI EDUCACIÓN NI EMPLEO: SÓLO SUEÑOS

Desalentados por la falta de perspectivas de empleo en sus propios países, muchos jóvenes como Adama arriesgan sus vidas para encontrar mejores oportunidades de trabajo en otros sitios. El Representante Especial del Secretario General para el África Occidental ha reportado que los intentos de cientos de jóvenes en agosto y septiembre de 2005 de penetrar en los enclaves españoles de África del Norte para tratar de llegar a Europa reflejan la severa situación de desempleo en África Occidental.¹ Según la Cruz Roja española, más de 1000 inmigrantes se ahogaron en los tres primeros meses de 2006 -un tercio de los que dejaron las costas africanas en dirección a las Islas Canarias.²

Los jóvenes en Medio Oriente y África del Norte enfrentan una de las mayores tasas de desempleo del mundo: más del 25 por ciento.³ En África al Sur del Sahara la proporción de jóvenes sin escolaridad ni trabajo alcanza al 21 por ciento.⁴ En los países europeos en transición, esa proporción llega a casi un tercio de los jóvenes entre 14 y 25 años.⁵

En muchos países, las tasas de desempleo de las mujeres jóvenes son mayores que las de los hombres jóvenes. Diversas actividades econó-

micas desempeñadas por mujeres no son pagadas o consideradas como tales, especialmente en áreas rurales donde predominan las formas familiares tradicionales de producción. Puesto que las mujeres suelen ser discriminadas en el mercado laboral formal, son más propensas a buscar la subsistencia en sectores informales de comercio; a menudo cruzan fronteras para comprar o vender mercadería.

La mayoría de los jóvenes que tienen empleo trabajan en el sector informal, donde deben pasar largas jornadas para ganar poco dinero: en África y Latinoamérica, más del 90 por ciento de los nuevos empleos para jóvenes están en la economía informal.⁶ Y, a nivel mundial, 59 millones de jóvenes entre 15 y 18 años trabajan en condiciones peligrosas.⁷ Algunos de los jóvenes urbanos con mayores niveles de educación encuentran nuevas oportunidades en cybercafés y otros servicios relacionados.

Los migrantes suelen ocupar empleos en el nivel más bajo del mercado laboral o puestos que los nacionales no quieren tomar. Los países más ricos han completado la "transición demográfica": han pasado de las altas tasas de nacimiento y mortalidad a una menor fertilidad

y una mayor esperanza de vida. El resultado es una población envejecida con menos trabajadores en condiciones de pagar los impuestos, los beneficios sociales y otros servicios de los que depende la calidad de vida de un grupo cada vez más numeroso de gente mayor. Los jóvenes trabajadores extranjeros son necesarios para ayudar a mantener al mismo tiempo los servicios sociales y la productividad económica.

Sin embargo, los países también deberían crear empleos para que los jóvenes no sientan que tienen que partir para encontrar trabajo. Los gobiernos, en cooperación con aliados interesados en el desarrollo internacional, deben actuar sobre los compromisos tomados en la Declaración del Milenio de "elaborar y aplicar estrategias que proporcionen a los jóvenes de todo el mundo la posibilidad real de encontrar un trabajo digno y productivo". Se necesitan mayores inversiones en educación y entrenamiento vocacional; la creación de empleos para hombres y mujeres jóvenes debe estar en el centro de las políticas macroeconómicas.



Noraida

FILIPINA, TRABAJADORA DOMÉSTICA EMIGRANTE

Su primera migración la llevó al pueblo de su tía. Eran sólo dos horas de autobús, pero para Noraida fue el principio de una vida distinta.

Noraida nació en 1982 en Al-Salam Mosque Compound, un suburbio pobre y superpoblado de Quezon City, Filipinas, la cuarta entre los ocho hijos de un imam y una pescadora. A los ocho años ya no iba a la escuela y se pasaba los días jugando en la calle. Aunque esa tarde, cuando vino su tía, estaba en casa:

Pude escuchar que mi tía, que no tenía hijos, les preguntaba a mis padres si ella y su marido podían adoptarme. Ahí mismo entré y dije que me quería ir con ellos.

Noraida pensó que su vida sería mejor si se iba, y que también les sacaría presión a sus padres, que tenían problemas para alimentar tantas bocas. Su tío trabajaba como agente de seguridad: tenía un buen ingreso y la pareja la trató “como a una hija”. Su

madre se pasaba el día vendiendo pescado; su tía, en cambio, estaba mucho con ella. Noraida la ayudaba con el trabajo de la casa y no extrañaba demasiado a su familia.

Cuando cumplió 13 años, su tía le sugirió que se fuera como empleada doméstica al Golfo Pérsico. Para eso tendría que viajar con un pasaporte falso, porque el gobierno no permitía trabajar en el exterior a los menores de 18. Noraida estuvo de acuerdo: conocía a otras chicas de su pueblo que ya se habían ido. Y no le preocupaba no conocer a nadie en su destino, no saber hablar árabe ni mucho inglés.

Estaba tan entusiasmada con la idea de irme y ganar plata y ayudar a mi familia que no pensé demasiado en esas cosas.

Su tía la llevó a ver a un agente que le consiguió un empleo, y Noraida partió sin siquiera poder despedirse de sus padres.

A su llegada, sus empleadores se impresionaron cuando les dijo su verdadera edad.

Pero había tenido suerte: sólo debía acompañar a los dos hijos del matrimonio, de cinco y un año, y todos la trataban como si fuera de la familia. Le permitían comer todo lo que hubiera en la nevera, la llevaban con ellos a los centros comerciales, a los parques de diversiones, a la playa. Y todos los meses le transferían su sueldo a su tía. Su vida era tan diferente de lo que había sido en su país; Noraida aprendió a hablar árabe y tenía tanto para hacer que, en los tres años y medio que pasó en esa casa, nunca tuvo tiempo para la nostalgia.

Pero cuando volvió a Filipinas, regresó a la casa de sus padres en el Al-Salam Mosque Compound. En su ausencia, las relaciones entre sus padres y sus tíos se habían agriado: su tía no le había dado a su madre nada de sus ganancias. Noraida se apenó por esa traición, por la continua lucha de sus padres contra la pobreza y, más aún, porque la vida la había traído de vuelta a su punto de partida. Por un tiempo trabajó como vendedora en una tienda, pero la paga era escasa.

Noraida decidió volver a irse. Su conocimiento del árabe y su condición de “ex migrante” la ayudaron. Consiguio su visa en sólo tres semanas –un proceso que puede llegar a tardar un año– y se colocó en la casa de un juez saudí, viudo con dos hijas.

Era una casa grande, opulenta, y Noraida era una de las diez trabajadoras domésticas. La asignaron a la hija menor, una estudiante de medicina de 16 años, y sus responsabilidades se limitaban a limpiar sus habitaciones, lavar su ropa y servir sus comidas. Noraida estaba contenta. Tenía un horario regular, se entretenía con las demás empleadas y, mejor aún, podía mandar todo su sueldo de 200

Como trabajan en espacios privados, lejos de la mirada pública, las trabajadoras domesticas son particularmente vulnerables a la explotación.

dólares a sus padres; con ese dinero, ellos comprarían un trozo de tierra y se construirían una casa.

Dos años y medio más tarde, Noraida volvió brevemente a su pueblo antes de conseguir otro empleo a través de la misma agencia. Esperaba poder ahorrar algún dinero para ella, mientras seguía ayudando a su familia. En su primer contrato, muy pocos migrantes ahorran lo suficiente para

mantener a su familia por mucho tiempo. Además, las oportunidades de empleo y las fuentes de subsistencia son tan escasas en Filipinas que la mayoría de los retornados vuelve a buscar un empleo en el extranjero. Sus hijos y nietos pueden seguir su ejemplo. Pero esta vez, Noraida fue recibida de otro modo:

El marido era amistoso, pero la mujer era muy antipática y los chicos no querían estar conmigo. Al principio no me preocupé mucho, pensé que todo se iba a arreglar.

No fue así. La familia vivía en una casa de dos plantas con dos salones, cuatro dormitorios y siete baños. Cada día, Noraida tenía que limpiar y barrer toda la casa, lavar y planchar, cocinar cada comida y cuidar a los chicos: un bebé que tenía un mes cuando ella llegó y una niña de 4 que debía ser bañada, vestida y llevada a la escuela.

Mi día empezaba a las 5.30 cada mañana y no solía terminar antes de medianoche, porque mi patrona me gritaba, me insultaba, me pegaba en la cabeza si no estaba todo hecho. Me explotaban, yo detestaba que me insultaran y me pegaran. A veces el

marido intervenía. Me decía “no le hagas caso, ella es así”, y trataba de calmarla.

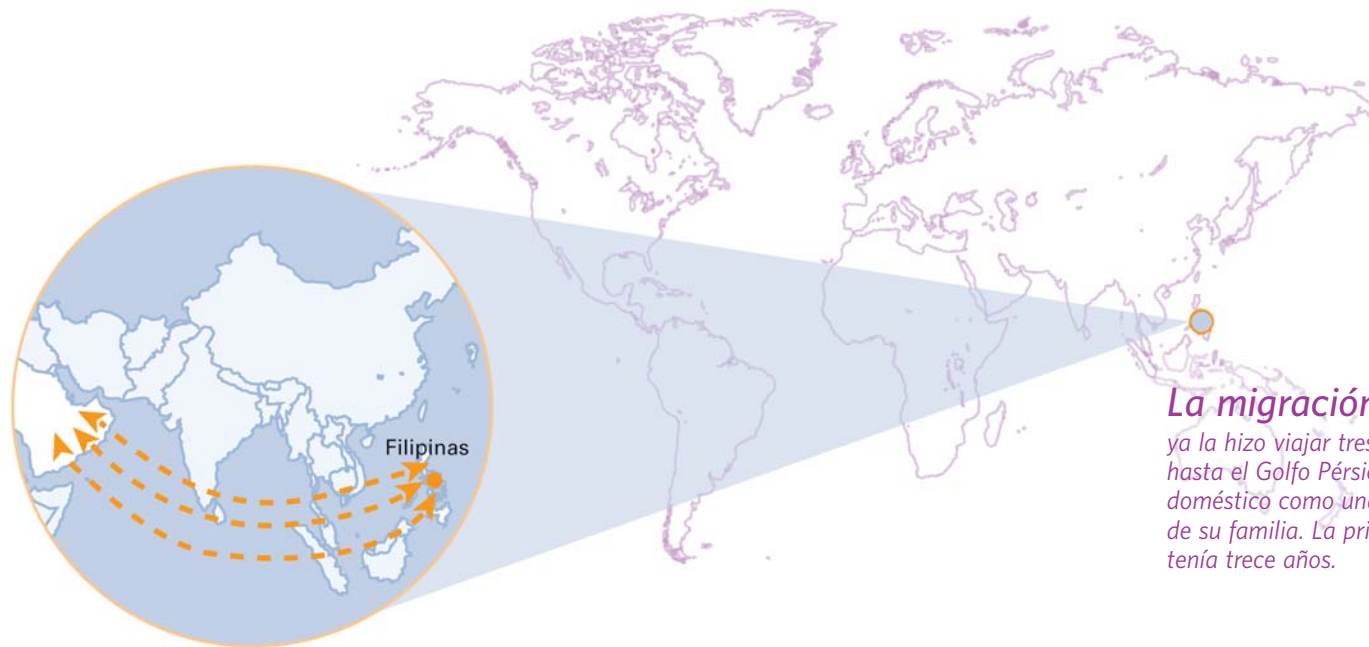
Al cabo de unas semanas, Noraida empezó a contestarle a su patrona a los gritos; nunca lo había hecho antes. En su tercer mes ya desesperaba por huir.

Trabajaba día y noche y de todas formas mi patrona no estaba satisfecha. Me sentía sola, extrañaba mi casa. No tenía acceso al teléfono, ni siquiera me dejaban hablar con mis padres. Lo único que quería era irme.

La oportunidad llegó un mes después. El marido le había pedido una taza de té; cuando Noraida se la dio, sus manos se tocaron al pasar. La esposa lo notó: a la mañana siguiente no fue a trabajar y, cuando su marido salió, empezó a insultar a Noraida. La llamó “mujer sucia” y la empujó. Noraida la amenazó con irse. La patrona le contestó que la puerta estaba abierta, que se fuera.

Y eso fue lo que hice: me fui de la casa. Estaba tan enojada y nerviosa... No llevé nada, ni dinero ni nada, y ni siquiera sabía dónde estaba yendo.

Cuando salía apareció el marido. Le preguntó por qué lloraba y trató de calmarla,



La migración de Noraida

ya la hizo viajar tres veces desde Filipinas hasta el Golfo Pérsico para realizar trabajo doméstico como una forma de aliviar la pobreza de su familia. La primera vez que se fue sólo tenía trece años.

pero ella insistió en ir a la agencia que la había traído; él la acompañó. Allí, Noraida se quejó de que, aunque la habían contratado como niñera, estaba haciendo todo el trabajo de la casa, y que no le habían pagado el sueldo del mes anterior. El marido dijo que no podía hacer nada porque su esposa decía que no le pagaría a menos que Noraida mejorara su rendimiento.

Noraida no tenía más opción que seguir trabajando para la familia: si rompía su contrato tendría que pagar su pasaje de vuelta. Así que aceptó trabajar tres meses más y volvió a la casa.

La calma duró un par de semanas. Después volvieron los gritos y los insultos. La mujer

y yo nos peleábamos todo el tiempo, y yo era una especie de prisionera. Los patrones empezaron a llevar a su hija a la escuela, así yo no salía de la casa. Cuando no estaban, desconectaban el teléfono y me encerraban con llave desde afuera.

Un par de veces Noraida pudo conectar el teléfono y quejarse a la agencia. Pero eso sólo empeoró las cosas: la agencia le decía a sus patrones que había llamado y la mujer se enfurecía. Más tarde, Noraida se enteró de que otras dos chicas habían dejado a esta familia antes de completar sus contratos.

Así que al cabo de siete meses Noraida estaba de vuelta en la casa de sus padres. Volvió con las manos vacías: no tenía nada

para mostrar más allá de las lastimaduras que le había hecho su patrona el día antes de partir, cuando la empujó contra un mueble.

Noraida decidió que nunca más emigraría. Unos meses después se casó con Alam, un vecino de 27 años, con la esperanza de construirse una nueva vida en las Filipinas. No es fácil. Alam se gana la vida vendiendo cedés pirateados, Noraida se ocupa de su hija de meses. Viven con los padres de ella en un espacio oscuro dividido en dos piecitas y una cocina. El resto de la casa está alquilado, y Noraida y Alam comparten lo que queda con los padres, dos hermanos desempleados y seis sobrinos, hijos de sus hermanas que trabajan en el Golfo.

En la casa no hay nada: ni muebles ni artefactos ni ningún bienestar, aunque Noraida tiene cuatro parientes cercanas que trabajan en el exterior. Los chicos juegan en la calle junto a una cloaca. La ropa cuelga de la pared, amontonada. En la cocina se acumulan los platos sucios y el horno necesita un arreglo. Nadie cocina, y la familia sobrevive con el arroz que preparan en la arrocera, y un poco de curry comprado en el mercado.

¿Cuál es la diferencia entre tu vida aquí y tu vida en el Golfo?

Yo diría que es la diferencia entre pobreza y riqueza. Aquí nuestras vidas están tan

llenas de problemas, de necesidad. Mis padres llevan la casa, nosotros ayudamos lo que podemos. A veces las madres de los chicos mandan un poquito de plata, pero nunca alcanza. Y los otros no pueden ayudarnos, porque tienen sus propias familias que mantener.

Noraida está en una encrucijada, llena de incertidumbre. Su última experiencia en el extranjero la marcó, y no querría volver a buscar un trabajo afuera. Pero si quiere salir y sacar a su familia del pantano donde están, quizás no le quede más opción que volver a emigrar.

TRABAJADORAS DEL HOGAR, LEJOS DE SU HOGAR

Niñas y mujeres hacen la mayoría del trabajo doméstico del mundo, como siempre lo hicieron. La OIT considera que el trabajo doméstico es la forma más común del trabajo infantil femenino.¹ Muchas adolescentes como Noraida migran en busca de un salario que les permita mantenerse y mandar algún dinero a sus familias. Esas remesas pueden ayudar a aliviar la pobreza, pero muchas trabajadoras domésticas y ONG denuncian privaciones, abusos y explotación.

En Asia, Filipinas, Sri Lanka e Indonesia envían la mayoría de las trabajadoras domésticas de la región. Las mujeres constituyen entre el 60 y el 80 por ciento de los migrantes registrados de esos países,² y la mayoría son trabajadoras domésticas. Desde 1998, alrededor de 400.000 indonesios han migrado anualmente a otros países.³

La demanda de trabajadoras domésticas proviene sobre todo de Medio Oriente, Europa Occidental, Norteamérica y los países asiáticos más ricos como Japón, Corea del Sur, Malasia, Hong Kong y Singapur. A mediados de la década del 2000, unos 6,3 millones de migrantes asiáticos, muchos de ellos trabajadoras domésticas, residían y trabajaban legalmente en los países más desarrollados del Sur y Sudeste de Asia; se calcula que hay otros 1,2 millones de migrantes indocumentados en la región.⁴ En

Medio Oriente, los países del Golfo Pérsico también emplean a millones de mujeres inmigrantes en el trabajo doméstico. Sólo en Arabia Saudita por lo menos un millón de ellas ocupan puestos de bajo nivel que incluyen el trabajo doméstico.⁵

Las migraciones de trabajadoras domésticas también son comunes en América Latina, donde constituyen hasta un 60 por ciento de las migraciones internas e internacionales. Las mujeres jóvenes de países como Bolivia, Paraguay y Perú se van a países más desarrollados como Argentina y Chile. Otras muchas emprenden el camino a Norteamérica y Europa Occidental.⁶ Las inmigrantes de México y otros países latinoamericanos forman buena parte de la fuerza de trabajo doméstico en los Estados Unidos. En África Central y Occidental, jóvenes traficadas a través de las fronteras terminan como trabajadoras domésticas.

El período anterior a la partida puede incluir todo tipo de abusos.⁷ Niñas y mujeres pueden pasar meses retenidas, en condiciones muy precarias, en centros de reclutamiento estrechamente vigilados.

En el caso de las adolescentes, las agencias de empleo suelen falsear su edad en sus documentos de viaje para sacarlas de sus países. Con frecuencia las trabajadoras domésticas migrantes

no reciben información precisa sobre el proceso migratorio, pueden ver sus salarios retenidos en una forma de “sujeción por deudas”, y pueden ser engañadas acerca del tipo y las condiciones de trabajo que tendrán que enfrentar.

Ya en su destino, muchas no son informadas sobre sus derechos o sus posibilidades de obtener ayuda para defenderse de empleadores abusivos. Como trabajan en espacios privados, lejos de la mirada pública, son particularmente vulnerables a la explotación. No suelen estar cubiertas por una legislación laboral que podría protegerlas en casos de abuso, falta de pago o retención arbitraria de sus salarios. Además, a menudo se les prohíbe escribir cartas o mantener comunicación con sus parientes en el país, sus agencias o sus empleadores les retienen el pasaporte, y enfrentan amenazas si intentan escaparse. Si lo logran, no saben cómo manejarse sin dinero, documentos o amigos que puedan asistirlos en ciudades que no conocen.⁸ Muchas sufren abusos, incluso violencia sexual. Y corren alto riesgo de contraer infecciones de transmisión sexual, entre ellas el VIH.

Para mejorar la situación de las trabajadoras domésticas, algunos gobiernos han adoptado nuevas leyes y políticas. Filipinas, por ejemplo, desarrolló un programa para trabajadores migrantes que incluye una orientación obligatoria, antes de la partida, acerca de sus derechos

y su salud. Otros países, en particular en Asia del Sur, han fortalecido sus consulados para proteger los derechos de los trabajadores migrantes y para supervisar a las agencias privadas. Esto beneficia particularmente a las trabajadoras domésticas en situación de abuso. Las propias trabajadoras domésticas han establecido sus redes, y ciertos sindicatos las han autorizado a asociarse para emprender negociaciones colectivas de mejores contratos de trabajo. Tanto los países emisores como los receptores han instituido mecanismos para regular y monitorear las actividades de las agencias de reclutamiento. Organizaciones de la sociedad civil en distintas partes del mundo abogan por los derechos de las trabajadoras domésticas migrantes y las asisten si tienen que presentar demandas y enfrentar casos de abuso.

Los países que reciben trabajadoras domésticas del extranjero deben instituir políticas que protejan sus derechos humanos. Por ejemplo, podrían requerir a las agencias de empleo que colocan personal doméstico en hogares privados que les provean una “declaración de derechos” escrita donde se detallan su salario, sus horarios y demás condiciones laborales básicas. También podrían entregar al empleador una lista de sus obligaciones. Así, tanto empleadores como empleados podrían acordar contratos de trabajo transparentes y evitar los abusos.



Kakenya

KENIATA, ESTUDIANTE EN EE. UU.

Cuando era una niña de diez años, Kakenya no tenía tiempo para pensar en el futuro. Sus días eran interminables: en cuanto salía de la escuela tenía que ordeñar las vacas, pastorearlas, traer agua del río, buscar leña, cocinar, limpiar la casa, cuidar a sus hermanas. Y estaba demasiado preocupada por la comida de esa noche para pensar en nada más lejano: el futuro, dirá mucho después, es un lujo que sólo las sociedades ricas pueden permitirse. Pero, aún si lo hubiera pensado, jamás habría podido imaginar este presente en la Universidad de Pittsburgh, EE.UU., donde cursa un posgrado en Educación.

Kakenya Ntaiya nació en Enoosaen, una aldea massai en el sur de Kenya, en junio de 1978, pero no sabe el día: su madre no se acuerda. Los massai siempre fueron una sociedad de pastores seminómades que, últimamente, se ha establecido en aldeas; 400.000 personas, la mitad del total, vive en Kenya. Los massai pastorean también cabras y ovejas, pero las vacas son su bien más

preciado: viven de su leche y de su sangre —y sólo las matan en las grandes ocasiones.

En Enoosaen nunca hubo agua corriente ni electricidad; su casa, como las demás, era un rancho de adobe, paja, bosta y orina de vaca. Kakenya no recuerda haber empezado a trabajar: siempre lo hizo. Cuando tenía cinco años sus padres la prometieron en matrimonio a un vecino de seis: es la costumbre massai y todos, en la aldea, hablaban de ellos como marido y mujer; ellos jugaban, pastoreaban las vacas juntos, se llamaban esposo y esposa. Muchos años después, Kakenya dirá que ella, por lo menos, habría tenido la suerte de conocer a su futuro marido: que, muchas veces, las chicas de su pueblo lo conocen el día de su boda.

Su vida estaba decidida: Kakenya se casaría, tendría hijos, cuidaría vacas, cultivaría la tierra. En esos días ni siquiera sabía que existieran otras vidas posibles: visto desde su pueblo, el mundo era un lugar tan chico y homogéneo. Pero estaba intranquila, asustada: su madre trabajaba sin parar y su padre

se pasaba largas temporadas fuera de la casa, trabajando como policía en Nairobi, la capital de Kenya. Cuando volvía era peor: le pegaba a su mujer, vendía sus vacas. Su madre, en esos momentos de desesperación, solía decirle que ojalá su vida pudiera ser distinta, y que la única forma de conseguirlo sería que se educara. Kakenya estudiaba todo lo que podía.

Cuando Kakenya tenía once años, alguien llegó al pueblo: Morompi Ole-Ronkei era un vecino de veintitantos que había conseguido las calificaciones y el dinero para ir a estudiar a los Estados Unidos. Fue una revelación: Morompi tenía una cámara de fotos, buena ropa, zapatillas, una sonrisa satisfecha, y contaba historias de ese país donde todos tenían plata y anteojos de sol y varios coches y las máquinas hacían todo el trabajo. Kakenya estaba fascinada: un mundo nuevo se abría a su imaginación. Así que redobló sus esfuerzos en la escuela: ahora sí tenía un objetivo. Cuando llegó al colegio secundario, Kakenya era una de las

dos únicas chicas en una clase de muchachos: en su comunidad, no se supone que las mujeres hagan esas cosas. Las mujeres tienen que casarse; pero, para eso, primero deben ser circuncidadas.

Durante dos o tres años, Kakenya consiguió postergar ese momento –y seguir estudiando. Pero cuando cumplió quince su padre le dijo que ya no podía esperar más. La circuncisión –*emuratisho*– marcaría su entrada en la edad adulta: el momento de casarse y abandonar la escuela. Kakenya se puso firme

Las mujeres jóvenes también migran para educarse en universidades extranjeras, pero en mucho menor número que sus pares masculinos a causa de las normas culturales que restringen su movilidad.

y negoció: sólo se circuncidaría si le permitían terminar el secundario. Insistió tanto que su padre se lo prometió delante de los hombres de la aldea: según la tradición, una promesa en ese ámbito debe ser cumplida, y Kakenya supo usar la tradición a su favor.

Muchas chicas massai esperan el momento de la circuncisión con entusiasmo: les han hablado tanto de eso, del momento de empezar su verdadera vida.

Pero nadie nos cuenta qué nos van a hacer: sólo sabemos que va a haber una gran fiesta, que vamos a ser las protagonistas. Y la fiesta es hermosa: una semana entera de cantos y bailes y banquetes. Hasta que una mañana te llevan al corral de las vacas y ahí, ante docenas de vecinos, una abuela viene y te lo hace. Sientes un dolor horrible pero no puedes llorar: desde chiquita, siempre te han dicho que no puedes llorar. Y, después, tampoco puedes hablar de eso con nadie.

Todavía ahora, cuando lo recuerda, Kakenya se ensombrece, y dice que todos los días siente ese pedazo ausente de su cuerpo y que se va a pasar la vida peleando para erradicar esa costumbre. Cada año alrededor de dos millones de mujeres

de Africa, Asia y Medio Oriente, sufren la mutilación de su clítoris; en general, la operación se practica sin asepsia ni instrumental, en condiciones muy riesgosas.

Kakenya terminó el secundario con muy buenas notas: era el momento de casarse, de dejar de ser Kakenya para siempre. En su sociedad, cuando una chica se casa se vuelve la propiedad de su marido. Las chicas massai tienen un nombre que dura hasta su boda;

ese día, el novio y sus amigos le eligen otro, que deberá usar toda su vida. Es difícil pensar de un mayor ejercicio de poder.

¡Yo soy Kakenya, yo voy a ser Kakenya hasta que me muera!

Dirá mucho después, ahora. Pero entonces, para conseguirlo, tenía que irse de su pueblo.

Ojalá no tuviéramos que escaparnos de nuestros hogares para ser lo que queremos ser. Si me hubiera quedado me habrían forzado a casarme, a tener hijos, a vivir la vida que ellos querían, no la mía.

Creo que tuve que irme para seguir siendo yo misma.

Kakenya fue a buscar a Morompi y le pidió que la ayudara a buscar una universidad en Estados Unidos.

¿Por qué en Estados Unidos?

Porque no sabía de ningún otro lugar.

Después de muchos trámites, la pequeña universidad para mujeres de Randolph-Macon, en Virginia, la admitió, pero le faltaba lo más difícil: el dinero. Kenya tiene

35 millones de habitantes –la mitad vive bajo la línea de pobreza. Durante meses, Kakenya tuvo que convencer a las mujeres y los hombres de la aldea de que una chica podía hacer lo que muy pocos muchachos habían hecho: les prometió que, si la dejaban irse, volvería para instalar una escuela, una maternidad, agua corriente; también les prometió que volvería sola: que no se casaría con ningún extraño. Al principio le decían que no, que una mujer no podía irse a ningún lado, que respetara a sus mayores y se quedara en su lugar. Kakenya, a fuerza de persuasión y de insistencia, consiguió la autorización de los viejos de la aldea y un poco de dinero. A principios del año 2000 viajó a Nairobi: allí vio, por primera vez en su vida, un edificio de departamentos, un aparato de televisión. Días más tarde se subió a un avión para cruzar el Atlántico: cuando el avión despegó lloró de felicidad porque lo había logrado.

Kakenya estaba tan perdida: es difícil imaginar un viaje más radical que el suyo. En la universidad de Randolph-Macon la recibieron con entusiasmo, afecto y una nevada extraordinaria: Kakenya no podía creer que la nieve cayera del cielo, ni que

La migración de Kakenya

la llevó a buscar una educación y a liberarse de las estrictas normas de género que su comunidad impone a las mujeres, dejando su zona rural de Kenya para estudiar en los Estados Unidos.

sus compañeras se lanzaran al prado con sus colchones para usarlos de trineos. Estaba descubriendo, al mismo tiempo, dos aspectos extraños de la cultura de Occidente: que algo tan valioso como un colchón podía arruinarse por placer; que esas mujeres adultas todavía pensaban en jugar. Su primer año en la universidad no fue fácil: se sentía sobrepasada y sólo pensaba en volverse a casa.

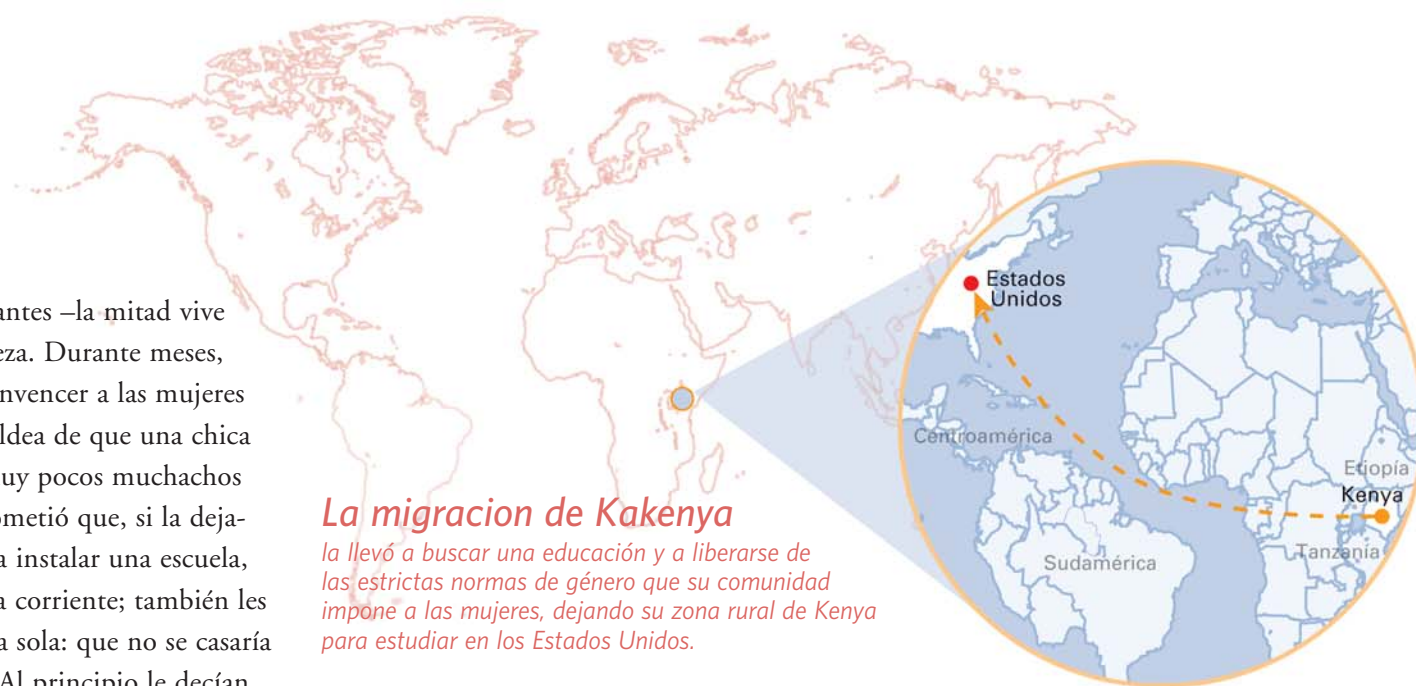
Cuando tuve que usar mi primera computadora estaba asustadísima: pensaba que, si apretaba cualquier botón, iba a explotar. La electricidad me daba mucho miedo.

Después se fue adaptando, y consiguió graduarse con muy buenas notas. Pero, al

mismo tiempo, Kakenya descubrió que los americanos comían verduras crudas –“como los animales”–, que caminaban demasiado rápido, que sonreían sin sentido, que todos querían parecer jóvenes, que no todos eran ricos y que el dinero no crecía en los árboles: que la vida en los Estados Unidos también podía ser muy laboriosa.

Kakenya lleva más de cinco años en Estados Unidos y ya no suele decir que es massai sino keniata. Kakenya dice, repite, que su corazón está en su pueblo, pero las dos veces que volvió –una de ellas, para el entierro de su padre– se sintió incómoda: ya no es como ellos.

Kakenya hacía lo posible: trataba bien a todos, intentaba integrarse, no usaba su ropa americana para no dar envidia. Pero el agua



de Enosaen la enfermó, ya no podía cargar leña, y todos le hacían sentir la diferencia. Algunos la alababan, la celaban; otros la señalaban con todo tipo de sospechas. Y muchos le pedían plata porque alguien que vive en América tiene que ser rico. Kakenya sabe que tampoco es una americana, y tiene miedo de quedarse para siempre en el medio: en ninguna parte.

Ellos no saben, se imaginan que acá todo es fácil. Y yo cada día que estoy acá pienso oh dios, yo les debo tantas cosas, les hice tantas promesas...

Aquí, en Estados Unidos, dice, la pasa bien y aprende mucho, pero nunca deja de sentir esa culpa: no recuerda un solo día en que haya pensado oh, soy tan feliz. Y a menudo extraña los tiempos en que el futuro no era un tema: en que no se pasaba los días y las noches pensando qué podrá hacer para mejorar la situación de su aldea. Aquellos días en que, cada noche, caía rendida y el sueño llegaba sin que se diera cuenta. Ahora que sabe tantas más cosas

sobre el mundo, dice, se preocupa mucho más y no deja de pensar qué puede hacer para que la gente viva feliz y no tenga que dejar su país. Ella querría contribuir a que ese mundo exista, aunque no sabe muy bien cómo. Por ahora, en lo que más confía es en la educación:

La educación es la clave de todo. Educarme me abrió tantas puertas que yo quiero prepararme todo lo posible para mejorar la educación de mi país.

Dice Kakenya, en el frío de Pittsburgh, gorro de lana, orejas ateridas, mientras sueña con instalar una escuela en su pueblo para educar a sus mujeres, para convencerlas de que no se dejen dominar por sus hombres, que rechacen la circuncisión, que conserven sus nombres, que sean lo que quieran ser, sin tener que dejar sus casas:

Si las mujeres de mi pueblo tuvieran educación podrían elegir qué hacer con sus vidas. Y eso sí que sería un cambio, y yo sentiría que ya pagué mis deudas.

ESTUDIAR LEJOS

La cantidad de jóvenes que prosiguen sus estudios en el extranjero¹ ha aumentado en las últimas décadas hasta convertirse en un foco de atención creciente.² Kakenya es una de los muchos que han contribuido a este aumento. Es notable su camino desde sus años de infancia en la Kenya rural, donde el acceso de las niñas a la educación todavía crea muchos problemas, hasta la educación superior en una universidad americana. La historia de Kakenya muestra que ciertas normas de género alejan a las niñas de la posibilidad de continuar la escuela; su migración fue también un modo de liberarse de las expectativas con que su comunidad la invistió a causa de su género.

En las dos últimas décadas, la proporción de adolescentes entre 10 y 14 años que nunca fueron a una escuela cayó del 21 al 11 por ciento para los varones, y del 39 al 18 por ciento para las mujeres.³ Más aún, los jóvenes de los países en vías de desarrollo están pasando más años de su adolescencia en la escuela que nunca antes.⁴ Sin embargo, mientras las brechas de género en la educación primaria se están cerrando en todo el mundo, todavía hay más muchachas que muchachos fuera de las escuelas. En la adolescencia tardía -entre 15 y 19 años-, la brecha de género se ensancha, las tasas de asistencia general caen sustancialmente y las diferencias regionales se acentúan.⁵

Los estudiantes dejan sus países para estudiar en el extranjero por diversas razones, que incluyen la falta de acceso a la educación terciaria en sus países, la oportunidad de lograr una educación de mejor calidad, y la experiencia de estudiar y vivir en el extranjero como preparación para un mundo cada vez más globalizado.⁶ Muchos esperan que sus estudios en el extranjero les provean mejores oportunidades de empleo en sus propios países. Para muchos, sin embargo, la vida tomará un camino diferente: en lugar de volver a sus raíces, se quedarán en el país donde han estudiado.

En 2004, al menos 2,5 millones de estudiantes terciarios estudiaban fuera de sus países, frente a 1,75 millones sólo cinco años antes: un aumento del 41 por ciento desde 1999.⁷ Más de dos tercios de los estudiantes extranjeros del mundo se encuentran en seis países: el 23 por ciento estudia en los Estados Unidos, seguidos por el Reino Unido (12 por ciento), Alemania (11 por ciento), Francia (10 por ciento), Australia (7 por ciento), y Japón (5 por ciento). En estos países, la cantidad de estudiantes móviles aumentó tres veces más rápido que el número de estudiantes locales en los últimos años.⁸

África al Sur del Sahara cuenta con el mayor porcentaje de estudiantes en el extranjero: alrededor de uno de cada 16, casi tres veces el promedio global.⁹ Pero sólo 5 de cada 100 jóvenes en edad terciaria acceden a la educa-

ción terciaria en la región, comparado a 69 en Estados Unidos y en Europa.¹⁰ En Cabo Verde, Comoras y Guinea-Bissau, el número de estudiantes en el extranjero supera al de los que estudian en su país. Esa cantidad llega al 50 por ciento en Botswana, Guinea Ecuatorial, Gambia, Lesotho y Namibia.¹¹ Alrededor de la mitad de los estudiantes móviles de África al Sur del Sahara va a Europa Occidental. Norteamérica y la propia África al Sur del Sahara atraen una cantidad equivalente de los restantes estudiantes móviles. Para los que estudian en el extranjero sin salir de la región, Sudáfrica es, por mucho, el destino más popular, atrayendo a casi 9 de cada 10 estudiantes móviles.¹²

En los últimos años, la región árabe ha visto también un incremento importante en la movilidad de sus estudiantes. La búsqueda de una educación superior en el extranjero es un factor mayor en la migración juvenil, especialmente para los hombres. Las mujeres jóvenes también migran para educarse en universidades extranjeras, pero en mucho menor número que sus pares masculinos a causa de las normas culturales que restringen su movilidad.¹³ Dos de cada tres estudiantes móviles de los estados árabes estudian en Europa Occidental, y un 12 por ciento va a Norteamérica. Alrededor de un 13 por ciento permanece en la región.¹⁴

Últimamente se han incrementado los acuerdos por los cuales universidades de países desarro-

llados instituyen alianzas con universidades de países en vías de desarrollo o establecen sus propios campus en ellos. Los gobiernos han sostenido o alentado estos acuerdos, con la esperanza de mejorar las oportunidades de preparación para sus ciudadanos sin tener que enviarlos al extranjero, y de atraer estudiantes calificados de otros países.¹⁵

Las mujeres jóvenes como Kakenya no deberían abandonar sus comunidades, entornos o países para lograr una mejor educación. Uno de los Objetivos de Desarrollo del Milenio consiste en asegurar que para el año 2015 se eliminen “las desigualdades entre los géneros en la enseñanza primaria y secundaria”. Los padres y las comunidades deben valorar la educación de las adolescentes tanto como la de sus pares masculinos. Las jóvenes no deben dejar tempranamente la escuela para casarse, o a causa de un embarazo inesperado. Los jóvenes de ambos sexos deben tener acceso a una educación de alta calidad en un entorno escolar sensible a la igualdad de género, que sostenga sus aspiraciones educativas.

Para eso, los países deben trabajar para eliminar o reducir las tarifas escolares, proveer incentivos para retener a los niños y jóvenes en la escuela, y monitorear en cada comunidad el acceso y retención de los niños y jóvenes en todos los niveles de educación.



Edna

ZAMBIA, SEROPOSITIVA

La noticia no fue sólo que tenía que dejar el colegio porque la plata no alcanzaba. Ese día sus padres también le dijeron que le habían conseguido un marido y que se casaría con él en un mes. Su madre le mostró una foto: el muchacho tenía veintipico y el traje de soldado le quedaba bien. Era el hermano menor de un vecino de su pueblo, Mpika, en el norte de Zambia; el vecino y sus padres habían arreglado todos los detalles de la boda.

La dote no fue mucho, unos 300.000 kwacha, porque yo soy una bamba, y los bamba no cobran muy caro sus mujeres.

Trescientos mil kwacha era el precio de un ternero. Edna tenía 17 años y pensó que esa boda era lo más lógico: si ya no podía ir a la escuela no tenía qué hacer en la vida.

Yo no lo conocía, claro, pero conocía a su familia, y mis padres lo habían elegido. Estaba bien.

Su padre era un empleado municipal jubilado, su madre ama de casa, y habían tenido 14 hijos: era difícil mantener a toda la familia. Cuando vio al soldado por primera vez, Edna se asustó un poco: era raro pensar que pasaría el resto de su vida con él. Pero sus padres lo habían decidido, y Edna había aprendido de sus mayores que los mayores siempre tienen razón.

Si no hubieras querido casarte con él, ¿qué habría pasado?

No sé.

Dice Edna, y se ríe: después dice que la idea nunca se le pasó por la cabeza. El soldado se la llevó a vivir en los alrededores del cuartel en Kabwe-Chindwin, en el centro del país. Edna estaba contenta; al cabo de un año nació su primera hija, su marido la trataba bien, las cosas funcionaban. Era cierto que el soldado no siempre estaba en casa —a menudo tenía misiones que lo mantenían lejos mucho tiempo—, pero cuando volvía

solía traerle algún regalo, y solía embarazarla. A veces Edna se molestaba: era evidente que su marido, durante sus misiones, había estado con otras mujeres. Como aquella vez que se pasó seis meses en la frontera con Namibia: años después, Edna pensaría que fue entonces cuando empezó el desastre.

Pero también lo entendía: un hombre no puede pasarse tanto tiempo sin mujer, y su marido no era la excepción. Ella sí se mantenía fiel: las mujeres son algo diferente. Cuando su marido estaba fuera, Edna preparaba buñuelos y pasteles y los vendía en el mercado. El sueldo de él no estaba mal —había ganado su estrella de sargento—, pero siempre era bueno reforzarlo con algo.

Edna y su marido ya habían tenido dos hijos más —dos varones—, cuando él empezó a sentirse mal, débil. No era que estuviese enfermo todo el tiempo, pero a veces tenía esas crisis que lo dejaban días en la cama sin poder levantarse. Edna le insistía que fuera al hospital, que se hiciera atender. A principios de 2001 nació su cuarta hija; seis meses después murió el padre de Edna.

Al final de ese año la familia tuvo que ir a Kapiri, un pueblo cercano, para un funeral. Estaban caminando por la calle cuando de pronto el sargento cayó desmayado. Lo llevaron de prisa al hospital, y allí murió.

Edna se enfrentó a su nueva vida: no tenía padre ni marido que se ocuparan de ella y de sus cuatro hijos, y no sabía adónde ir, qué hacer. Unos días después del funeral encontró una carta que su marido le había dejado por si se moría: allí le contaba que se había hecho un test de VIH y que había dado positivo, pero había preferido no decírselo.

De los 6,2 millones de jóvenes que viven con VIH/SIDA en África al Sur del Sahara, tres de cada cuatro son mujeres.

¿Qué sentiste cuando encontraste esos papeles?

Nada.

¿No te enojaste con tu marido?

Bueno, al principio me deprimí, me enfermé, me pasé dos semanas en el hospital. Pero después pensé que había muchas otras viudas en la misma situación y que ellas podían seguir adelante, así que yo también.

Y ahora pienso que no vale la pena que me enoje con él, si de todas formas está muerto, no le puedo hacer nada.

Edna imaginó que su marido debía haberse contagiado aquella vez, cuando fue a Namibia. Pero eso no cambiaba nada.

Desde que supo que su marido había muerto de SIDA, Edna entendió que debía hacerse un test, pero tenía miedo. Durante dos años se resistió a saber; sospechaba, pero prefería seguir así. Hasta que un día juntó coraje y fue a una clínica. Tenía que volver

una semana más tarde, por los resultados. Ese día, la enfermera que le atendió le preguntó si estaba preparada; Edna estaba muy nerviosa, no supo contestarle. La enfermera le dijo no,

entonces váyase a su casa, prepárese, vuelva mañana. Edna supo que la enfermera le iba a decir lo que ya sospechaba.

¿Y ahora que soy positiva qué tengo que hacer? Quiero que alguien me diga qué tengo que hacer.

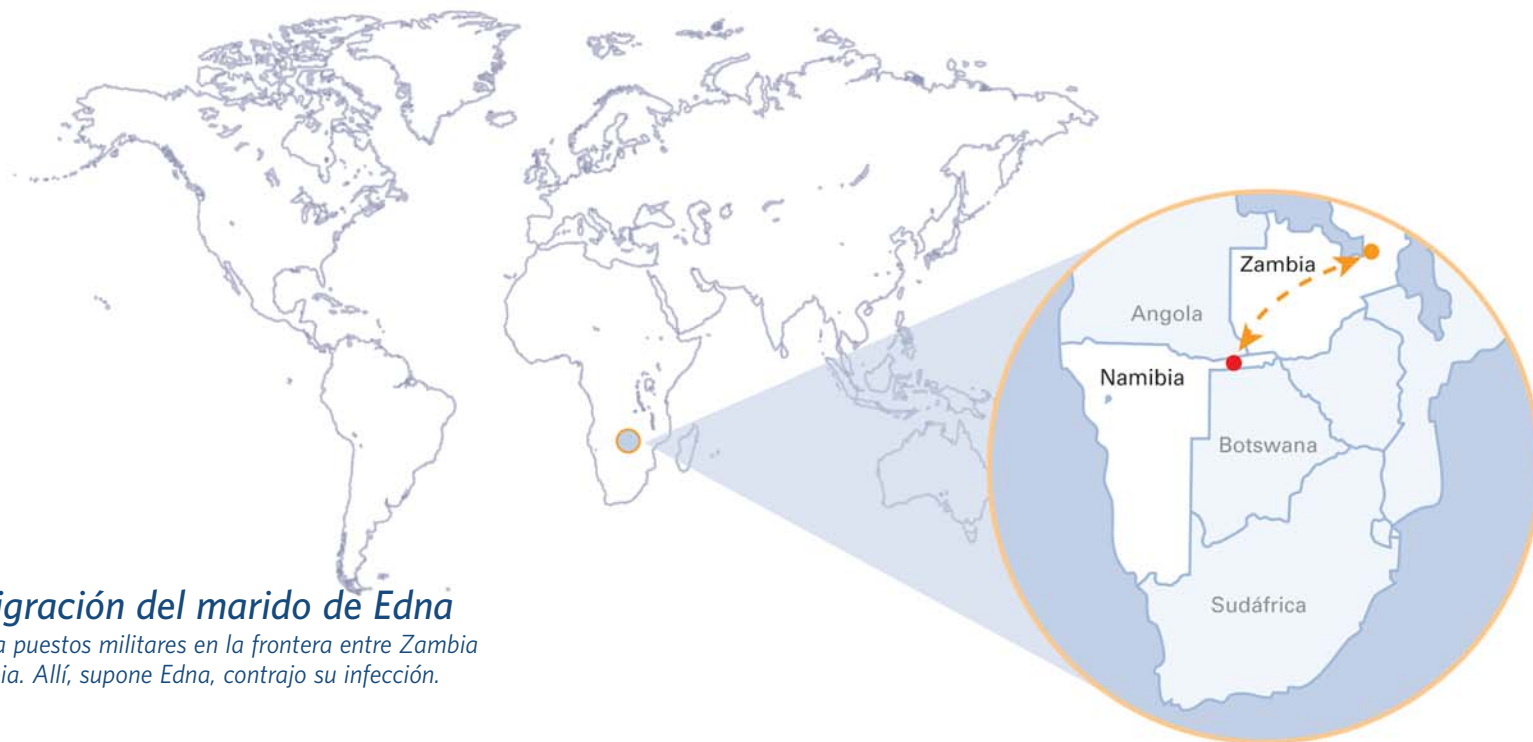
Le preguntó a la enfermera al otro día. La enfermera la mandó a hablar con gente de Corredores de Esperanza, una ONG que trabaja con grupos de alto riesgo como tra-

bajadoras sexuales y camioneros, y con enfermos de VIH/SIDA. Le dijeron que empezaría un tratamiento con drogas antirretrovirales que ellos le conseguirían, que el VIH no era el fin del mundo, que podría vivir con eso muchos años. Y le enseñaron ciertas cosas: que ser positivo no era un estigma social, que tenía que aceptarlo y no callarlo. En Zambia, una de cada cinco personas es seropositiva y están aprendiendo a no esconderse. El SIDA es un tema central en la vida de Zambia: los carteles de la calle, los diarios, las televisiones, el gobierno, la gente, hablan del SIDA todo el tiempo. Casi la mitad de las camas de hospital del país están ocupadas por enfermos de SIDA, y los “huérfanos del SIDA” aumentan día a día.¹

La enfermedad se encarnizó con Edna. En los tres últimos años, dos de sus hermanas murieron de SIDA, y ella las acompañó en sus últimos días y se quedó con sus cuatro hijos, además de sus propios cuatro. Y, hace unos meses, descubrió que su hija menor también era positiva.

Yo no sabía que mi hija podía estar infectada, no sabía que una nena tan chiquita podía ser positiva.

¿Qué hiciste cuando lo supiste?



La migración del marido de Edna

lo llevó a puestos militares en la frontera entre Zambia y Namibia. Allí, supone Edna, contrajo su infección.

Nada. Yo ya aprendí bastante sobre la enfermedad y fui capaz de aceptarlo. Ahora lo que tengo que hacer es cuidarla, quererla, ayudarla a que no se sienta aislada.

¿Te sentiste culpable?

No, eso es peor. Ya me enseñaron que si me concentro en sentirme culpable me voy a sentir débil, estresada, y eso es malo para mi enfermedad. Entonces me puedo morir antes, y voy a dejarla sola. Lo peor que le puedo hacer es sentirme culpable.

La nena tiene seis años y también está tuberculosa. Los médicos deben ocuparse primero de sus pulmones, antes de darle las drogas antirretrovirales. El gobierno, con un amplio apoyo internacional, trata de proveer las drogas que la mayoría de los enfermos no podía comprar: Edna las recibe en el hospital de Kapiri, el pueblo donde vive. En el hospital casi todos los médicos son extranjeros, voluntarios de *Médecins sans frontières*. Muchos médicos zambios emigran, cuando se reciben, a Inglaterra, Estados Unidos, Canadá; y el país tiene un déficit perpetuo de profesionales.

En el hospital local, Edna recibe también

un suplemento alimenticio: no tiene mucha plata, y su dieta –tan importante para su tratamiento– no es la que debería. Edna gana algún dinero como educadora en temas de VIH/SIDA para diversas ONG locales, y sigue vendiendo comida en el mercado. Se la ve bien, activa, interesada, con una sonrisa muy grande todo el tiempo. Ha aceptado que su marido la engañaba y la infectó, que sus hermanas se murieron de SIDA, que su hija también es positiva, y todo con la sonrisa a flor de labios.

¿Cómo haces para aceptar tantas cosas?

Es lo que ya te dije: hablando con gente, con amigos, con personas que están pasando por las mismas cosas. Somos tantos que me doy cuenta de que también se puede vivir así, siendo positiva.

¿Y qué esperas para tu futuro?

Nada. Quiero hacer todo lo posible para que mis hijos vivan felices, quizás armar algún negocio para que ellos puedan vivir mejor. No sé, es eso, hacer algo bueno para mis hijos antes de morirme.

¿Tienes miedo de morirte?

No.

Dice, y se ríe.

¿Por qué no?

He visto morir a mucha gente. Mis hermanos, mis hermanas, mi padre, mi marido, todos se murieron. Yo me voy a morir algún día, pero no me da miedo. Las Escrituras dicen que sí que hay una vida después de esta vida, y yo les creo.

¿Cómo te la imaginas?

No, no me la imagino. No puedo imaginarla.

Edna dice que ahora no tiene novio y que no le preocupa, que no tiene ganas. Bueno, dirá después, hay un hombre que la está cortejando y hasta le propuso matrimonio. Ella le dijo que era positiva y él le dijo que no importaba, que la quiere igual. Pero el hom-

bre es un comerciante de otro pueblo, que va a Kapiri de vez en cuando, y que ya está casado. Eso no sería un problema: él está dispuesto a convertirla en su segunda esposa. En Zambia, la ley y las costumbres permiten a los hombres tener varias mujeres. Pero Edna no está muy decidida: piensa que quizás sus hijos la pasarían mal con un hombre que no es su padre.

Y, de todas formas, si me caso, él tendría que usar un condón. Yo no quiero que él se enferme y que siga desparramando el SIDA.

¿Y él aceptaría usar condones con su esposa?

No sé, todavía no me animé a preguntárselo.

VIRUS SIN FRONTERAS

Tal como lo muestra la historia de Edna, las migraciones juegan un papel crítico en la difusión del VIH. Diversos factores vinculan movilidad y VIH, incluyendo las condiciones en las que mucha gente migra, la pobreza, las desigualdades de género, la separación de sus familias y compañeros, y la ausencia de las normas socioculturales que guían las conductas de la gente en las comunidades estables.²

En Zambia, como en el resto de África del Sur, el VIH/SIDA es devastador. Las migraciones internas e internacionales exacerbaban la difusión de la enfermedad. Cientos de miles de hombres de la región se ganan la vida trabajando en las minas de Sudáfrica, donde pasan años alejados de sus familias. En esas condiciones, suelen practicar conductas sexuales inseguras. Tienen distintas compañeras, recurren a trabajadoras sexuales, y raramente usan condones (preservativos).

Las desigualdades de género y la falta de respeto por los derechos de mujeres y adolescentes aumentan los riesgos de contraer el virus. De los 6,2 millones de jóvenes que viven con VIH/SIDA en África al Sur del Sahara, tres de cada cuatro son mujeres.³

Las poblaciones móviles, como trabajadores emigrantes, trabajadoras sexuales, conductores de camiones, comerciantes, trabajadores ferroviarios y miembros del ejército están entre los

grupos que enfrentan los mayores riesgos. Los conductores de camiones y comerciantes, por ejemplo, que transitan el llamado “Gran Corredor de El Cabo al Cairo”, corren particular peligro de contraer el VIH. Los mapas muestran que los pueblos y ciudades de esa ruta son focos de gran incidencia de VIH. A lo largo del corredor, en paradas de camiones y campamentos provisionales, comunidades fronterizas y vecindarios de cuarteles militares, las mujeres pobres pueden recurrir al trabajo sexual comercial para pagar su subsistencia. Los hombres suelen compartir sus compañeras sexuales, incrementando la vulnerabilidad general al VIH.⁴

No sólo la migración ha ayudado a difundir el VIH/SIDA; hay investigaciones que muestran que la propia epidemia ha traído consigo una nueva forma de migración, la de los niños y jóvenes afectados con VIH/SIDA que se ven forzados a partir por la enfermedad o muerte de sus padres. En África del Sur, la región más afectada por el VIH/SIDA, alrededor de uno de cada diez niños ha perdido a sus padres.⁵

En la medida en que el ingreso disminuye como consecuencia de la enfermedad o muerte de los familiares adultos, los niños y jóvenes se van a vivir con otros parientes. Pero pueden verse obligados a dejar la escuela para ganarse el sustento cuando esos parientes ya tienen demasiadas bocas que alimentar. Pueden incluso ser

empujados a vivir en las calles. Las muchachas pueden ser obligadas a casarse. Algunos jóvenes parten para cuidar a un padre o pariente enfermo. Un buen número de ellos deben buscar los medios para sobrevivir, como cabezas de familia. Esos jóvenes que migran al extranjero no sólo dejan su entorno familiar y sus amigos sino que pueden, además, ignorar el idioma y la cultura de sus lugares de destino, lo cual afecta su sentido de pertenencia.

Los migrantes nacionales e internacionales necesitan acceder a un espectro completo de opciones de prevención del VIH, que incluye asesoramiento, exámenes y tratamientos para infecciones de transmisión sexual, condones accesibles e información sobre cómo enfrentar, reducir y eliminar el riesgo de infección.

En Asia, por ejemplo, otra región donde la pobreza empuja a los jóvenes a migrar, el UNFPA y la Unión Europea han lanzado la Iniciativa de Salud Reproductiva para los Jóvenes en Asia, para responder a estas necesidades. Bajo esta iniciativa, y en colaboración con la Federación Internacional de Planificación de la Familia, jóvenes migrantes empleados en fábricas y en trabajo sexual comercial en comunidades del “Triángulo Dorado” de las fronteras de Tailandia, Laos, Myanmar y China están empezando a disfrutar de un mayor acceso a servicios de salud reproductiva y sexual que incluyen prevención del VIH.⁶



Natalia

MOLDOVA, VÍCTIMA DEL TRÁFICO DE PERSONAS

En 1990, cuando Natalia tenía siete años, su madre murió de cáncer. Natalia estaba convencida de que se había enfermado porque su padre le pegaba demasiado, y ella no había sabido defenderla. Pero su padre no estaba haciendo nada fuera de lo común: en Moldova hay un refrán muy popular que dice que “una mujer sin golpear es como una casa sin barrer”.

Natalia se quedó sola con sus cuatro hermanos y su padre, que trabajaba en el campo. Él le pegaba, le decía que era una carga para la familia, que para qué mandarla a la escuela. Y sus hermanos no la trataban mucho mejor. Natalia empezó a buscar pequeños trabajos para ganarse la vida.

Nunca entendí por qué no me querían, por qué me maltrataban todo el tiempo.

A los 14, Natalia se empleó en la casa de una vecina: limpiaba, cuidaba los animales, cortaba leña. Tres años después le pidió ayuda: quería seguir su educación. Natalia

pudo empezar a cursar un profesorado de educación física y artes marciales, hasta que se le acabó la plata y tuvo que volver a trabajar. Volvió a su casa; para congraciarse con su padre y su hermanos les daba casi todo su dinero, pero ellos le seguían pegando. Cuando se sentía muy sola, Natalia subía al cementerio y le contaba a su madre sus desdichas. Al tiempo decidió irse a Kishinau, la capital, y consiguió un trabajo en el mercado central; sus hermanos fueron a buscarla y se la llevaron de una oreja, porque alguien tenía que ocuparse de la casa.

Cuando cumplió 19, Natalia aceptó la propuesta de un muchacho de un pueblo vecino: se casarían y se irían juntos. Ella no estaba enamorada, pero era la única forma de empezar otra vida. Al principio todo fue feliz: consiguieron trabajo y una pieza en Kishinau, se reían, la pasaban bien juntos. Hasta que él empezó a celarla demasiado y a reprocharle cada centavo que gastaba; discutían, le pegaba. Cuando

un médico le dijo que estaba embarazada, ella tuvo miedo de su reacción; él, al principio, pareció contento. Después empezó a decirle que si ella dejaba de trabajar él tendría que mantener a los tres, que por qué no se había cuidado mejor, y le pegaba más.

En esos días su marido le dijo que se fueran a Italia, a labrarse un futuro. Natalia aceptó: como todo el mundo, había escuchado historias de emigrantes exitosos. Su marido le presentó un amigo que les conseguiría papeles, les prestaría la plata; ellos se la devolverían más adelante. El amigo era un cuarentón simpático, sofisticado, inteligente. Ella, ahora, lo llama el señor X.

¿Nunca habías oído hablar del tráfico de personas?

Yo no miraba la televisión, no leía los diarios. Había escuchado algunas cosas, pero no las creía. Y, de todas formas, uno siempre piensa que esas cosas les pasan a los otros.

Su marido la convenció de viajar primero, a trabajar como mucama para la hermana del señor X; él la seguiría poco después.

Yo tenía muchas ganas de irme: pensé que le iba a dar una vida mejor a mi hijo.

Esa tarde Natalia se subió al coche del señor X y, a poco de andar, se quedó dormida. Se despertó, ya de noche, en un descampado junto a un río; en el coche había dos chicas más que le dijeron que estaban en Rumania. El señor X les ordenó que se bajaran a caminar un rato. Natalia le

Las jóvenes traficadas que logran escapar de sus captores deben tener acceso a lugares seguros donde residir y recuperarse mientras se preparan para volver al mundo real.

preguntó por qué; él le dijo que obedeciera y se callara. Natalia empezó a llorar y pensó que algo terrible estaba por pasar.

Caminaron entre sombras, en medio de ninguna parte. Al fin encontraron un coche con tres hombres adentro. El señor X se acercó: Natalia vio como los hombres le daban muchos dólares. Natalia trató de escaparse, pero entre todos la agarraron, le pegaron, la patearon. Desde el suelo, Natalia

le dijo al señor X que se iba a arrepentir, que iba a volver a Moldova a buscarlo y se iba a arrepentir. El señor X se rió y le dijo que nunca iba a volver porque alguien muy cercano a ella se había asegurado que eso nunca sucedería.

Tardé un tiempo en saber que mi marido me había vendido por 3.000 dólares. ¡Mi marido! No puedo imaginar una traición peor que ésta.

Natalia gritaba desde el suelo. Sus nuevos dueños albaneses la esposaron y sacaron una jeringa: la iban a drogar para el viaje. Natalia quiso decirles que no, que estaba embarazada; pero no hubo caso.

Se pasó el viaje entre sueños y alucinaciones –y amenazas y golpes–. En algún momento, sabe,

la violaron: se despertó desnuda y dolorida en el baúl de un jeep. Tenía tanto miedo.

En algún lugar la bajaron de un bus y tuvo que caminar horas y horas por montañas con otras seis chicas. Una trató de escaparse y la mataron; Natalia se peleó con uno de los guardias: le rompieron un brazo, le pegaron hasta cansarse. Terminó en una casa de un pueblo donde un señor le dijo que la había comprado y que tendría que

trabajar duro para él. Como bienvenida, dos matones la ataron y la violaron.

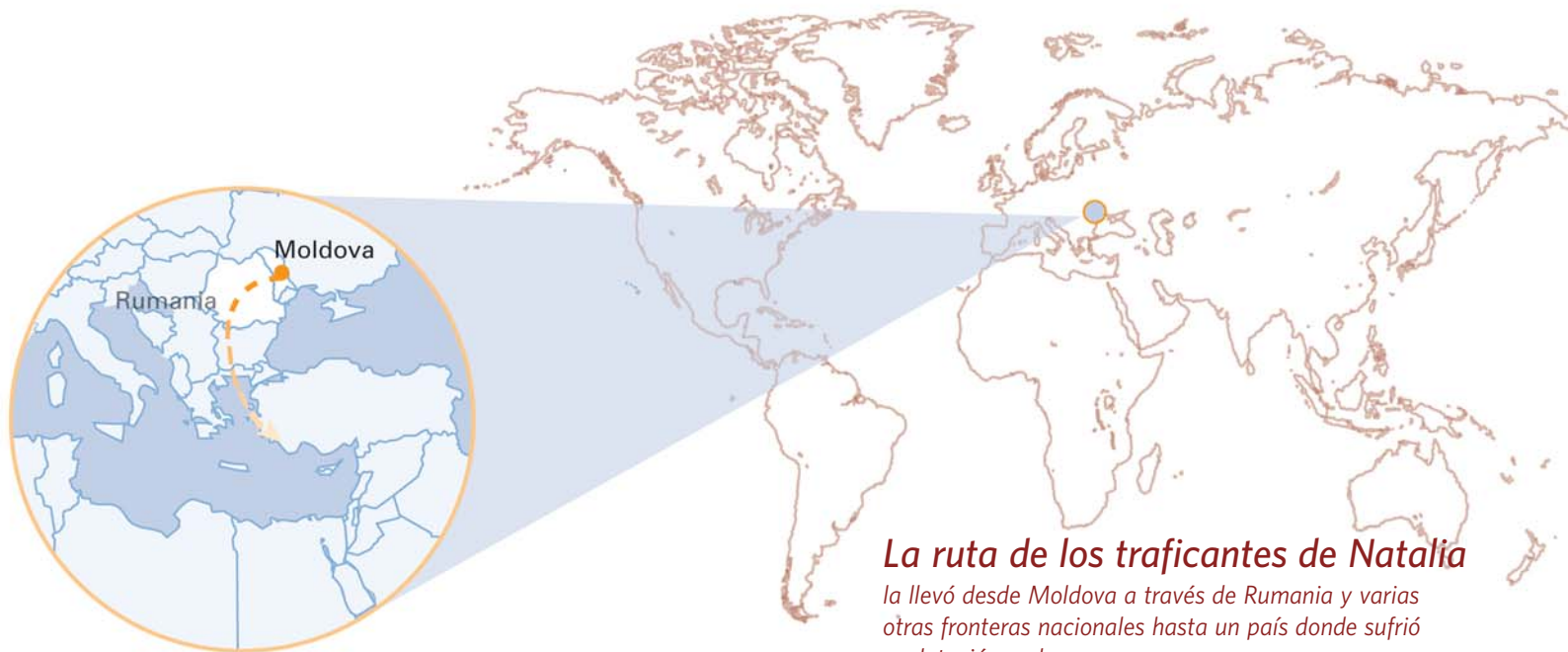
Durante el día estaba encerrada en mi cuarto. A la noche me sacaban, me daban alcohol y me obligaban a satisfacer cada deseo de los clientes.

Una noche se sintió mal y tuvo que contarle a su patrón que estaba embarazada; él le dijo que no se preocupara. Un supuesto médico le forzó un aborto; Natalia se pasó tres días llorando sin parar.

Semanas más tarde encontró el modo de escaparse y refugiarse en un convento; las monjas, al cabo de unos días, le dijeron que se fuera, que tenían miedo. De vuelta en la calle, su patrón la encontró enseguida, pero estaba harto de ella y la vendió barata. Su nuevo patrón le prometió que, si se portaba bien y le devolvía lo que le había costado, en unos meses la dejaría ir. Cada noche, Natalia tenía que bailar y “satisfacer a los clientes”.

Eran unos animales, tipos sin alma, enfermos, perversos, violentos.

Natalia, ahora, se atrapa con el dedo una lágrima, la mira como si fuese un enemigo. Sus manos pequeñas retuercen un plástico con odio.



La ruta de los traficantes de Natalia

la llevó desde Moldova a través de Rumania y varias otras fronteras nacionales hasta un país donde sufrió explotación y abuso.

Pasaron varias semanas hasta que un cliente habitual le propuso ayudarla; Natalia se escapó y se refugió en la casa del cliente, que quería obtener gratis las prestaciones del burdel. Natalia huyó otra vez; corría por un campo cuando oyó un coche: eran los matones del prostíbulo. La agarraron, trataron de meterla en el coche; ella les dijo que prefería morir que volver allí, y consiguió soltarse. La persiguieron con el coche, la atropellaron, la dejaron por muerta en el camino.

¿Qué harías si te encontraras con tus secuestradores?

Natalia se ríe, por primera vez en esta larga charla se ríe de verdad.

Les pasaría por encima con un coche.

Natalia se despertó en un hospital, tras tres días de coma profundo. Los médicos le dijeron que quizás no volviera a caminar. La recuperación necesitó varias operaciones y seis meses de convalecencia; allí supo que también tenía una hepatitis B. Natalia empezaba a temer que tampoco volvería a Moldova cuando apareció un abogado turco que le dijo que le pagaría el pasaje de vuelta.

Natalia pensó que lo había mandado su patrón para alejarla y evitar que lo denunciara a las autoridades. O quizás no: Natalia nunca supo.

Cuando llegó al aeropuerto de Kishinau no la esperaba nadie. Fue a su pueblo a ver a su familia pero su padre y sus hermanos no quisieron hablarle, le dijeron que para ellos ella estaba muerta: que era una desagradecida, que se había ido y ni siquiera les había mandado plata. Natalia nunca les contó lo que le había pasado, y se fue a la casa de una tía, en otro pueblo. Su tía no le hizo muchas preguntas pero le permitió quedarse, lamerse

las heridas. Natalia estaba preocupada porque no podía trabajar en la casa –para pagarle sus cuidados– y porque no quería dar pena. Un día, todavía en muletas, se fue a Kishinau, a buscar un trabajo y una vida propia. A su tía le dejó una cinta grabada con su historia, porque quería que la supiera pero le daba vergüenza contársela cara a cara.

En Kishinau, Natalia tuvo que dormir en un parque hasta que consiguió trabajo en un jardín de infantes, donde el director le permitió dormir si nadie se enteraba. Nunca salía del jardín: trabajaba de día, se refugiaba de noche. Tras unos meses, un primo le habló de la hot-line de *La Strada*, una ONG que lucha contra el tráfico de personas; Natalia llamó, vino al refugio que mantiene la Organización Internacional para las Migraciones, y aquí es donde está ahora tratando de recuperarse de sus heridas físicas y psíquicas. Natalia habla con ojos bajos, la voz baja, monocorde, muy cerca del llanto. Cada palabra es una búsqueda, un titubeo, una zozobra.

¿Por qué hablas con nosotros?

Bueno, yo primero quería ocultar mi historia, porque acá cuando se enteran no te tratan como víctima sino como culpable. Pero ahora sé que tengo que contarlo: si no, me voy a pasar toda la vida pensando en esos meses. Contarlo es la manera de dejarlo atrás y de ayudar a que no le pase a otras chicas como yo.

¿Qué esperas del futuro?

Natalia se calla, piensa, intenta una sonrisa.

Qué pregunta difícil.

Dice.

ESCLAVITUD CONTEMPORÁNEA

Natalia es una de las 140.000 mujeres moldavas que han sido víctimas del tráfico sexual.

El tráfico sexual de jóvenes está aumentando en todo el mundo.¹ Se estima que 1,2 millones de niños y adolescentes de menos de 18 años lo sufren cada año.² El Sur y el Sudeste de Asia son áreas importantes para el tráfico. La Organización Internacional para las Migraciones calcula que 225.000 mujeres y niños son traficadas anualmente desde el Sudeste asiático.³ Alrededor de 300.000 niños bangladeshis trabajan en prostíbulos en la India, uno de los destinos principales en el Sur de Asia.⁴

Información de Europa Oriental sugiere que los traficantes apuntan cada vez más a las mujeres jóvenes, porque les permiten ganar más dinero que las adultas.⁵ También se ha reportado un incremento en la demanda de mujeres jóvenes en otras regiones del mundo, como el Sudeste de Asia, donde la idea de que tener relaciones sexuales con una virgen puede prevenir o incluso curar el VIH/SIDA, ha contribuido a este efecto.⁶

El tráfico no sólo tiene como fin la explotación sexual. Sus metas pueden ser otras: explotación laboral, sujeción por deudas, trabajo doméstico, mendicidad, matrimonio, participación en conflictos armados o comercio ilegal de drogas o de órganos.⁷

En África Central y Occidental, por ejemplo, unos 200.000 menores son traficados anualmente dentro y fuera de las fronteras de sus países.⁸ Los muchachos suelen serlo para trabajar en plantaciones, mientras que las muchachas son generalmente explotadas como servicio doméstico.⁹ La mayoría de los africanos traficados a Europa Occidental son originarios de Ghana, Nigeria y Marruecos. Algunos son vendidos por sus padres; muchos tienen entre 17 y 20 años, pero hay algunos que todavía no han cumplido los 15.¹⁰

Las causas primarias del tráfico son múltiples y complejas, e incluyen la pobreza, la falta de oportunidades de trabajo, la falta de derechos de las muchachas y las mujeres, la impunidad ante la persecución y una carencia general de educación e información.¹¹ A veces los más jóvenes son vendidos por sus padres, que no están en condiciones de alimentarlos, o que aceptan que sus hijos se vayan con un pariente o un amigo que les promete un buen empleo.

Las consecuencias del tráfico humano incluyen daños a la salud física y mental de las víctimas, exposición a enfermedades de transmisión sexual –sin olvidar el VIH/SIDA–, embarazos no deseados y muerte. En lugar de recibir asistencia y protección, a menudo las víctimas del tráfico se enfrentan con persecución y cárcel.¹² También pueden padecer tratos intimidantes y

humillantes de parte de las autoridades, tanto del país de origen como del de destino.¹³ Los que han estado en la industria del sexo son especialmente vulnerables a sufrir más abusos a su regreso. Además, los retornados pueden enfrentarse con serias dificultades para reintegrarse a sus familias y comunidades, especialmente si se considera que se han deshonrado o que no consiguieron suficientes beneficios de su migración.¹⁴

A lo largo de los últimos años se ha hecho algún progreso en concitar la atención de la comunidad internacional para que garantice la protección de las víctimas del tráfico. Por ejemplo en Moldova, UNFPA y la Organización Internacional para las Migraciones han estado colaborando estrechamente en la asistencia de víctimas del tráfico como Natalia. El refugio de la OIM no está lejos de un centro de salud apoyado por UNFPA, que ofrece una completa dotación de servicios de salud reproductiva y sexual. La OIM, en colaboración con agencias de las Naciones Unidas, también provee a las retornadas entrenamiento laboral.

Aún así, queda mucho por hacer. Los países afectados por el tráfico de personas deben asegurar que sus políticas y acciones sitúen los derechos humanos de las víctimas en el centro de sus acciones para combatir el tráfico de seres humanos. Esto es especialmente importante para

proteger a niños y adolescentes, que son los más vulnerables. La cooperación internacional es necesaria para perseguir y dispersar a las bandas de traficantes. Las jóvenes traficadas que logran escapar de sus captores deben tener acceso a lugares seguros donde residir y recuperarse mientras se preparan para volver al mundo real. También deben recibir consejo y apoyo para recuperar su confianza y su autoestima.



Bibi

SURINAMESA, APRENDIZ DE ENFERMERA

Desde chica, cuando todavía no había terminado la escuela primaria, lo único que le gustaba mirar en la televisión eran las series y los documentales sobre hospitales —y siempre se preguntaba cómo sería estar allí—. En su casa, cada vez que alguien se lastimaba o se enfermaba, ella era la que quería ocuparse, la que tenía, dirá ahora, las ganas y las agallas para hacerlo.

Bibi Sattuar nació en 1983 en Paramaribo, la hija mayor de una pareja de guyaneses de origen indio que llegaron a Suriname hace treinta años, buscando trabajo. Suriname —la antigua Guayana Holandesa— es un país de 165.000 kilómetros cuadrados con sólo 450.000 habitantes, casi todos en la costa.

A lo largo de los años el padre de Bibi hizo muchos trabajos; su madre se quedó en la casa cuidando de ella y de su hermano. Nunca ganaron mucho dinero, pero pudieron criarlos y educarlos. La madre de Bibi siempre le decía que era un privilegio: imagínate, tus ancestros llegaron a estas tierras

como esclavos y nosotros somos libres, vivimos tranquilos; qué más podríamos querer. Bibi solía decirle que quería un poco más: quería ser enfermera. Porque le gustaba desde siempre y, además, porque quería tener una educación: en su familia, los hombres siempre buscaron algún trabajo que no necesitara mucha preparación —carpinteros, mecánicos— para ganar plata enseguida, y las mujeres se quedaban en su casa.

¿Y no habrías querido ser médica?

Sí, quizás, pero era imposible: la carrera de medicina cuesta demasiado caro, mi familia no podía pagármela. En cambio para enfermera se puede trabajar mientras se estudia, es otra cosa.

Pero sus padres no querían que estudiara. Su madre le decía que eso eran tonterías, que lo que tenía que hacer era casarse y tener hijos y cuidar su casa, como ella, como las demás mujeres de la familia. Bibi desesperaba.

Yo veía a mis tías, a mis primas, a mi madre, que tenían que quedarse en la casa y depender de sus maridos. En mi familia las mujeres están atadas a su casa y no pueden hacer nada sin la aprobación de sus maridos; yo no podía soportar la idea de vivir así.

Cuando terminó el colegio secundario, sus notas le permitían empezar una carrera de asistente de salud, que duraría tres años y, si la aprobaba, después podría seguir hasta convertirse en enfermera diplomada. Pero su madre le dijo que no, que su bachillerato ya era más que suficiente —y Bibi tuvo que aceptarlo—.

De todas formas no podrías hacerlo.

Solía decirle su madre.

Sí, claro que puedo.

No, yo te conozco, eres mi hija, yo sé que no eres capaz.

Durante casi dos años Bibi tuvo que quedarse en su casa. Hizo media docena de cursos de computación, sacó su permiso para manejar, pero no estaba satisfecha; por fin, a mediados de 2005, un amigo la ayudó a llenar los formularios para inscribirse en la escuela de enfermería de Paramaribo. La aceptaron, y su madre le dijo que ya estaba harta, que hiciera lo que quisiera, que si insistía en equivocarse ella no lo iba a impedir.

Así que ahora no tengo más remedio que terminarlo, aunque no sea más que por orgullo, para que mi madre no pueda decir que tenía razón. Pero no lo hago por eso.

Los trabajadores de la salud que parten constituyen una pérdida de recursos humanos irremplazable para los ya debilitados sistemas de salud de los países en vías de desarrollo.

En octubre de 2005, Bibi empezó su formación, que mezcla cursos teóricos y períodos de entrenamiento laboral en el hospital Sint Vincentius de Paramaribo. Bibi está encantada, aunque su trabajo puede ser muy exigente: a veces es duro alimentar a un paciente, limpiarlo, ayudarlo; siempre es duro enfrentarse con ciertas heridas, con personas al borde de la muerte. Bibi es

simpática, amigable, pero piensa que quizás lo más difícil de su trabajo es que tiene que serlo todo el tiempo, incluso con pacientes que pueden ser muy rudos.

Es difícil cuando un paciente te dice que tienes que hacer tal cosa porque te estoy pagando. Es un trabajo realmente duro y lo pagan muy mal, no siempre es fácil seguir adelante.

De sus treinta y tres compañeras, cinco ya dejaron el curso del COVAB “porque ser enfermero no es para cualquiera”. Bibi ni piensa en dejarlo, pero se queja de que su vida se ha hecho muy difícil: se pasa ocho horas al día en el hospital y sólo le dan 50 dólares de Suriname –unos 18 dólares americanos– por mes, y que eso no le alcanza ni para el transporte: ni hablar de comprar libros o fotocopias o el uniforme obligatorio. Entre sus compañeros solamente hay dos hombres: porque los hombres, dice Bibi, no son capaces de soportar las cosas que las mujeres sí pueden soportar.

Mi hermano siempre me dice que él jamás haría lo que yo estoy haciendo, trabajar tanto, estudiar tanto, sin ganar nada; que

él prefiere trabajar en un supermercado. Las mujeres tenemos más paciencia.

Bibi habla buen inglés, y dice que ahora su vida es el hospital. Que no, que no tiene novio, que sus padres no quieren y de todas formas un novio es un dolor de cabeza. Ahora, dice, tiene que terminar su carrera, y eso ya la mantiene ocupada todo el tiempo.

Pero por lo menos saldrás un poco...

No, mis padres no ven bien que salga por ahí con cualquiera. Mi educación no es ésa. A mí me enseñaron que si tienes un novio es para algo serio y, si no, no lo tienes. Lo importante es recibirme.

¿Y qué piensas hacer cuando te recibas?

Lo más probable es que me vaya.

¿Qué te vayas?

Sí, que me vaya a otro país.

En Suriname, el problema principal del sector de la salud tiene que ver con la fuga de cerebros: los médicos y, sobre todo, las enfermeras, dejan el país en cuanto pueden, generalmente, al fin de sus estudios. Bibi



La migración que imagina Bibi

la lleva a soñar con irse de Suriname. Todavía no sabe hacia dónde, pero últimamente Canadá aparece en su horizonte.

dice que eso sucede porque les pagan demasiado poco: su primer sueldo podría ser unos 550 dólares surinameses, alrededor de 200 dólares americanos.

Es una injusticia que trabajes tan duro y que ni siquiera te alcance para pagar las cuentas. Con esa plata es una suerte si llegas a fin de mes sin deudas. Y para eso te has pasado todos los días trabajando en serio y lo que yo quiero es ahorrar, poder tener un futuro. A mí me gusta este trabajo, es el que siempre quise hacer. Pero acá no me alcanza para vivir, entonces si me tengo que ir a otro lado para poder seguir haciéndolo, me voy.

El trabajo, es cierto, es duro. Pero la partida de muchos profesionales lo hace más

duro. Es un círculo vicioso: cuantos más se van, más quieren irse, porque los que se quedan tienen que trabajar mucho más para cubrir esos puestos vacíos.

Y siempre aparecen oportunidades. De vez en cuando, alguna empresa holandesa publica avisos para reclutar enfermeras. Y, si no, están las relaciones de familia o amistad, los azares —que siempre van en la misma dirección—. Una tía de Bibi es enfermera en Canadá. Hace unos meses, su madre estaba hablando por teléfono con ella y le dijo que Bibi estaba estudiando enfermería: ah, entonces cuando se reciba puede venir a trabajar aquí, conmigo. Desde entonces, Canadá es una de sus perspectivas principales.

¿Sabes algo sobre Canadá?

No, nada. Sé que hace mucho frío.

¿Te imaginas fuera de aquí?

Sí, me imagino en cualquier parte. En la vida hay que tener ambición, ir hacia delante; si no, uno se queda estancado. Y yo soy valiente y quiero salir adelante, así que no me preocupa cómo puede ser la vida en cualquier otro lado.

¿Pero si te vas a otro lado sería sólo porque te pagan mejor o hay otras razones?

No, no hay otras razones. Yo trabajo duro y quiero que me paguen lo que me merezco.

Todas las compañeras de estudio de Bibi

dijeron que pensaban en la posibilidad de dejar Suriname. Los destinos más citados fueron Holanda, Curaçao y Aruba, pero también los Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido. Ni Bibi ni las demás saben casi nada sobre los países donde podrían irse; sólo saben que quieren irse. Para estas mujeres, la idea de emigrar no es un sueño sino casi una certeza.

¿Y si te vas piensas que volverías?

No sé. Yo voy a tratar de vivir donde la vida sea mejor. Y acá parece que siempre vas a estar estancado en el mismo lugar.

¿Cómo sería una vida mejor?

No sé, tener mi propia casa, quizás un coche, llegar tranquila a fin de mes.

Son todas cosas materiales.

Sí, el resto viene después.

Pero tú sabes que aquí faltan médicos y enfermeras, y que si te vas estás contribuyendo a esa carencia.

Sí, pero no tengo problema. Si puedo irme, me voy.

Una compañera de Bibi, S. cuenta que decidió su vocación desde muy chica. Una tarde llegaba a su casa en un pueblo del interior y escuchó que su vecina gritaba pidiendo ayuda. Se acercó y vio que estaba en pleno trabajo de parto; S. buscó dos bolsas de plástico, se las puso en las manos a modo de guantes y agarró la cabeza del bebé, que ya estaba saliendo, mientras le decía a su vecina que empujara. El parto terminó bien, y S. resolvió que quería ser partera. Pero seis meses después la nena se enfermó: “tenía mucha saliva”. Su madre la llevó al hospital local, donde el único médico se había ido meses antes y sólo quedaba, a cargo, un veterinario. El veterinario recetó un remedio, y S. siempre sospechó que fue un error. Dos días después la nena estaba muy mal. S. le pidió a su primo que las llevara —a ella y la bebé— en bicicleta hasta el hospital. Cuando llegaron, la chiquita había muerto; y S. tuvo que llevarla, muerta, en brazos, de vuelta a su casa. La falta de personal médico no es una abstracción para S., pero aun así, ha decidido que ella también quiere irse a trabajar al extranjero.

¿No te da culpa contribuir a que esas cosas sigan sucediendo?

No, por qué. No soy yo la que tiene que solucionarlas.

Es como si el país no hubiese conseguido convencer a sus ciudadanos de participar en un proyecto colectivo. Todos saben que si se van lo perjudican, pero igual piensan irse. Bibi lo sintetiza bien:

¿O sea que te irías aun sabiendo que tu país te necesita y no vas a estar ahí?

Si me necesitan, tienen que cubrir también mis necesidades. Eso es algo que va en las dos direcciones, ¿no?

FUGA DE JÓVENES CEREBROS

Aunque ciertos países pueden alentar el éxodo de trabajadores especializados para recibir sus remesas, también están preocupados porque entregan a otros países sus profesionales, pensadores y empresarios mejor educados, sus líderes potenciales.

Pese a las remesas, cuando la proporción de trabajadores educados representa una parte sustancial de la población migrante, la migración suele representar una pérdida neta muy severa para el país de origen. Estos países no sólo pierden los servicios de profesionales competentes, sino también sus contribuciones a la productividad. Tampoco reciben el beneficio de su inversión en la educación de trabajadores altamente especializados.¹

Bibi es una entre los miles de trabajadores de la salud formados en los países en vías de desarrollo que planean irse a Europa o Norteamérica en busca de un empleo bien pagado. Su proyecto de migrar no es excepcional: vive en una región que manda al extranjero una proporción importante de sus profesionales. De hecho, el Caribe tiene el mayor porcentaje mundial de migración de trabajadores especializados. Los últimos datos sobre emigración de personal capacitado en Suriname, muestran que casi la mitad abandonó el país entre 1965 y 2000.² A causa de esas migraciones, la fuerza de trabajo educada de Jamaica y Haití se ha reducido en un 85 por ciento.³

En ciertos países de ingresos medios, los gobiernos entrenan a jóvenes para que trabajen en el

extranjero. Filipinas, por ejemplo, coloca enfermeras en países de la OCDE, como Estados Unidos o el Reino Unido, inmediatamente después de su graduación.⁴

Aunque representan una pequeña proporción de los migrantes, los trabajadores de la salud que parten constituyen una pérdida de recursos humanos irremplazable para los ya debilitados sistemas de salud de los países en vías de desarrollo. Según la Organización Mundial de la Salud, alrededor del 23 por ciento de los médicos que estudiaron en diez países de África al Sur del Sahara están trabajando en ocho países de la OCDE, particularmente en países angloparlantes.⁵ Al mismo tiempo, la epidemia de VIH/SIDA incrementó rápidamente la demanda de trabajadores de la salud en la región, no sólo por el aumento de trabajo que supone sino también por el impacto del VIH/SIDA en los propios trabajadores de la salud.

Mejores remuneraciones, condiciones de vida y seguridad en los países de destino, y falta de facilidades, incentivos de promoción y perspectivas en sus propios países, están entre las principales razones para migrar, según argumentaron médicos de Camerún, Sudáfrica, Uganda y Zimbabwe.⁶

Unos pocos países de origen están experimentando programas innovadores para enfrentar a algunas de las condiciones que producen migración. Ghana, por ejemplo, que perdió alrededor del 69 por ciento de los médicos y 19 por ciento

de las enfermeras que estudiaron entre 1995 y 2002, ha adoptado un plan de acción de "ganancia de cerebros" que incluye incentivos tales como pago de horas extras, autos para los doctores y otras compensaciones no financieras. El plan ya ha dado resultados positivos entre los médicos.⁷

Filipinas también está tratando de recuperar a sus trabajadores de la salud tras un período de servicio en el extranjero. En 1995, el gobierno creó la Administración Filipina del Empleo en el Exterior, que desarrolla un programa de incentivos que incluye préstamos y becas de estudios para los trabajadores que regresan.⁸

Los países de destino también pueden contribuir a reducir el flujo de migrantes calificados absteniéndose de reclutarlos en países con escasez de trabajadores de la salud; los países de origen lo consideran una práctica éticamente correcta. Sudáfrica y el Reino Unido, por ejemplo, han firmado convenios para colaborar en programas de intercambio para trabajadores de la salud, acuerdos de colaboración entre instituciones, y licencias sabáticas para alentar los movimientos de corto plazo de los trabajadores de la salud entre los países de destino y de origen, con la expectativa de terminar con algunos de los factores que hacen que los trabajadores de la salud migren definitivamente.⁹



Khadija

MARROQUÍ-HOLANDESA, ESTUDIANTE

Ese señor grandote de la barba blanca que se inclinaba sobre ella se parecía a un imam pero no era un imam, le decía hija pero no era su padre; y encima le preguntaba, con una voz muy grave, si había sido buena o mala, porque si había sido buena le iba a dar una golosina, y si mala un chirlo: Khadija se asustó. Khadija tenía cinco años y acababa de empezar la escuela; los demás chicos conocían a *Sinterklaas*, un Santa Claus nórdico que se festeja el 5 de diciembre, pero ella nunca lo había visto, porque en su casa no se hacían esas cosas. Khadija lloraba y lloraba, las maestras no podían consolarla.

Cuando entré a la escuela vi que los chicos hablaban holandés mucho mejor que yo, porque siempre lo habían hablado en sus casas, y yo no. Mis padres me hablaban en bereber; decían bueno, total ya va a tener que aprender holandés en la escuela. Ahí fue cuando terminé de darme cuenta de que era diferente.

Khadija nació en 1979 en un barrio obrero e inmigrante del norte de Amsterdam, la quinta hija de una pareja de marroquíes. Su padre había llegado a Holanda a fines de los sesentas; en esos años los países ricos de Europa necesitaban trabajadores mediterráneos —turcos, magrebíes, españoles, portugueses— para hacer los trabajos que sus propios obreros rechazaban. En su país, el hombre sobrevivía, pero la emigración ofrecía más posibilidades. En Holanda empezó trabajando como carnicero: lo dejó porque no quería seguir manipulando cerdo, y cambió varias veces de empleo hasta que terminó en una fábrica farmacéutica donde dejó, literalmente, jirones de su vida: todavía muestra, de tanto en tanto, el agujero del brazo donde la máquina le comió la carne. Durante mucho tiempo el hombre vivió con varios compañeros en habitaciones atestadas, alejado de su familia, trabajando más y más horas para mandarles algo. Pasaron diez años antes de que pudiera traer a su esposa e hijos. Pocos meses después de que llegaran nació Khadija:

había sido concebida en Marruecos pero nació en Holanda —y a veces cree que eso es casi una síntesis—.

Yo no puedo decir que sea esto o lo otro. Soy una bereber marroquí nacida en Holanda, de nacionalidad holandesa. Soy una mezcla, y eso me enriquece y me complica al mismo tiempo.

Las relaciones entre los inmigrantes norafricanos y sus nuevos vecinos no eran fáciles. La sociedad holandesa los suponía atrasados y autoritarios, y ellos creían que los holandeses eran demasiado tolerantes.

El padre de Khadija era estricto: siempre sabía qué había que hacer, cómo había que hacerlo, y esperaba que su familia lo obedeciera. A veces su madre la ayudaba: como cuando él le prohibió ir a las clases de natación porque tendría que andar en traje de baño en medio de varones —y ella la llevaba en secreto—.

Los maestros proponían encuentros, excursiones, y él no me dejaba ir. Yo no quería que vieran a ese señor que no era como los otros padres, que hablaba mal su lengua, que me impedía hacer cosas.

Khadija fue aprendiendo que había unas reglas y unas costumbres en su casa y otras en la calle: que vivía en dos culturas, en dos mundos —y que tenía que encontrar un equi-

Los jóvenes de origen inmigrante suelen sentirse atrapados entre dos culturas. Sus esfuerzos para encontrar su lugar pueden enfrentarlos con miembros de sus familias y sus comunidades étnicas, pero también con integrantes de su nueva sociedad.

librio entre ambos. Las tradiciones de sus padres no reflejaban su forma de vida, pero muchas veces la sociedad holandesa tampoco entendía sus elecciones.

Su padre tampoco le permitía salir con chicos. Eso no formaba parte de sus tradiciones: las chicas y los chicos se comprometían y se casaban, no salían. Cada vez había más cosas que Khadija tenía que hacer a sus espaldas.

Mis padres querían que yo fuera completamente marroquí, pero eso es imposible para una mujer que nació y creció en Holanda.

Yo no sabía cómo explicarles que yo pertenezco a las dos culturas. Es doloroso llegar a esa edad en que te parece que sabes más que tus padres.

Khadija tuvo una época de confusión, faltaba mucho a la escuela, y perdió su oportunidad de seguir una carrera universitaria. Al mismo tiempo intentaba encontrar su lugar en el mundo. Leía el Corán y se interesaba por esas tradiciones. Un día, cuando tenía 16, salió con un pañuelo en la cabeza, porque quería ver cómo se sentía. Y fue extraño: la gente simulaba no verla o la miraban como se mira a alguien diferente. En esos años, Khadija decidió recuperar su religión, y ahora dice que sí, que es una persona religiosa.

Yo diría que soy una musulmana liberal. Para mí la religión es algo muy personal, no me gusta explicarla.

A los 18, cuando terminó el colegio técnico, Khadija consiguió algunos empleos menores. Pero tenía la sensación de que estaba desperdiciando su vida, y empezó a cursar un preuniversitario. Después hizo un año de derecho y al fin, hace tres años, empezó la carrera de filosofía —donde sigue siendo la

única marroquí. Al principio no soportaba a sus compañeros.

Todos se alegraban, decían “oh, qué bueno ¡una chica musulmana! No te preocupes, te vamos a ayudar todo lo que necesites porque sabemos que esto es complicado para ti”.

Khadija solía preguntarles si sabían que en Marruecos había escuelas de filosofía desde hace muchos siglos.

Lo que detesto es que otra gente trate de emanciparme a su manera. Los que nos dicen que no vivamos como vivimos, que nos saquemos los pañuelos de la cabeza, que nos sacudamos la represión, que seamos libres —a su manera. Nadie le puede decir a nadie cómo emanciparse; tienen que respetarnos y dejar que nos emancipemos en nuestro propio modo, y si queremos usar nuestros pañuelos es nuestra decisión. No tolero que, en nombre de la tolerancia, me digan cómo tengo que vivir mi vida. Ni soporto que me traten como a una estúpida que no sabe cómo vivirla.

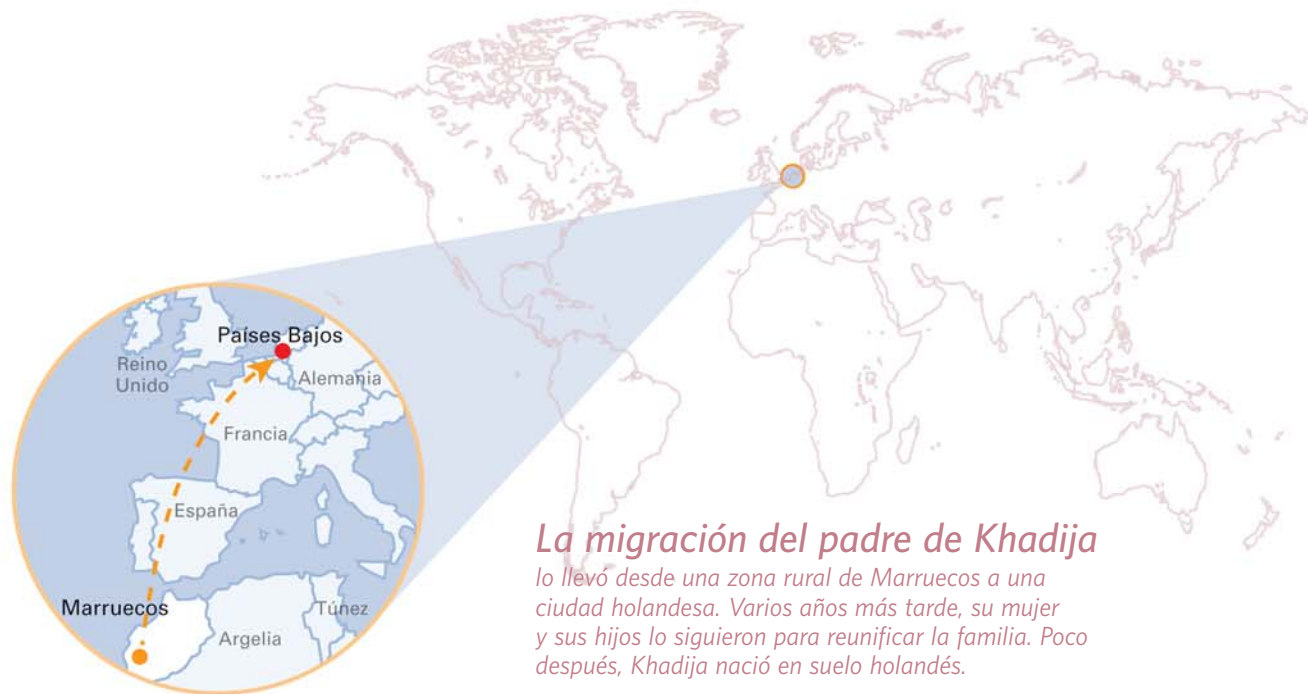
Dice Khadija, apasionada:

A la gente le encanta hablar de “la opresión de las mujeres musulmanas” porque no

quieren mirar sus propios problemas. Acá, por hacer el mismo trabajo, los hombres siguen ganando más que las mujeres. Pero de eso prefieren no hablar.'

Khadija forma parte de una generación de jóvenes musulmanes que están buscando una forma de serlo sin por eso renunciar al mundo occidental donde crecieron. Una generación con una particularidad: sus mujeres están consiguiendo mejores resultados académicos y profesionales que sus hombres. Las hijas de los inmigrantes están ansiosas por aprovechar las oportunidades que tienen en su nueva sociedad, oportunidades que sus madres nunca tuvieron.

En otros momentos o países, el sueño del inmigrante era que sus hijos se integraran, que adoptaran las costumbres locales. Para muchos inmigrantes en Holanda, ésa es la pesadilla. Y ha habido reacciones brutales: los llamados “crímenes de honor”, en que padres o hermanos de jóvenes musulmanas las castigan mandándolas de vuelta a su país —o incluso matándolas— por tener relaciones sin su consentimiento, o por salir con jóvenes de procedencia diferente. Khadija conoce esas historias, pero no en su círculo más cercano. Su solución al problema:



La migración del padre de Khadija

lo llevó desde una zona rural de Marruecos a una ciudad holandesa. Varios años más tarde, su mujer y sus hijos lo siguieron para reunificar la familia. Poco después, Khadija nació en suelo holandés.

A mí no me gustan los chicos rubios de ojos celestes. A mí me gusta el tipo mediterráneo, con pelo oscuro, que tengan algún fuego. Pero es cierto que también piensas en tus padres: si yo llegara a presentarles un novio holandés, se mueren...

Khadija había empezado a sentir que todo se ordenaba —y entonces vino aquella tarde. Aquella tarde Khadija vio en la pantalla cómo dos aviones derrumbaban las grandes torres neoyorquinas y lo primero que pensó fue pobre gente, qué cosa horrible les está pasando. No podía imaginar, entonces, que esas imágenes cambiarían tantas cosas en su vida.

Siento que ahora la gente nos mira todo el tiempo con una lupa para encontrar todo lo negativo que podemos tener. Los medios no paran de lanzar sus prejuicios sobre los musulmanes, y mucha gente se los cree. Para ellos todos los que tenemos pelo oscuro y ojos oscuros somos terroristas islámicos. Eso creó una grieta en la sociedad que hace que todo sea mucho más difícil.

De pronto empezaron a pasar en Holanda ciertas cosas que —suponían muchos holandeses— no sucedían en su propia tierra. Un político nuevo, Pim Fortuyn, ganó mucha audiencia gracias a su controversial punto de vista frente al tema de los

inmigrantes, entre otras cosas, y en el 2002 fue asesinado por un ecologista de la izquierda. En el 2004 un holandó-marroquí mató a Theo Van Gogh, un documentalista muy polémico. En esos días Khadija fue a una gran manifestación de repudio por el asesinato y en pro de la libertad de expresión, y la insultaron: le dijeron que por qué no se iba a su país. Khadija tuvo que contestarles que ella también era holandesa y que éste era su país.

Si hay un partido de fútbol entre Holanda y Marruecos, ¿quién quieres que gane?

Muy difícil. Eso sí que es difícil. Es como tu madre y tu padre, no puedes elegir. Como si tu madre fuera Marruecos y tu padre Holanda...

Ahora Khadija colabora en *Het Spiegelbeeld*—Reflejo en el Espejo—, una organización creada por Saida el-Hantali, una mujer marroquí-holandesa que tuvo, por primera vez, la audacia de hablar públicamente de abusos sexuales dentro de su comunidad. *Het Spiegelbeeld* ayuda a mujeres marroquíes con problemas de integración, violencia familiar, abusos sexuales y salud reproductiva. O, también, a mujeres

de la primera generación de inmigrantes que están haciéndose mayores y se sienten deprimidas.

Son mujeres como mi madre, que se quedaron en su casa, siempre con miedo de no entender y de que no las entendieran, siempre preocupadas por lo que pensarían los demás. Yo, por suerte, soy muy diferente.

Khadija sigue estudiando y, más adelante, querría enseñar filosofía. Como todos los estudiantes holandeses vive de una beca que le concede el gobierno, y también hace trabajos temporarios. Sigue en la casa de sus padres, y tiene un novio de origen marroquí y holandés más joven que ella. Esto le preocupa, pero cuando se lo dijo, él le contestó que no era importante, que la primera esposa del Profeta Mahoma (PBUH), Khadija bint Khuwaylid, también era mayor que él. Y hace poco se le ocurrió, por primera vez, que podría irse a vivir a Marruecos.

Antes nunca pensé en vivir allá, pensaba que no había nada para mí. Pero últimamente, cuando veo cómo están cambiando las cosas en Holanda, a veces sí lo pienso. No estaría mal vivir en Marruecos; lo triste es tener que pensarlo por estas razones, ¿no?

INTEGRACIÓN SOCIAL O CHOQUE CULTURAL

Diversas investigaciones han mostrado que los hijos y nietos de los migrantes tienden a ser más educados y conseguir empleos mejor remunerados que las generaciones anteriores. Esta movilidad ascendente es uno de los aspectos positivos de la migración internacional.²

Esto no elimina la posibilidad de que los hijos de familias migrantes puedan tener sentimientos de alienación. Como Khadija, los jóvenes de origen inmigrante suelen sentirse atrapados entre dos culturas. Sus esfuerzos para encontrar su lugar pueden enfrentarlos con miembros de sus familias y sus comunidades étnicas, pero también con integrantes de su nueva sociedad. Muchos se sienten lastrados por las expectativas tradicionales sobre las actitudes y conductas apropiadas para hombres y mujeres, mientras su círculo de amigos y su entorno social les ofrecen otras ideas. También pueden sentir la presión de seguir ciertas normas de su nueva comunidad que pueden no coincidir con sus propios valores o elecciones personales.

Los padres pueden no entender las elecciones de sus hijos, y percibirlos como una rebelión contra su autoridad. Muchos tratan de solucionarlo, pero algunos reaccionan imponiendo restricciones, especialmente a las adolescentes: pueden sacarlas de la escuela, encerrarlas en la casa, limitar opresivamente su participación en actividades sociales o deportivas con sus amigos, y, en los casos más extremos, llegar a la violencia y el abuso.

Los matrimonios arreglados o forzosos de las hijas con un hombre del “viejo país” son una

estrategia de ciertos padres inmigrantes para garantizar que sus hijas mantengan sus valores.³ Las hijas también son vistas como una “visa” valiosa para el futuro marido. En Noruega, 82 por ciento de las hijas de inmigrantes marroquíes se casaron con ciudadanos marroquíes entre 1996 y 2001.⁴ La proporción fue del 76 por ciento para las hijas noruegas de inmigrantes paquistaníes en el mismo período.⁵ Los arreglos matrimoniales también pueden funcionar en el sentido inverso: las mujeres jóvenes de los países de origen son casadas con hombres que emigraron pero quieren una esposa de su propio entorno cultural.

En general, las jóvenes hijas de migrantes obtienen mejores resultados escolares y se adaptan más fácilmente a sus nuevas sociedades que los muchachos. Las muchachas tienen actitudes más positivas hacia la integración y usan el idioma nacional más que los muchachos.⁶ Ellos, en cambio, aprueban más frecuentemente el separatismo y se sienten más discriminados.⁷ Los varones jóvenes también pueden obligar a sus pares femeninas a respetar las costumbres tradicionales.

Enclaves y vecindarios de inmigrantes pueden desarrollarse cuando más familias llegan a reunirse con sus parientes y se instalan donde pueden encontrar instituciones sociales y religiosas conocidas. Estos enclaves juegan un papel positivo al ayudar a los recién llegados a encontrar empleo e instalarse en el país de destino. Pero los enclaves de inmigrantes también pueden reforzar las barreras que impiden la adaptación y los cambios sociales y económicos. Los niños pueden obtener menos educación y habilidades lingüísticas, y ser marginados de la comunidad local.

Los empleadores suelen discriminar a los jóvenes migrantes de ciertos grupos étnicos. En Europa, el racismo y la discriminación contra los jóvenes de origen turco y marroquí suelen citarse como una razón para sus altas tasas de desocupación. En 2000, la tasa de desocupación de los trabajadores de origen migrante en Alemania era del 16 por ciento, más del doble que la media nacional.⁸

Los jóvenes sin perspectivas sociales y económicas pueden adoptar ideas que promueven actitudes de confrontación con la sociedad establecida.⁹ Los esfuerzos para prevenir y atenuar la confrontación violenta deben concentrarse en los jóvenes cultural y socialmente alienados, así como en los jóvenes económicamente marginalizados y relegados de todas las comunidades. La integración política, cultural y económica de los jóvenes de origen migratorio a sus nuevas comunidades debe ser facilitada por políticas que busquen su integración y participación en escuelas e instituciones comunitarias, políticas y económicas. En las escuelas, los maestros deben ser entrenados para prevenir el racismo, la xenofobia y la discriminación.

Ciertos países y comunidades se concentran en aumentar las perspectivas educativas de los jóvenes mejorando su transición entre la escuela y el mercado laboral, conectándolos a redes laborales y eliminando barreras que limiten su acceso a la participación cívica.

Es posible tomar medidas para prevenir la discriminación y la exclusión. Ciertas prácticas prometedoras para combatir la xenofobia y el racismo incluyen programas de mentorado como el de *Peacemaker* en el Reino Unido, que

reúne jóvenes en situación de riesgo con mentores de otro entorno étnico.¹⁰ Los programas exitosos también intentan llegar hasta los padres inmigrantes y los líderes comunitarios para comprometerlos en los esfuerzos de integración de los jóvenes.

Afortunadamente hay un reconocimiento creciente en los países de destino de que la integración es un proceso de doble vía, que no sólo requiere la adaptación de los inmigrantes sino también la de las instituciones y comunidades del país, y que para ser exitosa debe tener lugar en cuatro esferas de la vida: económica, social, cultural y política.¹¹ Actualmente hay una plétora de iniciativas en el nivel local, entre empleadores, sindicatos, grupos comunitarios y el público, que ofrecen apoyo lingüístico, mentorado, consejo, acceso a puestos de trabajo, y formas de participación en la sociedad cívica.¹²

Cada vez más, los países perciben la necesidad de reaccionar frente a la situación de la juventud relegada de origen migratorio. Por ejemplo en Europa, donde la fricción proveniente de la migración ha traído atención pública y política a la juventud marginalizada, cuatro Jefes de Estado convocaron a la Unión Europea a establecer un “Pacto sobre la Juventud”. El pacto se concentra en educación y preparación para eliminar la marginalización de los jóvenes y permitir a la Unión Europea que cumpla con sus metas económicas.¹³ Además, el Consejo de Europa lanzó de junio a septiembre 2006 una campaña dirigida a la juventud con el tema “Todos diferentes – todos iguales”, que hace énfasis en los derechos humanos, la participación, la diversidad y la inclusión.¹⁴



Richard

LIBERIANO, EX REFUGIADO DE GUERRA

Las cosas antes eran tan... normales. Teníamos todo lo que queríamos, teníamos agua, luz, comida: yo no andaba todo el tiempo pensando cómo conseguir algo para comer. En esa época todo era perfecto. Y yo tenía un sueño: quería ser presidente de Liberia.

Richard Allen tenía ocho años y todo era normal y todo era perfecto: su padre Theophilus, pastor bautista, dirigía a la *Calvary Mission Academy School* donde él estudiaba; en su casa había una familia, libros, cierta paz –aunque él no supusiera que la paz era algo extraordinario–. Hasta ese día en que, de pronto, todo fue distinto. Richard ya había visto en la televisión que algo raro pasaba: los noticieros hablaban de unos rebeldes que mataban gente, se comían su carne, se bebían su sangre.

Yo no entendía, creía que estaban hablando de algún tipo de animal...

Para Richard esos “rebeldes” eran algo lejano, del mundo de la tele, hasta ese día en que

su padre le dijo que eran hombres y que estaban muy cerca de Monrovia y que tenían que irse al pueblo de la abuela. Ese día de 1989 todo dejaría de ser normal, de una vez y para siempre, para Richard y para otros tres millones de liberianos. Liberia, en la costa occidental africana, es la república más antigua y una de las más pequeñas del continente: 96.000 kilómetros cuadrados, hierro, oro, diamantes, madera, muy poca agricultura.

Al principio, la vida en el pueblo fue agradable: Richard y sus hermanos podían jugar juntos, no tenían que ir a la escuela, papá y mamá estaban con ellos; como la abuela, que Richard quería tanto. Pero una mañana oyeron tiros. El pastor Theophilus les dijo que se metieran en la casa y cerró puertas y ventanas; pocos minutos después llovían las balas. Todos se escondieron debajo de las camas. En un momento una hermana de tres años se levantó y quiso caminar; el padre saltó para agarrarla y cada uno se llevó una bala. Los atacantes eran rebeldes de la etnia Krahn y buscaban gente

Gio para matar; los Allen se salvaron porque un vecino Krahn que había ido a visitarlos empezó a gritar en su dialecto y el ataque paró. Padre e hija se pasaron unos días en el hospital; cuando salieron, el pastor decidió que Liberia ya no era segura: la familia se escaparía a Sierra Leona.

Richard recuerda que caminaron mucho tiempo, se subieron a un bote, navegaron horas por un lago y después, del otro lado, poco antes de la frontera, se encontraron con un destacamento de rebeldes que bloqueaba el camino. Los combatientes separaban a los muchachos de más de diez años para incorporarlos a su ejército: si no querían pelear con ellos, los mataban. El resto de los civiles tenía que formarse en dos grupos: los hombres de un lado, las mujeres y los niños del otro.

Unos rebeldes se pusieron a apostar de qué sexo sería el bebé de una chica embarazada. Se reían, unos decían que macho, otros que hembra. Al final la abrieron con un

cuchillo, le sacaron el feto, vieron que era un nene. Los que habían ganado festejaron a los tiros, le cortaron la cabeza, la pusieron sobre el techo de su camioneta. Yo lloraba, lloraba.

Las guerras civiles de Liberia duraron 14 años, desde la entrada en acción del ejército de Charles Taylor en 1989 hasta su caída definitiva en 2003. Fueron diversos episodios, interrumpidos por negociaciones y paces efímeras —los liberianos las llaman *World War 1, 2 y 3*— que mataron un cuarto de millón de personas. Muchos combatientes eran adolescentes alcoholizados o drogados; sus jefes y sus brujos los convencían de que

En 2005 había unos 12,7 millones de refugiados en el mundo; alrededor de la mitad eran niños de menos de 18 años.

nadie podría matarlos si bebían sangre humana o comían carne de una virgen —y ellos lo hacían. Aquella tarde, en el retén, había muertos colgados de los árboles que chorreaban sangre en baldes —y los soldados la tomaban. Aquella tarde, en el retén, unos soldados quisieron poner a la hermana menor de Richard, de cuatro meses, en un mortero y deshacerla a golpes. La abuela la

aferró, no la soltaba: un soldado atravesó el pecho de la anciana de una puñalada.

Después la acuchillaron docenas de veces, por todo el cuerpo. Mi padre miraba y no podía hacer nada, si se movía lo mataban a él. Agarraron a mi abuelita y la arrastraron por todos lados y se peleaban por comérsela. Cruda, se la comían. ¡Cruda, por Dios! Si en ese momento hubiera podido, les habría hecho las peores cosas.

Los Allen salvaron sus vidas porque un rebelde reconoció al pastor y los dejó seguir. Después cruzaron la frontera y caminaron varios días por la selva hasta un galpón donde se hacinaban cientos de refugiados liberianos. La vida allí no era mucho mejor: los chicos se morían de hambre o mordidos por las serpientes o cazados por los animales salvajes o las enfermedades. Hasta que llegó una misión de la ONU, que los llevó a un lugar un poco más protegido: no siempre había comida, pero al menos tenían un refugio seguro. Una noche, desde el otro lado de la frontera, llegaron los rebeldes: agarraban a los hombres y les preguntaban si preferían mangas largas o mangas cortas. Al que decía mangas largas le cortaban el brazo a la altura de la muñeca; al que decía

mangas cortas, a la altura del hombro. A algunos les daban la opción de pantalones cortos o pantalones largos —o del celular: les cortaban los tres dedos del medio de una mano, así les quedaban el pulgar y el meñique, que imitan a un teléfono. Al que no quería elegir lo mataban sin más.

La familia volvió a huir —a un pueblo cercano primero; a Freetown, la capital de Sierra Leona, después. De esos años sin escuela ni juegos, Richard sólo recuerda la lucha por la supervivencia: por comer. En 1992 la guerra se calmó: los Allen volvieron a Monrovia. Richard ya tenía once años y tuvo problemas en la escuela: los recuerdos lo acechaban, pero después consiguió adaptarse. Esto duró hasta que, en 1997, tras las elecciones que ganó el ex rebelde Taylor, la violencia volvió. El pastor Allen tenía el mismo apellido que el secretario general del partido en el poder: aunque no eran parientes, su nombre lo convertía en blanco de los nuevos rebeldes: los enemigos de Taylor. La familia empezó a esconderse otra vez. En esos días, el pastor fue invitado, gracias a sus contactos bautistas, a una convención en los Estados Unidos, y consiguió escapar. La señora Winnifred Allen y sus cinco hijos sólo pudieron cruzar la frontera de Costa de Marfil con documentos falsos.

Allí se instalaron en un campo de refugiados de la ONU. Richard iba a la escuela,

trataba de terminar el secundario. El padre les mandaba algún dinero; la madre vendía panes y dulces en el mercado. Pero en el año 2000 la violencia se desató en Côte d'Ivoire, y Liberia parecía menos grave: los Allen se volvieron. En Monrovia, los tres hermanos mayores consiguieron entrar a una de las mejores escuelas, donde iban también las hijas del presidente Taylor. Una mañana, ya en 2002, Richard vio cómo un pelotón de soldados se llevaba, muy amable, a las chicas Taylor: algo debía estar pasando. Reunió a sus hermanos y se volvieron a su casa; esa tarde volvió a estallar la violencia en la ciudad, y la señora Winnifred decidió llevarse a toda la prole a Ghana. En esos catorce años más de ochocientos mil personas dejaron sus hogares: medio millón se desplazó dentro del país; el resto, uno de cada diez liberianos, a los países vecinos.

En Ghana los Allen se instalaron en otro campo de refugiados, repleto, maloliente. Pero Richard pudo por fin terminar la escuela secundaria y se anotó en un curso de computación y formó, con algunos compatriotas, un grupo de jóvenes que juntaba dinero para pagar los estudios de los más pobres del campo y organizar encuentros, discusiones, campañas contra el sida.

Otra gran decepción vino cuando mi familia se fue a los Estados Unidos, en el

El escape de Richard de la guerra civil

lo llevó desde Liberia a Sierra Leona, donde estuvo desde los ocho hasta los once años. De vuelta en Liberia, tuvo que huir a los dieciséis a Côte d'Ivoire, pero años más tarde, cuando allí también estalló la guerra, volvió a Liberia. Dos años después, tuvo que volver a escaparse de la guerra civil y huyó a Ghana, donde pasó los tres años siguientes antes de volver a Liberia en septiembre de 2005.

2003. Mi papá ya había conseguido el asilo, y en ese momento se lo pudo extender a mi mamá y a mis cuatro hermanos. Pero a mí no me lo quisieron dar. Dijeron que ya había pasado la edad y no hubo manera. Si incluso después mi papá me consiguió una beca y me rechazaron la visa de estudiante... Yo no entiendo, mi familia está toda allá, hace más de tres años que no puedo verla. Yo ya no sé qué hacer.

En Ghana no conseguía trabajo ni papeles: tenía la sensación de estar desperdiciando su vida, y le habían dicho que su país mejoraba. Richard Allen volvió una vez más a Liberia en septiembre de 2005. Es cierto que Liberia está tratando de recuperarse. En

noviembre de 2005 eligió la primera presidenta mujer de África: Ellen Johnson Sirleaf, y muchos están esperanzados. El país, mientras tanto, sigue sin tener agua corriente ni electricidad, su ejército ha sido disuelto, su economía está destruida y sólo el 20 por ciento de su población tiene trabajo. La pobreza es extrema.

Algunos de mis amigos en Ghana me decían que cómo me volvía, que estaba loco, que no iba a poder hacer nada, que no le creyera a ningún gobierno porque los políticos son todos corruptos.

Ahora Richard Allen vive solo en la casa de su familia, en los alrededores de Monrovia, y a veces trabaja como



programador para una compañía de internet —que no siempre le paga—. Piensa que quizás deba irse para seguir formándose, pero que si lo consigue será para volver a su país.

¿Todavía sientes que éste es tu hogar, después de todo lo que pasó?

Algunas veces me pregunto qué estoy haciendo acá, pero tengo que seguir tratando. Tengo que pensar en positivo, aunque no siempre es fácil. La última vez que me fui pensé que ya no iba a volver más, estaba harto. Pero después empiezas a extrañar a tu país, tu idioma, quieres tener un lugar donde conozcas a la gente y puedas hacer algo en la vida, y eso es muy difícil si no estás en tu país. Yo me volví para empezar a trabajar, a ser un hombre.

En los dos últimos años, miles de exiliados de guerra han vuelto a su país. Pero muchos más no. Los mejores amigos de Richard se quedaron en Ghana: varios sufrieron la muerte de toda su familia. Richard discutió mucho con uno que decía que nunca volvería a Liberia, porque si viese a la gente que mató a sus padres los mataría, y no quiere hacer eso.

Yo creo que tenemos que empezar a perdonarnos, a reconciliarnos. Si yo llegara a ver

a los tipos que mataron a mi abuelita no los mataría, les diría que los perdono y entonces ellos entenderían y dirían ah, nunca más voy a hacer algo así.

Ahora Richard tiene veinticuatro años, y dice que todavía no quiere pensar en casarse porque no podría mantener a una familia, pero conserva su antiguo sueño.

¿Realmente sigues pensando en ser presidente de Liberia?

Sí, claro. Todavía rezo por eso. Yo quiero mucho a mi país y quiero verlo mejor.

Richard tiene la sonrisa amable pero los ojos tristes.

¿Y de verdad crees que podrías ser presidente?

Sí, claro. Nuestra presidenta pasó por cosas muy duras, así que por qué no yo. Si trabajo lo suficiente, por qué no. Y tendría un mensaje para todos: miren, yo sé lo que es tener hambre, no tener trabajo, dormir en la calle, ver cómo matan a tus parientes. Si yo, que pasé por todo lo que pasé, ahora soy el presidente, eso quiere decir que ustedes pueden, ustedes también pueden.

ESCAPAR DE LA CATÁSTROFE: JÓVENES EN FUGA

Como Richard, que pasó buena parte de su adolescencia en campos de refugiados, muchos jóvenes alrededor del mundo se ven forzados a dejar sus hogares para escapar de los horrores de las guerras, los conflictos civiles y otros desastres. En 2005 había unos 12,7 millones de refugiados en el mundo; alrededor de la mitad eran niños de menos de 18 años.¹ Urgentemente necesitados de asistencia y protección, los refugiados adolescentes son vulnerables a la violencia, el abandono, la explotación y el abuso en muy variadas formas.

En una crisis, el apoyo familiar, tan vital para los jóvenes, suele colapsar. Las redes sociales y culturales que les ofrecen protección, apoyo, información y modelos de conducta se desintegran. Los jóvenes refugiados y desplazados se ven hondamente afectados no sólo por su exposición a la violencia, las privaciones y los traumas personales como la pérdida de parientes, sino también por el deterioro de su educación, sus empleos y sus perspectivas de futuro.

Incluso los miembros de su comunidad, sus parientes y sus pares pueden ser una amenaza para los niños y jóvenes desplazados, que pueden verse forzados por sus familias a trabajos excesivos y sujetos a distintas formas de abuso. Las muchachas pueden ser obligadas a matrimonios prematuros como un medio de asegurar ingresos o seguridad física para ellas y sus familias.² Los refugiados adolescentes no suelen tener acceso a la educación.³ Si lo tienen, las

familias pueden dejar a las jóvenes fuera de la escuela para ayudar con las tareas domésticas o por miedo por su seguridad.

Las jóvenes desplazadas son especialmente vulnerables. La ruptura violenta de las relaciones estables y la desintegración de la vida familiar y comunitaria barre las normas sociales que gobiernan la conducta sexual. El contacto sexual en tales circunstancias es a menudo violento, y siempre peligroso, especialmente para las mujeres, cuyos riesgos, además de daños físicos y embarazos no deseados, incluyen una mayor vulnerabilidad con respecto al VIH/SIDA y otras infecciones de transmisión sexual. Los grupos insurgentes suelen obligar a los hombres jóvenes a cometer violaciones, traumatizando al mismo tiempo al hombre y la mujer comprometidos en ellas. Los riesgos para las mujeres van más allá del propio conflicto: las compañeras y esposas de los ex combatientes que regresan a su hogar también están en peligro.

En Liberia, alrededor del 80 por ciento de las muchachas desplazadas menores de 15 años debió experimentar un aborto tras su exposición a la explotación sexual y la violencia.⁴ En Uganda se calcula que 80 por ciento de las jóvenes secuestradas por el Ejército de Resistencia de Lord eran VIH positivas cuando volvieron a sus comunidades.⁵

Una vez que alcanzan la “seguridad” de los campos de refugiados, las jóvenes no están necesariamente protegidas contra la violencia

por motivos de género. Violación, sexo inseguro y embarazos no deseados son comunes en los campos. La estigmatización de las muchachas y mujeres sometidas a violaciones y embarazos no deseados es extrema.

Los jóvenes en los campos de refugiados pueden ser ex combatientes, secuestrados o desplazados por la violencia. Han perdido sus fuentes de autoestima y se encuentran frustrados por la inacción y la impotencia. Tienen pocas oportunidades de proseguir su educación o conseguir un empleo, y muy pocas salidas. El resultado suele ser la violencia —incluida la violencia por motivos de género y la violencia sexual— y el abuso de drogas.⁶

Los campos de refugiados pueden ser vulnerables a los ataques exteriores y a la dominación por medio de la violencia interna. Ciertos grupos armados pueden usar los campos como bases de secuestro y reclutamiento. Las muchachas y muchachos secuestrados suelen terminar como soldados; ellas pueden ser utilizadas como trabajadoras domésticas y esclavas sexuales.

Bajo acuerdos constitucionales como la Convención sobre los Refugiados de 1951, los países se han comprometido a dar refugio y socorro a las personas desplazadas de sus países, incluyendo a niños y jóvenes. Con el apoyo de la comunidad internacional, los países de asilo deben hacer el máximo esfuerzo para entender y responder a las necesidades de los refugiados y los solicitantes de asilo.

La mayoría de los refugiados está en países en vías de desarrollo, cuyos gobiernos suelen tener grandes dificultades para proveer algo más que un apoyo rudimentario. Necesitan la ayuda de la comunidad internacional para apoyar a los jóvenes refugiados, proteger sus derechos y colaborar para que los que están solos se reúnan con sus familias. Deben ser capaces de proveer no sólo un alivio inmediato, sino también educación, salud y rehabilitación psicológica a los jóvenes refugiados.

Los jóvenes que han sido repatriados también necesitan asistencia especializada. En países como Liberia y Sierra Leona, UNFPA ha apoyado a organizaciones religiosas que educan a jóvenes mujeres —muchas de las cuales fueron víctimas de violencia sexual durante la guerra— en la prevención de VIH/ITS, al mismo tiempo que les enseñan actividades lucrativas como horticultura, cría de aves y peluquería, para ayudarlas a que no deban buscar sus medios de supervivencia en el trabajo sexual. Iniciativas semejantes están siendo implementadas en Côte d'Ivoire, Sudán y la República Democrática del Congo.

Además de los programas que promueven oportunidades de ganarse la vida y enfrentan la violencia sexual y por motivos de género, es de fundamental importancia que los jóvenes, tanto ex refugiados como ex combatientes, sean comprometidos tras el conflicto en los esfuerzos de reconstrucción para restaurar el tejido social y económico y construir una paz duradera.



Rajini

INDIA, ESPOSA DEL GOLFO

Sus horóscopos armonizaban perfectamente. Su comunidad da mucha importancia a la armonía de los horóscopos, y el resto no era grave; Rajini y Unnikrishnan iban a casarse.

Rajini es la menor de cuatro hermanos que crecieron en Kotakka, un pueblito de Kerala, el pequeño estado del sudoeste indio. Su padre era un farmacéutico en una compañía que producía medicinas herbáceas.

Rajini tuvo una infancia muy protegida. Fue a una escuela local, y se graduó en Historia en una universidad a distancia: no tuvo que dejar su casa para estudiar. Rajini nunca fue sola a ningún sitio, y su padre tomaba todas sus decisiones, grandes o pequeñas. Cuando él murió, en 1999, su hermano mayor, como nuevo cabeza de familia, se hizo cargo de su vida. Las familias tradicionales de la cultura nair se toman muy en serio las relaciones jerárquicas. Los mayores merecen respeto y consideración; los más jóvenes —y más aún las mujeres y niñas— no suelen desafiar sus decisiones.

Así que en 2002, cuando Rajini tenía veinte, su familia decidió que se casaría con Unnikrishnan, que trabajaba como jefe de controles en el puerto de Jeddah, en Arabia Saudita. Sus familias no se conocían; un vecino propuso el matrimonio al posible novio, de vacaciones en su pueblo. Unnikrishnan aceptó encantado, sin haber conocido a Rajini y sabiendo que no podrían vivir juntos, porque Arabia Saudita no permitiría que su mujer migrase con él. Rajini estaba en contra:

Sabía que habría largos periodos de separación y que yo tendría que vivir con su madre viuda. Pero no podía hacer nada. Mi familia lo consideró una buena alianza porque él estaba trabajando en el exterior y les pareció que la seguridad y el bienestar financieros que venían con esa boda eran muy importantes. Además nuestros horóscopos armonizaban perfectamente, así que el resto no importaba mucho.

Rajini y Unnikrishnan se conocieron en su ceremonia de compromiso; su boda se realizó sólo unas semanas más tarde porque las dos familias querían que el matrimonio quedara confirmado antes de que él partiera.

Por suerte, enseguida nos gustamos. Me parece que el mes y medio que pasamos juntos antes de que él se volviera a Jeddah fue el momento más feliz de mi vida de casada. Él es una persona cálida, muy gregaria, la casa estaba llena de sonidos y risas. Sus amigos venían a visitarnos, y nosotros salíamos de compras, íbamos al cine. Cuando se fue, hasta los vecinos comentaron la diferencia, porque de pronto la casa se había quedado silenciosa.

En unas pocas semanas, Rajini se había convertido en una “esposa del Golfo”, una entre un millón de mujeres de Kerala que viven sin sus maridos, emigrados a los países del Golfo Pérsico. Lo cual les trae soledad, pero también puede ofrecerles poder: con

su marido lejos, la mujer tiene que tomar decisiones, conducir las finanzas familiares, manejar la casa y ocuparse de los niños y los parientes políticos ancianos.

De pronto yo ya no era una hija despreocupada y malcriada. Antes de irse, mi marido me dijo que me iba a mandar dinero todos los meses y que yo tenía que manejarlo. Me encontré cargada de responsabilidades.

Rajini tuvo que ocuparse de una casa grande que siempre necesitaba algún arreglo, cuidar a su suegra y, en su momento, a su bebé.

El evidente beneficio de las remesas consiste en mitigar el efecto de la pobreza sobre las familias que se quedan en el país, y en elevar sus niveles de vida.

Al principio estaba muy asustada porque nunca antes había hecho esas cosas y no había nadie para enseñarme. Tuve que aprender de la experiencia, y con el tiempo empecé a disfrutar de estas responsabilidades, porque sabía que tenía el apoyo de mi marido en todo lo que hacía. Me sentía

positiva, fuerte, con mucho más poder que en mi época de soltera, cuando no tenía ningún control sobre mi vida.

Pero el verdadero punto de quiebre, dice Rajini ahora, llegó hace dos años, cuando tuvo que supervisar, casi sin ayuda, la construcción de su nueva casa. Habían hecho los planos durante unas vacaciones de Unnikrishnan y habían tomado un préstamo en el banco a nombre de Rajini.

El hecho de que haya podido supervisar la construcción, manejar cantidades importantes de dinero, controlar a los obreros, me dio la confianza de que podía enfrentar cualquier situación.

Pero eso no llena el gran vacío emocional de su vida. Rajini habla con su marido casi todos los días pero lo extraña siempre, y sobre todo cuando su hija o su suegra se enferman o

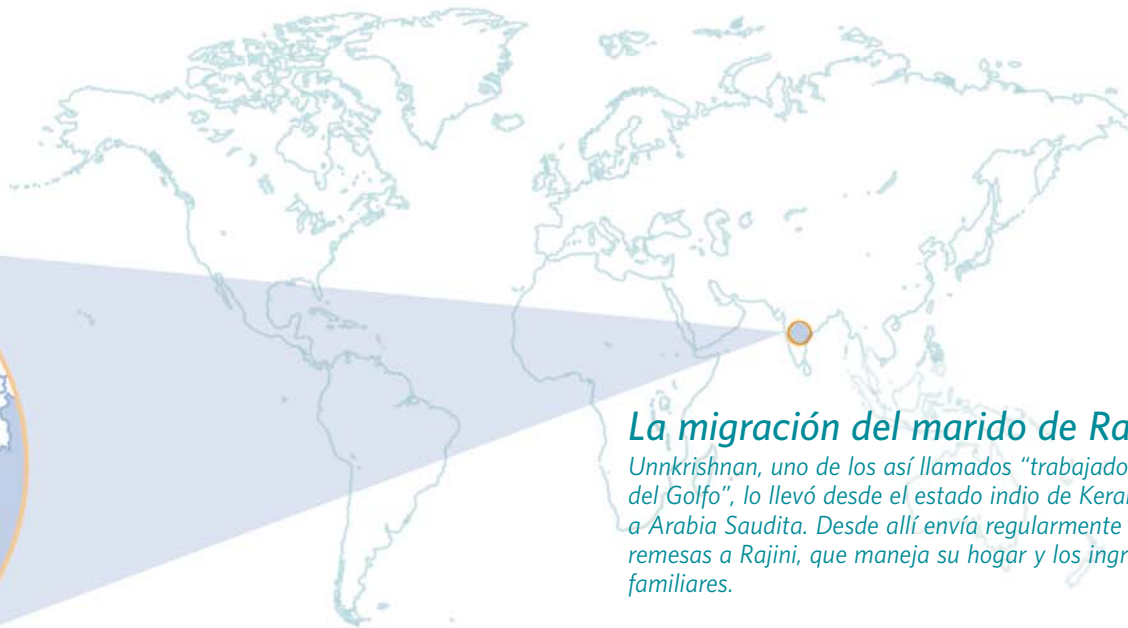
en las fiestas, cuando todo el mundo está contento. De tanto en tanto, Rajini y su marido hablan de terminar esta separación: él tampoco es feliz alejado de ella. Pero saben que sus opciones son limitadas. Con sólo un título secundario, Unnikrishnan tiene pocas posibilidades de conseguir en la

India un trabajo que le permita ganar lo que gana ahora. Y la otra opción sería empezar su propio negocio —algo que la mayoría de los migrantes sueñan—, pero para eso tienen que esperar hasta terminar de pagar la hipoteca de la casa. Así que ahora Rajini espera que él consiga trabajo en un país que le permita traer a su familia.

Eso sería lo mejor, porque nos hemos acostumbrado a un cierto nivel de vida, a no tener que ahorrar en comida, ropa o servicios médicos.

Rajini sólo va al hospital público local para procedimientos de rutina, vacunas y refuerzos para su hija. Para todo lo demás puede pagar médicos privados. Y está planeando mandar a su hija a una de las mejores —y probablemente más caras— escuelas de Kotakkal. Ya ha reunido el costo de la matrícula. Pero sigue sintiendo que el precio que tiene que pagar es excesivo:

No creo que toda la plata del mundo pueda pagar la soledad terrible que tiene que soportar una esposa del Golfo. La gente que me ha visto pasar de ser la hija de alguien a ser una mujer que maneja por sí misma un hogar y una familia está muy impresionada. Me elogian y me respetan,



La migración del marido de Rajini,

Unnikrishnan, uno de los así llamados "trabajadores del Golfo", lo llevó desde el estado indio de Kerala a Arabia Saudita. Desde allí envía regularmente sus remesas a Rajini, que maneja su hogar y los ingresos familiares.

pero no saben lo sola que estoy, sobre todo a la noche, con la única compañía de un teléfono. Los demás tienen alguien con quien hablar. ¿Y yo con quién hablo?

La soledad de Rajini se completa con una vida doméstica tediosa y una interminable rutina hecha de cocinar, limpiar los dos dormitorios y el salón de la casa, cuidar a su hija de tres años, hacer las compras, ir al banco. Su día empieza a las 6.30 de la mañana; muchas veces termina en la cama a las 22, demasiado cansada como para leer o mirar las novelas en la televisión. Su única pausa es esa hora, cada tarde, en que camina medio kilómetro para ir a visitar a su familia.

¿Querías que tu hija se casara con un trabajador del Golfo?

Nunca, Dios quiera que nunca tenga que hacerlo.

El único alivio de esta monótona rutina llega cuando su marido está en casa, dos meses cada dos años y medio. No puede hacerlo con más frecuencia: el pasaje es caro, tiene que traer regalos para toda la familia, y a su empleador no le gusta darle licencia. Por eso no pudo estar presente cuando nació su hija.

Para el parto me fui a la casa de mi madre, como se acostumbra, y mi familia

hizo todo para hacerme sentir cómoda. Fui a uno de los mejores hospitales de Kotakkal, pero extrañé a mi marido, sobre todo cuando empezó el trabajo del parto. Nadie podía darme la fuerza y el apoyo moral que él me habría dado, y cuando llegó el bebé lloré porque él no estaba allí para compartir ese momento conmigo. Recién pudo ver a su hija cuando tenía un año y medio.

Así que, ahora, Rajini no quiere tener más hijos. Unnikrishnan sí quería, pero ella le dijo que para eso deberían vivir juntos. Y está preocupada porque su hija va a empezar su vida escolar sin su padre. Él parece estar

de acuerdo: la última vez que se vieron, le dijo que regresaría cuando la niña empezara la escuela, porque quiere participar en su crecimiento.

Él también se da cuenta de lo importante que es para nosotros vivir juntos; todo podría ser muy distinto si estuviera aquí. Lo que hacemos ahora es como “jugar al matrimonio”. No nos hemos sacado las máscaras, todo es muy poco natural. Cuando él viene por unas pocas semanas los dos hacemos muchos esfuerzos. Nos queremos, nos cuidamos, yo cocino todo lo que le gusta. Si tenemos diferencias o discusiones las olvidamos enseguida porque queremos aprovechar esos pocos días que vamos a pasar juntos. Y la pena de la

separación también se renueva cada vez. Cuando se acerca el momento de su partida empezamos a contar los días que faltan, a sentirnos tristes. Así que él sólo vio una parte de mí, mi parte positiva. Yo creo que tampoco lo conozco de verdad.

Rajini sueña con vivir con su marido, pero teme que eso no sucederá pronto. Según su horóscopo, su destino es seguir separada de él por algún tiempo: los astrólogos dicen que pueden ser hasta 17 años.

Cuando pienso en esa posibilidad me desespero, pero nunca se lo dije a él, porque tengo la esperanza de que mis plegarias puedan cambiar mi destino.

MANDAR DINERO A CASA

La experiencia de Rajini –criar a los hijos sola con el marido lejos durante años– no es infrecuente en Asia del Sur. En la India, los jóvenes migrantes suelen casarse con mujeres de sus comunidades y las dejan atrás; así pueden al mismo tiempo fundar una familia, asegurar que alguien se ocupe de sus parientes ancianos y proveer mejores condiciones de vida para todos.

En esas circunstancias, el matrimonio puede verse reducido a dos meses de felicidad cada dos años, y a unos niños que apenas conocen a sus padres. Pero esto también tiene ciertos efectos positivos. Las circunstancias llevan a las “esposas del Golfo” a tomar sus propias decisiones y a ocuparse del manejo del hogar y el dinero familiar. Así adquieren un sentido de independencia y discernimiento que mejora su estatus social en la comunidad y ofrece a sus hijos un modelo positivo. Esta experiencia puede empoderar a las siguientes generaciones de mujeres.

Un amplio proyecto de investigación ha mostrado que el aumento de los ingresos debido a las remesas ha traído cambios en el estilo de vida y las pautas de consumo de las esposas que se quedan en el país. Esto incluye la posesión de la tierra, la casa y sus pertenencias, el nivel nutricional y sanitario de sus familias, su estatus social y la calidad de educación de sus hijos.¹ En las dos últimas décadas crecieron los análisis

de las remesas y su impacto en el bienestar de las familias que quedaron en el país. Para ciertos países en vías de desarrollo con altos flujos migratorios, las remesas de los trabajadores migrantes representan la primera fuente de financiación externa, por encima de la inversión extranjera directa.²

El Caribe y Asia son las dos regiones del mundo con mayores proporciones de remesas en relación con sus PIB,³ seguidas por el Medio Oriente y África del Norte.⁴ En el Caribe, las remesas representan alrededor del 20 por ciento del PIB.⁵ En Filipinas, donde más del 10 por ciento de sus 84 millones de habitantes trabaja en el extranjero, las remesas anuales superan los 10.000 millones de dólares, sin contar el dinero enviado a través de amigos, parientes y correos. Estas remesas están trayendo mejor comida, ropa y educación a unos 30 millones de personas.⁶

Aunque no hay cálculos sobre la proporción de remesas enviadas por jóvenes, un trabajo reciente concluyó que los jóvenes migrantes casados son más propensos a mandar dinero regularmente.⁷ Siendo cada vez más numerosas, las mujeres jóvenes también tienden a contribuir regularmente a sus familias, particularmente cuando han dejado a sus hijos en el país.

El evidente beneficio de las remesas consiste en mitigar el efecto de la pobreza sobre las familias

que se quedan en el país, y en elevar sus niveles de vida. Un estudio realizado en América Latina muestra que suelen usarse para complementar ingresos familiares insuficientes para cubrir los costos de vida.⁸ De hecho, se calcula que la mayoría de las familias que permanecen en el país las usan para cubrir necesidades básicas como vivienda, alimentación y salud.

Pero las remesas también sirven para que muchos jóvenes y niños puedan continuar sus estudios y recibir una mejor educación. Una investigación realizada en once países latinoamericanos muestra que el gasto en educación está tercero en cuanto al destino de las remesas, detrás de la vivienda y la alimentación.⁹ Es probable que la misma proporción se verifique en otras regiones.

Las organizaciones nacionales de la diáspora suelen coordinar esfuerzos para mandar “remesas comunitarias” a sus países. Más de la mitad de 174 enviados de remesas de la comunidad somalí en Londres donó una media de 164 dólares cada uno para escuelas y universidades de su país.¹⁰

Las remesas también han sido usadas para ayudar a que los hijos de los migrantes empiecen sus propios negocios, como tiendas, cafés, bares o empresas de construcción. En Tayikistán, alrededor del 5,2 por ciento del total de las remesas fue usado de este modo.¹¹

Pero la migración no necesariamente lleva a ese deseado mejoramiento rápido del bienestar de las familias que permanecen en el país. Hay estudios que muestran que las remesas tienen un impacto escaso en las disparidades económicas de las sociedades que las reciben. La migración tampoco ha llevado a una acumulación importante de riqueza individual, ni ha acelerado el ritmo de desarrollo de las pequeñas y medianas empresas domésticas.¹²

Sin embargo, suele aceptarse que las remesas contribuyen a la economía de un país y mejoran el bienestar de quienes se quedan en él. Muchos países con cantidades significativas de migrantes están intentando que ciertas remesas se inviertan en desarrollo. El programa “tres por uno” de Zacatecas, México, es un ejemplo. Los gobiernos federal, estatal y municipal invierten un dólar cada uno en mejoras comunitarias por cada dólar invertido por la comunidad zacateca de los Estados Unidos.¹³ Gracias al mayor interés y disponibilidad de información sobre el uso de las remesas, los países tienen ahora una oportunidad de promover su utilización para el desarrollo local.



Falcao

COLOMBIANO, FUTBOLISTA EN ARGENTINA

Esa mañana, octubre 2005, Radamel Falcao García Zárate se puso realmente nervioso. El director técnico de River Plate, uno de los equipos de fútbol más importantes de la Argentina, acababa de convocarlo a su habitación:

Esta tarde salís de titular en la primera, pibe. No te pongas nervioso, que todo va a salir bien. Pero no se lo digas a nadie, eh. Ya se van a enterar cuando llegue el momento.

Era la hora de almorzar. El muchacho tenía náuseas, no podía pasar bocado. Sus compañeros tragaban los clásicos espagueti pre-partido; él no sabía qué hacer y, casi sin querer, pensaba en los años que había pasado preparándose para llegar a ese momento: toda su vida.

Aunque su preparación, en realidad, había empezado antes que su vida. Cuando nació, en Santa Marta, Colombia, en 1986, su padre lo bautizó con su propio nombre –Radamel– y el de un crack brasileño que

admiraba: Falcao. Su padre era un jugador de fútbol profesional, que no llegó a hacer una gran carrera. Nunca duraba demasiado en el mismo club, y su familia lo acompañó por distintas ciudades de Colombia y Venezuela, al ritmo de sus contratos. Pero cuando llegó su primer hijo varón, Radamel decidió que sería un gran futbolista, y, para eso, lo bautizó con el nombre de su ídolo.

El pequeño Falcao aprendió a patear una pelota antes que a hablar. Sus primeros recuerdos son futbolísticos: su padre le enseñaba, lo alentaba, lo llevaba a sus partidos, a sus entrenamientos. Y él cumplió: nada le importaba más que la pelota. A los diez años, su padre se retiró del fútbol y la familia se instaló en Bogotá; allí Falcao se inscribió en un club y, muy pronto, empezó a llamar la atención de los entrenadores.

Entonces me convencí de que tenía condiciones para triunfar en esto y decidí que tenía que apostarle todo al fútbol, que mi futuro estaba ahí.

¿Cuándo fue eso?

Cuando tenía once, doce años. Empecé a participar en la selección de mi ciudad, primero, después de mi país: ahí ví que tenía que dedicar todo mi tiempo a eso, que tenía que vivir para el fútbol.

En América Latina, casi todos los chicos sueñan con ser futbolistas. Y muchos miles pueden mantener su sueño en la adolescencia: son los mejores, los que juegan en las divisiones infantiles de los clubes profesionales. Falcao fue uno de ellos –uno entre tantos– hasta que un sábado, cuando tenía 14 años, su entrenador le dijo que se alistara porque al día siguiente iba a viajar a Buenos Aires: un empresario le había organizado una prueba en River Plate.

Falcao estaba emocionado: la Argentina era una de sus metas. Siempre había seguido el fútbol argentino –uno de los más poderosos del continente– y, además, su entrenador conocía Buenos Aires y le hablaba de ella: al

muchacho le gustaba la idea de esa “ciudad bien futbolera, antigua, linda, con diferentes estaciones, gente muy cálida, que habla tan gracioso: siempre fue mi sueño venirme para acá”.

¿Estabas asustado?

No, no estaba asustado; estaba decidido, con mucho hambre de triunfar. Era la oportunidad de mi vida y, con la ayuda de Dios, no pensaba desaprovecharla.

Si hace una década los jugadores emigraban cuando tenían 18 ó 20 años, ahora es común verlos partir de sus países a los 12.

La prueba resultó: lo contrataron. Lo instalaron en una habitación de hotel y tuvo que aprender a vivir solo en una ciudad que no era la suya. Al principio no extrañaba nada; sólo al cabo de un año, cuando una lesión lo apartó del juego por unos meses, se desalentó y hubo momentos en que quería volver a su casa y olvidarse de todo. Tenía 16 años. A una edad en que la mayoría de los jóvenes está empezando a pensar qué estudiar, dónde trabajar, cómo orientar su vida,

los pichones de futbolistas se juegan su destino. Muchos tienen que dejar sus ciudades, sus estudios, sus diversiones, sus amigos: saben que ésta será su única oportunidad.

Es una vida muy rutinaria: entrenar, cuidarse, acostarse temprano, ver que todos los demás hacen muchas cosas que uno no puede hacer. A veces me molestaba mucho, me impacientaba, pero entonces me decía que yo estaba acá por un objetivo, y que tenía que sacrificar todo para conseguirlo.

Nueve de cada diez no lo consiguen; a los 18, 19 años, se consideran unos fracasados: alguien que ya perdió la gran ocasión de su vida. Falcao no quería ser uno de éstos, y encon-

tró fuerzas para resistir: para entrenar cada vez más, para aprender a ser fuerte y no dejarse tentar, para convencerse de que su meta es lo más importante. Un futbolista profesional debe ser un obseso de la competición y del triunfo.

A principios de 2005 Falcao fue promovido al plantel de la primera división –pero nunca jugaba–. Hasta aquella mañana de octubre, cuando su técnico le dijo que ése iba a ser su día.

Aquella tarde, cuando me estaba cambiando, me temblaban las piernas. Pero después salí a la cancha y me transformé. El estadio estaba lleno, la gente gritaba, y yo me di cuenta de que tenía ese hambre, esas ganas de ganarle a cualquiera que se me pusiera enfrente, esa adrenalina, esa confianza. Es algo que no se puede explicar, hay que vivirlo.

Aquella tarde de octubre fue perfecta: River Plate ganó y Falcao metió dos de los tres goles. Al otro día todos los diarios hablaban de la nueva gran promesa, del muchacho que iba a terminar la mala racha de su equipo. En los seis partidos siguientes, Falcao hizo cinco goles más: se estaba transformando en un ídolo.

Es una sensación increíble: de pronto, de un día para el otro, te cambia la vida. No puedes ir a ningún lado, la gente te reconoce por la calle, tus compañeros te dan mucho más lugar.

Y puedes ganar mucha plata...

Sí, es impactante lo que ganan algunos futbolistas. Te llevas fortunas, y encima te pagan por lo que te gusta hacer: es como un juego de niños y te pagan, aunque

La migración de Falcao

lo llevó a dejar Colombia para jugar en uno de los mejores equipos de fútbol de la Argentina, donde sueña con pasar algún día a uno de los grandes clubes europeos.

también tienes que hacer muchos sacrificios, te pierdes muchas cosas. Pero hoy en día el futbolista es un modelo para mucha gente. Ya en cualquier publicidad los que venden son los futbolistas, mucha gente se viste como los futbolistas, se corta el pelo como los futbolistas. Es raro pensar que quizás alguna vez va a haber chicos que van a tratar de hacer las cosas que yo hago...

El 22 de noviembre de 2005 todo pareció derrumbarse: Falcao sufrió una lesión grave en la rodilla, que lo mantendría fuera de las canchas muchos meses.

Al principio me desanimé de verdad, me preguntaba por qué tenía que pasarme eso justo ahora, por qué Dios me había mandado una cosa así. Después me dí cuenta de que esas cosas tienen algún propósito: te sirven para ir moldeándote, para madurar, pueden ser positivas. Creo que esto me sirve para no perder la cabeza, para saber que

no me la tengo que creer: que todo puede desaparecer en cualquier momento. Y entendí que tenía que mantenerme firme, acá, luchando.

Falcao sabe que la vuelta va a ser difícil: hay muchas jóvenes promesas que no pudieron superar una lesión —y hay, por supuesto, muchas que sí—. Ahora espera ansioso ese momento y sigue sus estudios: el año pasado empezó a cursar periodismo en una universidad porteña. No tiene mucho tiempo para su carrera, pero dice que es mejor hacer alguna otra cosa además del fútbol: educarse, abrir un poco la mente a otros espacios.

En el fútbol te puede ir muy bien y ser una gran estrella, te puede ir normal y jugar al

fútbol como muchos, o te puede ir mal y no llegar a ser un futbolista. Es una lotería, uno nunca sabe lo que le puede pasar. Uno lo da todo para ganarla, pero también hay que estar preparado por si pierdes. Dependes de demasiadas cosas, la suerte, los equipos, las lesiones...

Falcao vive en un piso alto de una torre moderna en uno de los barrios más caros de Buenos Aires. Desde su living se ve el río, el estadio de River Plate y el campo de concentración más brutal de la dictadura argentina de los años setenta. Su padre, su madre, sus hermanas viven con él: el muchacho se ha convertido en el sostén de su familia. A través de todo el continente, padres y madres que hace veinte o treinta años hubieran

regañado a sus hijos si los veían “perdiendo el tiempo con una pelota”, ahora los alienan: el fútbol puede ofrecerles un nivel de ingresos mayor que ninguna otra actividad. La apuesta es alta, y Falcao no puede parar de imaginarse su futuro:

Yo pienso mucho en eso, tengo muchas ilusiones. Quiero ir a Europa, a jugar allá con los mejores del mundo.

¿Dónde te gustaría ir?

Al Real Madrid, al Milán, a los grandes...

¿Y te parece posible?

Sí. River vende jugadores a los mejores equipos del mundo. Todo depende de lo que yo pueda mostrar.

Para muchos jugadores latinoamericanos, Buenos Aires es una escala en el camino a Europa: la vidriera donde ofrecerse para dar el salto definitivo, el que les va a dar la riqueza y la fama que buscan desde chicos. Desde los doce, trece años, los pequeños futbolistas latinoamericanos que se destacan tienen una meta: mostrarse en sus equipos para que los “compre” un club europeo. *Comprar* es una palabra fuerte.

¿Y no te preocupa la idea de seguir cambiando de país?

No, la vida del futbolista es así, siempre moviéndose, buscando lo mejor. En esta profesión, si te va bien puedes llegar a conseguir todo lo que quieres, hasta los mayores lujos.

¿Qué lujos te gustaría darte?

Y, más que nada algún auto. Me imagino un beeme descapotable, esas cosas...

Falcao emigró por primera vez a los 14 años, y piensa que va a seguir haciéndolo. Conserva una relación fuerte con su país: sus compatriotas pueden admirarlo por televisión, ha jugado en su selección juvenil, y espera jugar en su selección mayor. Pero ya no está seguro de que algún día vuelva a vivir en Colombia:

Yo solía pensar que sí, pero ahora ya no sé. Me siento muy cómodo acá en la Argentina, si después voy a Europa quizás quiera quedarme en Europa. Quién sabe si voy a volver a vivir a mi país, después de todo esto.

UN PASE DEMASIADO LARGO

En todo el mundo, millones de muchachos sueñan con volverse estrellas del fútbol como un camino hacia la fama y la fortuna, y una fuga de la necesidad. Persiguen ese sueño en el polvo, descalzos, corriendo pelotas de trapo. Oyen historias sobre los millones que ganan las superestrellas en Europa y su motivación crece. Pero sólo unos pocos afortunados conseguirán el pase a una carrera profesional que los aleje de las realidades económicas que enfrentan en sus países. Falcao es uno de ellos.

El tema de la movilidad y el deporte de alta competencia ha ganado importancia en los últimos años. Recientemente fue el centro de un debate científico en la Conferencia Internacional “Fútbol Globalizado: Naciones y Migración, la Ciudad y el Sueño”, realizada en Lisboa en mayo 2006.

La movilidad global del talento humano alcanza su punto más visible en el mundo del fútbol, pero también puede ser percibida en otros deportes altamente competitivos, donde circulan grandes cantidades de dinero. De los catorce equipos que participaron en la última Copa del Mundo de cricket, diez tenían entrenadores extranjeros, algo que habría resultado inimaginable hace una década.¹ Los deportes profesionales en América del Norte –béisbol, baloncesto, fútbol americano y hockey sobre hielo– muestran migraciones de talento semejantes.

Pero el fútbol es el mayor mercado internacional para jugadores de elite provenientes de países

en vías de desarrollo. La mayoría de los jugadores de esos países que participan en la Copa del Mundo de Fútbol 2006 juegan fuera de sus lugares de origen; muchos lo hacen en Europa, donde el deporte es más competitivo y lucrativo. Todos los jugadores del equipo nacional de Côte d'Ivoire, por ejemplo, juegan para clubes situados fuera de su país.² Inversamente, algunos equipos europeos, como el Arsenal de Londres, pueden estar íntegramente compuestos de extranjeros.³ Otro club londinense, Chelsea, tenía 17 jugadores en 10 selecciones diferentes de la Copa del Mundo.⁴

Los mejores equipos europeos contratan observadores que viajan a través de África y América Latina en busca de nuevos talentos importables. La competencia es tan reñida que deben encontrarlos cada vez más temprano. Si hace una década los jugadores emigraban cuando tenían 18 ó 20 años, ahora es común verlos partir de sus países a los 12.

Ha habido casos en que ciertos agentes ofrecieron a sus jugadores contratos que contenían cláusulas muy confusas sobre sus porcentajes de salarios o transferencias.⁵ Muchos jóvenes jugadores de países en vías de desarrollo, tras promesas maravillosas de agentes inescrupulosos, son explotados por los mismos que deberían cuidarlos. La frase "esclavitud futbolística" fue acuñada para describir a los futbolistas que terminan viviendo en condiciones difíciles, con ingresos escasos, a miles de kilómetros de sus hogares.⁶

Para muchos clubes africanos y latinoamericanos la única forma de mantenerse económicamente es la producción de jugadores para exportar a los centros futbolísticos europeos.

Algunas ligas nacionales de Europa han impuesto una limitación al número de jugadores no europeos que pueden participar en cada equipo. En un esfuerzo por eludir esas restricciones, los clubes ayudan a sus estrellas extranjeras a cambiar su nacionalidad.⁷ En los últimos años, varios jugadores han sido investigados por posesión de pasaportes falsos que les permiten jugar en calidad de "europeos".⁸

Hay quienes piensan que el fútbol africano se ha beneficiado de la exportación de jugadores, y que el éxito reciente que algunos de sus equipos nacionales tiene que ver con la migración de sus mejores talentos.⁹ Supuestamente, esa fuga aumentaría la habilidad de los jugadores emigrados, la transferencia de conocimientos y técnicas a los que se quedaron en el país, y la popularidad general del deporte en el continente.¹⁰ Otros aducen que la "expropiación" de los recursos deportivos africanos socava el desarrollo regional del fútbol. Sin embargo, algunos de los mejores jugadores siguen entregando tiempo y dinero a sus equipos nacionales y a sus países de origen, aún mucho después de haber migrado.

La Confederación Africana de Fútbol (CAF) y la Federación Internacional de Fútbol Asociado

(FIFA) han tratado de mejorar la situación: en 1997 instituyeron una Copa Africana de Campeones de Liga para proveer una competición de primer nivel y crear las estructuras e incentivos necesarios para alentar a los jugadores a permanecer en sus países.¹¹ Pero en América Latina, donde el fútbol es una tradición bien instalada, la migración es más fuerte que nunca. Los clubes europeos pagan tanto más que cualquier equipo africano o latinoamericano que tales medidas no parecen capaces de amornar la "fuga de pies".

De todas formas, las historias de las jóvenes estrellas futbolísticas que llegan al éxito en la escena internacional continuarán inspirando en los próximos años a los jóvenes de los países en vías de desarrollo. Como modelos para generaciones enteras de jóvenes, estos ídolos futbolísticos pueden tener un efecto positivo en el desarrollo local. Jugando al fútbol, o a cualquier otro deporte colectivo, los jóvenes se inician en el trabajo de equipo y el *fair play*. El deporte ayuda al desarrollo personal y al crecimiento de jóvenes hombres y mujeres, construye su autoestima y puede abrirles nuevas puertas. Y esto, a su vez, puede contribuir al bienestar general de sus comunidades y países.

Proteger a los jóvenes migrantes

Este informe ha intentado reconstruir con sus propias palabras ciertos pasajes críticos de la vida de diez jóvenes. Sus testimonios cubren una amplia gama de los desafíos y oportunidades que enfrentan millones de mujeres y hombres jóvenes afectados por la migración internacional. Aunque sus historias son muy diversas, todas apuntan al deseo de cada ser humano de vivir una vida mejor.

Los jóvenes hacen su transición hacia la adultez con la esperanza de lograr una buena educación y un trabajo decente. Anhelan conseguir seguridad personal bajo el imperio de la ley. Cada año, millones de jóvenes dejan sus países para buscar estas condiciones.

Algunos jóvenes parten movidos por un sentido de aventura o para escapar de una tragedia personal o simplemente porque viajar es más fácil que lo que nunca ha sido. Pero la mayoría de las personas cuyas historias contamos habrían preferido quedarse en sus lugares. Asegurar que la migración sea voluntaria, garantizar que suceda en condi-

ciones seguras y respetar tanto los derechos humanos como las fronteras nacionales es un desafío para todos los países.

ADAMA podría no haber dejado su país si hubiese habido suficientes empleos para los millones de jóvenes como él que ingresan cada año en el mercado laboral de los países en vías de desarrollo. Nadie debería dejar su país porque no le ofrece oportunidades laborales.

KAKENYA podría no haberse ido si su comunidad hubiese valorado la educación de las niñas y si el sistema educativo de su país le hubiera ofrecido las oportunidades que necesitaba. Mientras este informe entraba en imprenta, Kakenya recibió una beca para empezar a construir una escuela para niñas y una maternidad en su pueblo. Su sueño está empezando a realizarse.

BIBI no estaría pensando en empaquetar y partir si su país hubiera sido capaz de ofrecer a los

trabajadores de la salud como ella sueldos decentes y mejores condiciones de trabajo.

EDNA se habría beneficiado de información sobre el VIH y servicios dirigidos a los grupos de riesgo, como los trabajadores migrantes masculinos y sus parientes. Los grupos de riesgo también incluyen a mujeres jóvenes que viven en la pobreza, casadas o no, trabajadoras sexuales y mujeres jóvenes en peligro de tener sexo transaccional. Estas jóvenes vulnerables deben poder protegerse de la infección con el VIH.

NATALIA y otras como ella se beneficiarían de intervenciones gubernamentales para combatir la violencia de género, para reconocer el tráfico como una violación de los derechos humanos, para ofrecer asistencia a las víctimas retornadas a través de programas de rehabilitación y para protegerlas de ser nuevamente traficadas. Los gobiernos deberían actuar contra los responsables del tráfico y unirse a otros países para impedirlo.

KHADIJA se beneficiaría de políticas y programas, para las familias inmigrantes y los ciudadanos de los países anfitriones, que promuevan la integración y la aceptación. La aceptación completa es un requisito de la cohesión y la armonía sociales, necesaria para maximizar la contribución de los migrantes a sus nuevas sociedades. Un liderazgo político eficaz y una cobertura mediática efectiva promueven una percepción positiva de los migrantes.

NORAIDA y millones de trabajadoras domésticas migrantes se beneficiarían de una regulación gubernamental de las agencias de empleo, por ejemplo a través de un contrato de trabajo normalizado que incluyera tareas, horarios de trabajo, descanso semanal y otros términos de empleo acordes con las normas laborales internacionales. Los países de origen también deberían asistir a las víctimas de abuso ofreciéndoles servicios en las embajadas y misiones diplomáticas, con acceso a ayuda legal, cuidado

sanitario, consejería post-traumática y albergue.

RICHARD se habría beneficiado de una acción inmediata de la comunidad internacional para impedir los conflictos que lo involucraron, o para mitigar al menos su impacto sobre los civiles. Instrumentos internacionales contemplan los derechos y las necesidades de los adolescentes afectados por la guerra. La Convención sobre los Derechos del Niño, por ejemplo, establece que los adolescentes no deben sufrir las brutales consecuencias de la guerra y que, cuando la guerra no puede ser evitada, deben recibir el cuidado y la protección que necesitan. Pero estos instrumentos sólo son efectivos si existe la voluntad política de sostenerlos. Los países deberían prestar más atención a la provisión de oportunidades educativas apropiadas y de servicios de salud reproductiva para los jóvenes desplazados por los conflictos armados y sus consecuencias. Deberían desarrollar programas con

especificidades culturales y de género con la participación de los propios jóvenes. Se deberían hacer todos los esfuerzos para reunir a los jóvenes refugiados y desplazados con sus familias.

RAJINI, aunque tiene que vivir separada de Unnikrishnan, seguirá recibiendo las remesas que le han dado el poder, como a tantas “esposas del Golfo”, de manejar sus hogares e invertir en la educación y la salud de sus hijos. Muchas se beneficiarían de programas que enseñasen cómo manejar remesas e invertir los ahorros. Las remesas son importantes tanto para los países como para los individuos, y los gobiernos deberían considerar la posibilidad de rebajar las tasas para facilitar las transferencias.

FALCAO acaricia el deseo de tantos niños y adolescentes alrededor del mundo de alcanzar un futuro mejor a través de su talento deportivo. Pero los jóvenes talentosos también necesitan protección, por ejemplo de la

CONCLUSIÓN

explotación por agentes inescrupulosos. Los gobiernos nacionales y los cuerpos internacionales que gobiernan los deportes y el entretenimiento deben actuar para proteger los derechos y el bienestar de sus jóvenes trabajadores. Mientras tanto, jóvenes como Falcao seguirán inspirando los sueños de millones de niños y jóvenes de convertirse en ídolos del fútbol y encarar un futuro mejor.

Las mujeres y hombres jóvenes migrantes están cambiando la composición étnica de las comunidades a través del mundo. Ellos son el elemento más visible de la “cara humana de la globalización”. Es probable que la migración continúe mientras haya demanda de fuerza de trabajo en los países

de destino y condiciones económicas y sociales inestables en los países de origen.

La migración internacional es inseparable de la historia humana. Naciones enteras se han construido abriendo sus puertas al mundo. Muchos de los países actualmente más prósperos vieron partir a sus propios ciudadanos en tiempos de dificultades políticas o económicas. Pese a la larga experiencia acumulada, el manejo de las migraciones internacionales sigue siendo un desafío para todas las sociedades.

La migración ofrece grandes oportunidades tanto para los países de origen como para los países de destino, si se la maneja con políticas y programas que protejan los derechos humanos de los migrantes, des-

alienten la discriminación y la xenofobia y promuevan la integración de los migrantes en las sociedades anfitrionas.

En la medida en que cada vez hay más niños y jóvenes que migran solos, no como parte de sus familias, los países necesitan mejor información y análisis para guiar las respuestas y las políticas, y ayudarlos a adaptarse a las nuevas condiciones.

Estos y otros temas serán discutidos en el Diálogo de Alto Nivel dedicado a la Migración Internacional y el Desarrollo de las Naciones Unidas, en septiembre de 2006. El encuentro es una oportunidad para prestar a los jóvenes la atención que se merecen como una parte principal de los migrantes del mundo.

Notas

INTRODUCCIÓN

- 1 UNFPA. 2005. "The Case for Investing in Young People as part of a National Poverty Reduction Strategy" UNFPA. Nueva York
- 2 PNUD. 2002. "Arab Human Development Report 2002". UNDP. p.30
- 3 La Cava, G., C. Clert and P. Lytle "Investing in Youth Empowerment and Inclusion: A Social Development Approach Insights from the ECA and LAC regions" Social Development Papers. Banco Mundial. Paper No. 60 / February 2004. p.5.
- 4 Balbo, M. (ed). 2005. "International Migrants and the City: Bangkok, Berlin, Dakar, Karachi, Johannesburg, Naples, Sao Paolo, Tijuana, Vancouver, Vladivostok." UN Habitat/Cooperazione Sviluppo/Universita luav di Venezia, p. 307.
- 5 UNICEF. 2005. "¡ Los Chicos Siempre Ganan! [Teenagers always win!]; FIFA - UNICEF Under 17 World Cup Peru 2005; Using the power of football to think about the adolescents who are off the field, too" presentado en UNICEF Peru Web site: http://www.unicef.org/peru/media/noticias_017eng.html, visitado el 26 de junio de 2006.
- 6 Basado en un estudio del Institute for Public Affairs in Baláz, V., A.M. Williams & D. Kollár. 2004. "Temporary versus Permanent Youth Brain Drain: Economic Implications." International Migration 42 (4). IOM. 3-34.
- 7 Naciones Unidas. 2006. "Trends in Total Migrant Stock: the 2005 Revision" (POP/DB/MIG/-Rev.2005) División de Población de las Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, p.1.
- 8 Naciones Unidas. 2006.
- 9 Banco Mundial, inédito, "World Development report 2007, Development and the Next Generation", Banco Mundial. Washington D.C.
- 10 Olimova, S. and I. Bosc. 2003. "Labour Migration from Tajikistan" International Organization for Migration and the Sharq Scientific Research Center. July 2003.
- 11 Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas. 2004. 2004. "La Juventud en Iberoamerica, Tendencias y Urgencias" UN CEPAL y Organización Iberoamericana de la Juventud. Santiago, Chile.
- 12 Banco Mundial, inédito.
- 13 Naciones Unidas. 2006. p.3.
- 14 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. " Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries" National Research Council and Institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C.
- 15 Lloyd. ed. 2005. p. 313.
- 16 Action Canada for Population and Development and the Colegio de Michoacán. 2002. "Migrant Children: Human Rights, Protection and Services in the Member Countries of the Regional Conference on Migration: The Mexico-Canada Joint Study on

- Migrant Children in the Region." Action Canada for Population and Development y Colegio de Michoacán, octubre de 2002, p.10.
- 17 Action Canada for Population and Development y Colegio de Michoacán. 2002. p. 11
 - 18 Action Canada for Population and Development y Colegio de Michoacán 2002.
 - 19 Caouette, Therese M. 2001. "Small Dreams Beyond Reach: The Lives of Migrant Children and Youth. Along the Borders of China, Myanmar and Thailand". A participatory Action Research Project of Save the Children (UK). p. 45
 - 20 BBC News Online. "African Migrants' elusive dream" BBC News, 26 de abril de 2004.
 - 21 La detención y deportación de menores indocumentados es reportada por varias fuentes incluyendo: Canada for Population and Development and the Colegio de Michoacán. 2002. pp. 17-18, y Human Rights Watch. "World Report 2002" Web site: <http://www.hrw.org/wr2k2/children.html> visitado el 23 de junio de 2006.
 - 22 Adjei, Elizabeth. 2006 "Impact of female migration on countries of origin: the case of Ghana" - paper from the UNFPA-IOM workshop on female migration, Nueva York, 2 y 3 de mayo de 2006.
 - 23 King, Russell, and Vullnetari, Julie. 2003. "Migration and Development in Albania" Working paper issued by the Development Research Centre on Migration, Globalisation and Poverty. Sussex Centre for Migration Research. pp. 27-29.
 - 24 Zachariah, K.C. and S. Irudaya Rajan. 2001. "Gender Dimensions of Migration in Kerala: Macro and Micro Evidence - A subtle transformation has occurred among the wives of the migrants that will leave a lasting imprint on Keralan society." in Asia-Pacific Population Journal, septiembre 2001. p.49.
 - 25 Adepoju, Aderanti. 2005 "Migration in West Africa" Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales. septiembre 2005. p.1.
 - 26 Silvia Scarpa. 2005. "Child Trafficking: The Worst Face of the World." Global Migration Perspectives, No. 40, septiembre 2005. p. 8.

ADAMA

- 1 Oficina de las Naciones Unidas para el África Occidental. 2005. "Youth Unemployment and Regional Insecurity in West Africa." UNOWA Issues Paper. diciembre, p.5.
- 2 Tattersall, Nick for Reuters. 2006. "Mauritania, Spain scramble to stem migrant crisis." 17 de marzo 2006. Web site: <http://today.reuters.com/News/CrisesArticle.aspx?storyId=L17510705> visitado el 14 de junio de 2006.
- 3 Kabbani, N. and E. Kothari. 2005. "Youth Employment in the MENA Region: A Situational Assessment." Social Protection Discussion Paper N 0534. The World Bank. September 2005, p. 3.
- 4 OIT. 2005. "Youth: Pathways to decent work" Report VI: Promoting youth employment - Tackling the challenge. Conferencia Internacional del Trabajo, 93a. sesión, 2005, tema 6 del programa. OIT. Ginebra. p.6.

- 5 UNICEF. 2000. in "Investing in Youth Empowerment and Inclusion: A Social Development Approach", p. 3.
- 6 OIT 2005, p. 4.
- 7 OIT 2005.

NORAIDA

- 1 Organización Internacional del Trabajo. 2004. Facts on Child Labor. Según estimaciones de la OIT, el servicio doméstico es la forma más común de trabajo infantil para niñas menores de 16 años. Ginebra. OIT.
- 2 Fondo de Población de las Naciones Unidas. 2005. "International Migration and the Millennium Development Goals: Selected Papers of the UNFPA Expert Group Meeting" Nueva York : UNFPA 2005
- 3 Banco Mundial. 2006. Fact Sheet: Migration, Remittance and Female Migrant Workers. Washington, DC: Banco Mundial. Web site: http://siteresources.worldbank.org/INTINDONESIA/Resources/fact_sheet-migrant_workers_en_jan06.pdf visitado el 25 de mayo de 2006.
- 4 Asis, Maruja M.B. 2006. "The Gender Dimensions of Labor Migration in Asia." Scalabrini Migration Center - Manila. Ponencia presentada durante el 50º período de sesiones de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, Nueva York, 27 de febrero a 10 de marzo de 2006.
- 5 Human Rights Watch. 2004. Bad Dreams: Exploitation and Abuse of Migrant Workers in Saudi Arabia. Nueva York: Human Rights Watch, p. 47.
- 6 Moreno-Fontes Chammartin. 2005.
- 7 UNIFEM. Folleto "Gendered Vulnerabilities, Discrimination and Abuse throughout the Migration Cycle and its Impacts".
- 8 Human Rights Watch. 2004. Child Domestic: The World's Invisible Workers. Web site: hrw.org/English/docs/2004/06/10/africa8789_txt.htm visitado el 7 de febrero de 2006.

KAKENYA

- 1 Los estudiantes que se desplazan para continuar sus estudios en el extranjero no son necesariamente considerados migrantes.
- 2 UNESCO.2006. Global Education Digest 2006: Comparing Education Statistics Across the World. UNESCO Institute for Statistics, Montreal. Web site: <http://www.uis.unesco.org/TEMPLATE/pdf/ged/2006/GED2006.pdf> visitado el 6 de mayo de 2006, p. 33-34.
- 3 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. " Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries" National Research Council and Institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 4.
- 4 Lloyd. 2005.
- 5 Lloyd. 2005. p. 72.
- 6 UNESCO 2006.
- 7 UNESCO 2006., p. 34.

- 8 UNESCO 2006, p. 35.
- 9 UNESCO 2006 p. 37
- 10 UNESCO 2006 p 20
- 11 UNESCO, 2006. p. 39
- 12 UNESCO2006. p. 40.
- 13 Comisión Económica y Social para el Asia Occidental, Naciones Unidas. "Review of the Youth Situation in the ESCWA Region from the Perspective of Human Resources Development" Nueva York, diciembre de 2000, p.18,23
- 14 UNESCO 2006. p. 41.
- 15 Naciones Unidas. "Migración Internacional y Desarrollo". Informe del Secretario General. Asamblea General, sexagésimo período de sesiones. mayo de 2006.

EDNA

- 1 AVERT, HIV AIDS in Zambia, the epidemic and its impact. Web site <http://www.avert.org/aids-zambia.htm> visitado el 15 de junio de 2006.
- 2 IOM. 2004. Programme Info Sheet. Population Mobility and HIV/AIDS. IOM. Geneva. http://www.iom.int/documents/publication/en/iom_hiv_brochure_july_2004.pdf, visitado el 30 de mayo de 2006
- 3 UNAIDS. 2004. "Report on the Global AIDS Epidemic 2004" UNAIDS. Geneva. p. 93.
- 4 Family Health International. "HIV Prevention in Mobile Populations", Feature story Web site: <http://www.fhi.org/en/HIVAIDS/pub/fact/mobile-pop.htm> visitado el 5 de junio de 2006.
- 5 ONUSIDA, UNICEF and ONUSIDA. 2004. "Children on the Brink 2004: A joint report of new orphan estimates and a framework for action." Web site: www.unicef.org/publications/index_22212.html visitado el 15 de junio de 2006.
- 6 UNFPA. CST Bangkok Website - http://cst.bangkok.unfpa.org/393_2233.asp visitado el 15 de junio de 2006.

NATALIA

- 1 UNICEF.2004."A Child-Rights Approach on i UNICEF.2004."A Child-Rights Approach on International Migration and Trafficking: A UNICEF Perspective." United Nations Children's Fund, (UN/POP/MIG/2004/9) 18 de octubre de 2004. p. 56.
- 2 Organización Internacional del Trabajo. "A Future Without Child Labour" Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.
- 3 Silvia Scarpa. 2005. "Child Trafficking: The Worst Face of the World." Global Migration Perspectives, No. 40, Septiembre de 2005.
- 4 Scarpa. 2005.
- 5 International Federation Terre des Hommes, FRCCF and Casa Dei Diritti Sociali Focus. 2005. "An Increase in Prostitution among Romanian Minors in Rome: Results of a Three-Month Research Project

on Unaccompanied Romanian Children in Rome". Terre des Hommes Foundation.

- 6 Scarpa. 2005.
- 7 Scarpa. 2005.
- 8 Scarpa. 2005.
- 9 Scarpa. 2005.
- 10 Taylor and Aghatise. 2002. "Employment Creation for Youth in Africa: The Gender Dimension" University of Benin, January 2003, p. 8.
- 11 UNICEF. 2004. p. 3.
- 12 UNICEF. 2004. p. 57.
- 13 UNICEF. 2004. p. 4.
- 14 UNICEF. 2004.

BIBI

- 1 OMS. 2006. "Working Together for Health: The World Health Report 2006" OMS, Ginebra. p. 101
- 2 A los países miembros de la OCDE.
- 3 Mishra, Prachi. 2006. "Emigration and Brain Drain: Evidence From the Caribbean" IMF, Working Paper WP/06/25, p. 5, 16 and 17.
- 4 OMS. 2006. p. 102
- 5 OMS. 2006. p. 98
- 6 OMS. 2006. p. 99
- 7 Bump, Micah. 2006. "Ghana: Searching for Opportunities at Home and Abroad" Featured by Institute for the Study of International Migration. March 2006 Web site: <http://www.migrationinformation.org/Profiles/display.cfm?ID=381> visitado el 23 de junio de 2006.
- 8 OMS. 2006. p. 101
- 9 OMS. 2006.

KHADIJA

- 1 Los Países Bajos tienen leyes estrictas que prohíben la práctica del pago desigual a hombres y mujeres por el mismo trabajo. Una investigación de su Ministerio de Asuntos Sociales y Empleo en 2003 encontró que, pese a la ley, en ciertas instancias existen diferencias de remuneración entre hombres y mujeres.
- 2 Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales. "Migration in an Interconnected World: New Directions for action." Global Commission on International Migration. Octubre de 2005.
- 3 Bledsoe, C. 2004. "Reproduction at the Margins: Migration and Legitimacy in the New Europe." Demographic Research, Special Collection 3, Article 4, pp. p.104
- 4 UNFPA, International Migration and the Millennium Development Goals: Selected Papers of the UNFPA Expert Group Meeting. Marrakech, Morocco. May 2005, p. 92.
- 5 UNFPA, 2005
- 6 Berry, John B., et al, 2006. Immigrant Youth in

Cultural Transition: Acculturation, Identity, and Adaptation Across National Contexts, Manwah New Jersey, LEA Publishers. p.221

- 7 Berry 2006
- 8 Martin, Philip. L., "Managing Migration in the 21st Century" Institute of European Studies, Comparative Immigration and Integration Program, University of California, Berkeley, 2002. p.15
- 9 EU 2004 Policy Briefs: The Ministerial Integration Conference on "Turning Principles into Actions", Groningen, 9-11 November 2004 "Radicalisation & European Ethnic Minority Youth" by Hunter, Shireen. 2004. p. 38
- 10 EU 2004 Policy Briefs. p. 41
- 11 Spencer, Sarah. 2005. "The Challenge of Integration in Europe" Chapter for "Managing Migration: A Policy Agenda for Economic Progress and Social Cohesion." Ed. Papademetriou, D. G. Migration Policy Institute, Washington, 2006
- 12 Spencer 2005
- 13 Integrated Strategies for Children and Young People in Disadvantaged Neighbourhoods, European Conference, 23-25th November, 2004, p.43.
- 14 Sitio Web del Consejo de Europa, visitado el 31 de enero de 2006, Conference on "Integrated Childhood and Youth Policies in Europe - needs of disadvantaged neighbourhoods", Estrasburgo, 30 de enero a 1º de febrero de 2006, www.coe.int/t/dc/press/news/20060130

RICHARD

- 1 Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. 2006. "2005 Global Refugee Trends: Statistical Overview of Populations of Refugees, Asylum-Seekers, Internally Displaced Persons, Stateless Persons, and Other Persons of Concern to UNHCR." Geneva: United Nations High Commissioner for Refugees p. 7. Hay 8,4 millones de refugiados bajo la responsabilidad del ACNUR y otros 4,3 millones bajo el oops. Se calcula que las mujeres y niños de menos de 18 años representan alrededor de la mitad de esa cifra. Para el OOPS, las estimaciones de la proporción de mujeres y niños están basados en cifras del año 2000 (los datos más recientes). UNRWA. Statistical Profiles.
- 2 Newman, Jesse. 2005. "Protection Through Participation" Background paper to the "Voices out of Conflict: Young People Affected by Forced Migration and Political Crisis" Conference, Cumberland Lodge, 26-28 March 2004. RSC Working Paper No. 20. Oxford: Refuge Studies Centre. Web site: <http://www.rsc.ox.ac.uk/PDFs/-workingpaper20.pdf>, Visitado el 1º de febrero de 2006.
- 3 Save the Children. 2005. "Protecting Children in Emergencies: Escalating Threats to Children Must Be Addressed." Policy Brief 1.1 (2005). Westport: Save the Children. Web site: http://www.savethechildren.org/advocacy/images/policy_brief_final.pdf Visitado el 1º de febrero de 2006.
- 4 Naciones Unidas. 2004. Our Bodies—Their Battle Ground: Gender-Based Violence in Conflict Zones. New York: United Nations Office for the Coordination of Humanitarian Affairs. Web site: <http://www.irinnews.org/webspecials/GBV/feahea.asp>, visitado el 1 de febrero de 2006.
- 5 Reproductive Health Response in Conflict Consortium. 2005. Adolescent Refugee Reproductive Health. New York: Reproductive Health Response in Conflict Consortium. Web site: <http://www.rhrc.org/pdf/adolesce.pdf>, Visitado el 1º de febrero de 2006.
- 6 Barker, Gary and Christine Ricardo. 2005. "Young Men and the Construction of Masculinity in Sub-Saharan Africa: Implications for HIV/AIDS, Conflict, and Violence." The World Bank Social Development Papers: Conflict Prevention & Reconstruction - Paper No. 26, Junio de 2005.
- 7 Zachariah, K.C. and S. Irudaya Rajan. 2001. "Gender Dimensions of Migration in Kerala: Macro and Micro Evidence - A subtle transformation has occurred among the wives of the migrants that will leave a lasting imprint on Kerala society." in Asia-Pacific Population Journal, Septiembre de 2001
- 8 Banco Mundial. 2005. "When Money Really Matters - Remittances Vital to South Asia." Web site: <http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/COUNTRIES/SOUTHASIAEXT/0,contentMDK:20587408-menuPK:324175-pagePK:146736-piPK:146830-theSitePK:223547,00.html> visitado el 16 de junio de 2006.
- 9 Producto Interno Bruto.
- 10 Mishra, Prachi. 2006. "Emigration and Brain Drain: Evidence from the Caribbean." Washington, DC: International Monetary Fund Working Paper (WP/06/25).
- 11 Mishra. 2006
- 12 La Comisión on Filipinos Overseas calcula que 30 millones de filipinos, entre 34 y 55 por ciento de la población total, depende directamente de las remesas de los trabajadores migrantes (1997). La Comisión calcula remesas de \$10.600 millones en 2005. La cantidad de trabajadores migrantes filipinos fue de 9.816.770, de los cuales el 72 por ciento eran mujeres.
- 13 Black, Richard. 2003. "Soaring Remittances Raises New Issues" Feature Story, Migration Information Source, Washington D.C., Migration Policy Institute, June 2003 Web site: <http://www.migrationinformation.org/about.cfm> visitado el 15 de mayo de 2006.
- 14 Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas. 2006. Social Panorama of Latin America 2005. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- 15 Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas. 2006.
- 16 Lindley, Anna. 2005. "Influence of Remittances and Diaspora Donations on Education." Paper presented

at Conference on Somali Remittances, Washington, DC, 1-2 December 2005. Web site: [http://wbln0018.worldbank.org/html/FinancialSectorWeb.nsf/\(attachmentweb\)/LindleyConferencePaper/\\$FILE/LindleyConferencePaper.pdf](http://wbln0018.worldbank.org/html/FinancialSectorWeb.nsf/(attachmentweb)/LindleyConferencePaper/$FILE/LindleyConferencePaper.pdf) visitado el 16 de junio de 2006.

- 17 Bosc, Igor and Saodat Olimova. 2003. "Labour Migration from Tajikistan." Geneva: International Organization for Migration in cooperation with the Sharq Research Center. Web site: <http://www.iom.int/documents/publication/en/tajik%5Fstudy%5Foct%5F03.pdf> visitado el 16 de junio de 2006.
- 18 Andrade-Eekhoff, Katharine. 2006. "Migration and Development in El Salvador: Ideals Versus Reality." Migration Information Source. Web site: <http://www.migrationinformation.org/Feature/display.cfm?id=387> visitado el 16 de junio de 2006.
- 19 Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas. 2006.

FALCAO

- 1 Kapur, Devesh and John McHale. 2005. "African Soccer Goes Global." Feature story: The Globalist. November 21, 2005. Web site: <http://www.theglobalist.com/StoryId.aspx?StoryId=4915> visitado el 9 de junio de 2006.
- 2 Pratt, Terry. 2006. "The match of the Day Guide to the 2006 World Cup". Interact Publishing. London.
- 3 Milanovic, Branko. 2006. "Learning About Globalization by Watching A Soccer Game." Taipei Times, February 12, 2006. Web site: <http://www.carnegiendowment.org/publications/index.cfm?fa=view&id=18064&prog=zgp&proj=ztet> visitado el 31 de mayo de 2006.
- 4 <http://www.sportnetwork.net/main/s379/st96621.htm>
- 5 Kapur, Devesh and John McHale. 2005.
- 6 BBC News Online "Blatter condemns European clubs" December 17, 2003. Web site: <http://news.bbc.co.uk/sport2/hi/football/africa/3326971.stm> visitado el 15 de junio de 2006.
- 7 "EU: Immigration, Co-Development, Soccer." Feature story: Migration News, University of California at Davis. Web site: http://migration.ucdavis.edu/mn/more.php?id=2326_0_4_0 visitado el 9 de junio de 2006.
- 8 Ibid.
- 9 Kapur, Devesh and John McHale. 2005.
- 10 Kapur, Devesh and John McHale. 2005.
- 11 Kapur, Devesh and John McHale. 2005.

Créditos de las fotografías:

Adama, Bibi, Edna, Kakenya, Khadiya, Natalia, Richard por Martin Caparros © UNFPA

Noraida, por Dino Subingsubing © UNFPA

Rajini, por Rayan Kutty © UNFPA

Falcao, por Pablo Cerolini © Clarín

El UNFPA, Fondo de Población de las Naciones Unidas, es una agencia de cooperación internacional para el desarrollo que promueve el derecho de cada mujer, hombre y niño a disfrutar de una vida sana, con igualdad de oportunidades para todos. El UNFPA apoya a los países en la utilización de datos sociodemográficos para la formulación de políticas y programas de reducción de la pobreza, y para asegurar que todo embarazo sea deseado, todos los partos sean seguros, todos los jóvenes estén libres de VIH/SIDA y todas las niñas y mujeres sean tratadas con dignidad y respeto.

UNFPA — porque cada persona es importante.



Fondo de Población de las Naciones Unidas
220 East 42nd Street, 23rd Fl.
New York, NY 10017
Estados Unidos de América
www.unfpa.org

ISBN 0-89714-791-X
S/8,000/2006 sales no. S.06.III.H.2

Impreso en papel reciclado.